N. 2627

# POESÍAS

DE

## JUAN A. SACO Y ARCE.

ORENSE,
IMPRENTA DE GREGORIO BIONEGRO LOZANO,
Plazuela del Hierro, 3.
1878.

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA
1402
Biblioteca

# POESÍAS.

# POESÍAS

DE

## Don Juan A. Sago y Arce.

---

ORENSE:
IMPRENTA DE GREGORIO RIONEGRO LOZANO,
Plazuela del Hierro, 3.
1878.

ORENSE FEBRERO 6 DE 1877.

Por lo que á Nos toca, concedemos licencia para que pueda imprimirse y publicarse este tomo de Poesías, escrito por D. Juan Antonio Saco Arce, Presbitero, Catedrático de este Instituto provincial, mediante que de nuestra órden ha sido examinado y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria á la fé y sana moral. Lo acordó y firma S. S. I. el Obispo mi Señor de que certifico.=CESÁREO OBISPO DE ORENSE. =Por mandado de S. S. I., *Lic. Juan Soldevila*, Canónigo Srio.

# POESÍAS VARIAS.

# Las ruinas.

¡Triste cumbre, triste cumbre,
Espectáculo de asombros,
Con tu cúpula de escombros,
Con tu soledad de horror!
¿Ésa, la pompa y grandeza
Que adornó tu frente un dia,
Cuando gentil te ceñia
Vasto alcázar en redor?

—

Inmóvil ave en las piedras
Lanza lúgubre quejido,
Y el cierzo agudo silbido
Lento prolonga al pasar.

Y del rio que no léjos
Raudo curso precipita,
Las negras ondas concita
Con perenne murmurar.

—

Y ese murmurio incesante,
Ese monótono acento,
Que se mezcla con el viento,
¿Quién, quién lo comprenderá?
¿Es tal vez de la natura
Misterioso, hondo gemido,
Que al mortal dice engreido:
«Todo en el mundo caerá.?»

—

Entre tules flotando solitaria,
Pudorosa vestal que el fuego aviva
En el empíreo altar, luz funeraria
Melancólica irradia luna esquiva.

—

Y en los informes escombros
Derramando fulgor vago,
Alumbra el horrendo estrago
Del tiempo desolador.
Arcos y columnas yacen
Por tierra; sobre las piedras
Flotan al viento las hiedras,
Crece el brezo en derredor.

—

Recuerdo de antigua pompa,
En el mar del tiempo hundida,

Áun su mole ennegrecida
Yergue muro colosal.
Y la incierta, móvil sombra,
Que en redor de sí desprende,
Por el ancho monte extiende
Su lobreguez sepulcral.

—

Sombra fantástica, inmensa,
Que desciende multiforme,
Cual gigante fiero, informe,
De espantable dimension;
Que al lanzar torva mirada
Hácia el astro que fulgura,
Quizá esconde su amargura
En horrífico crespon.

—

¡Estéril soledad! ¡Muda rüina!
Página de dolor, do ni la historia
De tanta pompa á descifrar se atina!
¡Tanto el silencio devoró su gloria!

—

Todo fué... No sé cual eco
Llena el ámbito callado;
Voz tal vez de lo pasado,
Voz del génio del dolor.
Treguas dió el viento á sus ayes,
El rio murmura lento;
Tiene el silencio un acento,
Que oye el alma con pavor.

—

¡El silencio! ¿No es lenguaje
Misterioso de la tumba?
¿Oyes cual sorda retumba
Del tiempo la muda voz?
Y de esa voz al imperio,
Una edad más se desploma,
Y otra edad al mundo asoma,
¡Ay! á huir tambien veloz.

. . . . . .

. . . . . .

Así tal vez meditaba...
El astro de las rüinas
Rasgó entonces las cortinas
Que encapotaban su faz.
Y mirando en lontananza,
Vi descollar atrevida,
Rica en esperanza y vida,
Una soberbia ciudad.

—

Lágrima de dolor en lento giro
Surcó mi rostro; la ciudad ufana
Con lástima miré, lancé un suspiro...
«Escombros ¡ay! tambien serás mañana!»

# El campo.

A MI QUERIDO AMIGO D. FRANCISCO TEJADA.

Ven al valle, ven, Francisco,
Deja esos muros, do inquieta,
La ardorosa fantasía
En cárcel suspira estrecha.

Aquí flores, allí césped,
Allá sombras y arboledas,
Ora arroyos ó torrentes,
Todo en el campo embelesa.

¿No es grato, dí, ver la aurora,
Cual rasga el tul de tinieblas,

Y matiz y aroma y vida
Al campo torna risueña?

¿No es grato ver cual se encumbra,
Gigante de las estrellas,
Olas de luz desatando,
El sol por la yerma esfera?

Y á par suena melodiosa
La alborada de las selvas,
Himnos de amor elevando
Mil y mil arpadas lenguas.

Y abre la flor su envoltura,
Más verde el árbol se ostenta,
Y estremecido del aura,
Sacude lluvia de perlas.

¿No te agrada, miéntras riza
Las hojas en la floresta
El céfiro entre rumores
Que entristecen y embelesan,

Al pié de un roble tendido,
Reposar libre de penas,
Sin ojos que allí te sigan,
Sin risas que te estremezcan?

¿Ver el sonante arroyuelo,
Que entre espumas se despeña,

Ó que fluye murmurando,
Rie, bulle, serpentea?

¿Ver de flores olvidadas,
Flores sin nombre, cubierta
La pradera que engastada
Entre chopos verdeguea?

Pace el negro corderillo
Sobre la alfombra de yerba,
Blancos cabritillos saltan,
Y entre riscos travesean.

De rama en rama triscando,
Verderol pintado juega,
Y la oropéndola canta
En las ramas de la higuera.

Alzo los ojos: me hechiza
Raudo halcon, que sobre negras
Alas inmóviles flota,
En las llanuras etéreas.

Dispersas sobre las lomas,
Que á trechos cortan la vega,
Grupos de rústicas chozas
Aquí y acullá blanquean.

¡Cómo en flotantes columnas,
De sus techumbres se elevan

Blanquecinas nubes de humo,
Que á merced del viento ondean!

Allá bajo turbio el Miño
Entre cerros serpentea,
Ó trasparente acaricia
Orillas de blanca arena.

Y cuando en nocturnas gasas
Vela el dia su faz leda,
¡Qué alegre, qué tierno el canto,
A compas, del grillo suena!

Tú á la par tus dulces trinos,
Pobre bardo de las selvas,
Tierno ruiseñor, me envias
Desde vecina arboleda.

Desde el balcon mis miradas
Léjos tiendo: sin estela,
Por aéreo mar azul
Globo de plata navega.

Y su lumbre misteriosa
Color dando á las tinieblas,
Ora argenta la llanura,
Ya vagas formas diseña.

Ni ménos, si ausente vaga
El disco lunar, serena

La noche cautiva el alma,
Envuelta en manto de estrellas.

Millares de ardientes ojos,
Desde la bóveda negra
Del firmamento asomados,
Parece que nos contemplan.

¡Salve ¡oh Señor!, cuya gloria
No ménos fulgura inmensa,
Que entre las llamas del dia,
En las nocturnas tinieblas!

Brama el viento; la azul bóveda
Se encapota turbia y negra.
¡Con qué majestad sus alas
Tienden las nubes y vuelan!

¡Con qué transporte las miro,
Cual movibles cordilleras,
Vagar con secreto impulso,
Sobre el abismo suspensas!

Y si el trueno estalla sordo,
Y entre los montes revienta,
¿No es verdad que entre su espanto
El alma se ensancha inquieta?

Buril de eléctrica lumbre
Rojos ángulos diseña,

Y ante los ojos atónitos
Honda inmensidad despliega.

¡Qué de emociones al alma
Brinda la naturaleza,
Ora entre flores sonria,
Ya entre truenos la estremezca!

Mas, ¿por qué, dime, Francisco,
Al ver tan gratas escenas,
Aun al alma aguijon vago
Punza, y late aun no contenta?

¿Por qué, cuando errante piso
El césped de las riberas,
Cuando medito escondido
En las sombras de las selvas,

Ó desde las cumbres miro
Los valles y torrenteras,
Á mis dulces emociones
Algun recuerdo se mezcla?

Imagino que aun mis pasos
So la bóveda resuenan
De la mansion donde el alma
Gozaba de paz austera.

Aun el recuerdo me halaga
De las horas placenteras,

Que en ledo, animado corro,
Do amistad sin nubes reina,

Cruzar ví. ¡Cómo volaban,
Entre pláticas amenas,
Los dias! ¡Qué dulce risa
Bañaba la faz serena!

¡Cuán hondo misterio ¡ay Dios!
En nuestro pecho se alberga!
Dulce soledad le aplace,
¿Por qué sociedad anhela?

¿No me atrae la campiña?
¿No me encanta oscura selva?
Mas acaso voz recóndita
Así dice al alma inquieta:

«¿No fueras tú mas dichosa,
Si lo que sientes, sintiera
Alma gemela, que á par
Gozase tantas bellezas?»

Amistad, amistad santa,
Mezcla tus dichas secretas
Entre los goces que brinda
Risueña naturaleza.

¿No punza tu corazon,
Dulce amigo, ansiedad ciega,

Vago afan de dichas puras,
De este aleve mundo ajenas?

Deja ese mundo conmigo,
Huyamos á las florestas,
Allí dichosos vivamos
El vivir de los poetas.

# El Campo Santo,

EN EL DIA DE DIFUNTOS.

---

Los aires rasgando la voz funeraria
De místicos bronces que agita la fé,
Arranca del alma ferviente plegaria,
Que vuela del solio sidéreo hasta el pié.

Resuena en los templos la bóveda umbría
Con lúgubres salmos de ardiente piedad,
Que á par del incienso balsámico envía
A Ti nuestro espíritu, á Ti, Dios de paz.

Romped presto, ilusos, romped vuestro sueño,
La voz de los muertos os llama, ¿no oís?

Sacudan los ojos su torpe beleño,
Los muertos os llaman por quienes gemís.

El fúnebre doble que lento retumba,
De un templo á otro templo responde do quier,
Sus últimos ecos en la última tumba
Del campo de muerte volando á esconder.

¿No asalta la mente perdida memoria
De séres que hambriento sepulcro tragó?
Borrado su nombre del mundo en la historia,
Ni un nicho en el seno del vivo encontró.

Venid ya, mortales; entre altos cipreses,
Cruzad de los muertos la yerta ciudad,
El último asilo, do tras mil reveses,
De cuitas ajenos, tendreis firme paz.

Miradlos, se agolpan; se agolpan callados,
Allí do el olvido su trono asentó,
Los mármoles miran con llanto grabados,
Las negras coronas que amor suspendió.

¿Reis, insensatos? Con ojos esquivos,
Las calles de tumbas sin duelo al cruzar,
Oid so la planta temblar de los vivos,
Oid los sepulcros, crugiendo, sonar.

¡Ah! ved los que gimen con llanto en los ojos,
De cruz de madera clavados al pié,

Ó ya fervorosa plegaria de hinojos
Murmuran, alzando los ojos con fe.

Quien lanza del seno doliente sollozo,
La lápida hallando que esconde fatal
¡Ay Dios! al que un tiempo llamaba su gozo,
Creyendo su gloria, su dicha eternal.

En vano á su mente las rápidas horas
Se agolpan de dicha, de amor y de paz,
Pasaron cual lleva con alas traidoras
De Otoño las galas el austro fugaz.

Quien nombre fatídico, áun vivo en su pecho,
Leyendo en el mármol do el pié tropezó,
Agudo ¡ay! exhala, desplómase, y lecho
Le brinda la tumba del sér que adoró.

El hijo piadoso que trémulo mira
La cruz que guarece ceniza inmortal
De prendas amadas, ¡ay Dios! ¡cuál suspira,
Cuál riegan sus ojos la losa fatal!

Mas ¡ay! ¿veis cuán pocos los tristes que en llanto
La yerba salpican que encubre al que fué,
En tanto que ajenos á su hondo quebranto,
De imbéciles turba bullendo se vé?

¡Ay lágrimas tristes, que escaldan los ojos,
Que mano piadosa no corre á enjugar!

¡Ay, triste suspiro, que al mundo da enojos,
Ni un pecho encontrando, do vaya á sonar!

Aquí, tumbas huecas, aquí los suspiros
Un eco á lo ménos encuentran de horror:
Aquí suban preces en rápidos giros,
Que en bálsamo dulce transforme el amor.

Y necias las turbas
Se agrupan y pasan;
En corros confluyen,
Apíñanse, y huyen
Aquí y acullá.
Hileras de tumbas
Y lápidas miran...
¡Ay! ¿cómo no inspiran
Dolor á sus pechos,
Al alma piedad?

—

Y vuelven y vagan
De nichos en nichos,
Tropiézanse, rien,
Alegres divagan
En vario tropel.
Cipreses agudos,
Sauces tembladores,
Y césped y flores,
Y esbeltos sepulcros,
Qué ameno verjel!

—

«Patético rótulo!
Sublime ternura!
Mirad qué elocuente,
En mármol doliente,
El llanto filial!»
Y pasan y siguen,
La risa en los labios,
La dicha en los ojos,
Exentos de enojos,
De llanto y penar.

. . . . . .
. . . . . .

Honda amargura devorando en tanto
Opreso el corazon, yo mudo y lento,
Divago entre los mármoles, sin llanto,
Sin dar curso al raudal del sentimiento.

¿Dónde estás, dónde estás, nombre querido?
¿Dó tu asilo postrer, oh dulce hermano,
Que de la vida en el Abril florido
Tronchó la furia de aquilon insano?

Alto se encumbra en espiral aguda
Negro, inmóvil cipres de trecho en trecho,
Mientra á la sombra del lloron se escuda
De cuadro en cuadro mausoleo estrecho.

Dalias y rosas el verjel de muerte

Frescas esmaltan de esplendor y vida;
Entre césped y aromas polvo inerte
Guarda del hombre-rey, mansion florida.

¡Qué de tumbas, gran Dios! ¿Éste es el hombre?
Ora escondidas bajo el musgo frio,
Del césped á nivel, sin vano nombre,
Se estienden por do quier, en torno mio.

Ya descuella soberbio monumento,
Recuerdo de grandezas olvidadas,
Nubes de tempestad, torres de viento,
Por el mortal en su ilusion fundadas.

Ya sobre tersa lápida elegante,
De blancas rosas mística corona
Pende, y debajo una inscripcion brillante
El sueño de las vírgenes pregona.

Sea eterna tu paz, alma dichosa,
Cuyas flores no ajó lúgubre invierno;
Tu fresco corazon, boton de rosa,
Abra el aliento del amor eterno.

Regio allí sube excelso mausoleo,
Que al rodar de los siglos desafia;
¡Necia frase vulgar la que en él leo:
«A la memoria de...» ¡Demencia impía!

¡Memoria eterna en panteon de olvido!

¿Y á funeraria lápida la historia
Del que fué relegais, miéntras perdido
Su nombre proscribís de la memoria?

«Es propiedad de...» otra inscripcion decia,
¡Paz, mundo soñador! Nadie aquí guerra
Suscita contra ti, ni á tu ánsia impía
Siete piés faltarán nunca de tierra.

«Yace aquí un bienhechor, en cuya mano
Halló el triste raudales de consuelo.»
¡Oh fugaz gratitud! ¡Mísero humano!
¿Quién lágrimas aquí vierte de duelo?

Súbito el nombre que mi mente llena,
Desde fúnebre cruz hiere mis ojos...
Inmóvil cual estátua de la pena,
Leo, torno á leer, caigo de hinojos.

¡Inolvidable nombre! El aire vano,
Mudo por siempre en el hogar paterno,
Huye de repetirlo..... ¡Oh dulce hermano!
Vive en el pecho tu recuerdo tierno.

Que en su mútuo dolor el llanto ajeno
Cada uno teme renovar impío.
¡Qué de suspiros ¡ay! comprime el seno!
¡Qué de furtivas lágrimas, Dios mio!

Mas ¡ay! al ver la cruz que orna tu tumba,

Nubló mis ojos tempestad de llanto,
Y ajeno del tropel que en torno zumba,
Al cielo fatigué con mi quebranto.

Encanto del hogar, del padre gloria,
Luz de esperanza de la patria un dia,
Breve tu dicha fué, breve tu historia,
Relámpago sin huella tu ufanía.

Ausente ¡ay Dios!, cuando el postrero rayo
Del vivir centelló sobre tus ojos,
Sin que pudiera, tras fatal desmayo,
Una lágrima dar á tus despojos;

Adios tardío en tu mansion postrera
Vengo en fin á rendirte. ¡Ay! con mi llanto,
Que entrecorta plegaria lastimera,
Abra el cielo á tu afan su alcázar santo.

Y tú, rústica flor, cuya corola
Pálida arrulla el aura vespertina,
Al borde del sepulcro triste y sola,
Exhalando tu esencia peregrina;

Crece feliz con el amargo riego
Que mis ojos te dan... Lánguida un dia
Tú tambien morirás; mas en pos luego
Otra flor se alzará con lozanía.

¿Verá mi corazon al que yo lloro,

Ya nunca renacer? ¿Plugo á la muerte
Al mundo devolver nunca el tesoro
De amor y vida que arrebata inerte?

Mas sí, renacerá. Tumba insaciable,
No es eterna tu ley sobre tu presa;
Dia será que á los sepulcros hable
La voz de Dios que los destinos pesa.

Los huesos por los ámbitos del mundo
A unirse correrán; y el polvo yerto,
En tu seno agitándose profundo,
Al son terrible se alzará despierto.

El polvo entonces que tu losa oprime,
Alzaráse á vivir.... ¡Oh caro hermano!
Eterno sea en el Eden sublime
El lazo roto aquí por hado insano.

Santiago, 1855.

# A una rosa.

¿Tan vana y presurosa,
Mimo del aura en susurrante juego,
Despliegas sin temor, gallarda rosa,
Rico haz de conchas de coral y fuego?
Mil insectos tu fresca pompa admiran,
Volando por tus hojas,
Y tu gracia ensalzando con murmullo,
Afanosos tu dulce jugo aspiran.
Ébria de amor y orgullo,
Sus ósculos recoges con ternura;
Mas ¡ay! tus pliegues y tus tintas rojas
Marchita sin piedad su picadura,
Dejándote en el seno

Tras un beso fatal, dulce veneno.
Ajado tu capullo,
Se inclina ya sin brío...
Ya no hay brisas de amor que te acaricien
Con blando, lento arrullo,
Ni lágrimas la aurora
En tu vaso de púrpura atesora.
¡Ay de la incauta flor que admite impura
Las caricias de insectos zumbadores!
¡Ay, que tambien las flores
Reciben besos de letal dulzura,
Y pérfidos halagos,
De cruda muerte y destruccion amagos!

Santiago, 1856.

---

# El Artista.

---

Quique pii vates, et Phœbo digna locuti.
(Aeneid. l. 6.)

Flota del hombre en la encendida mente
Misteriosa vision que le deslumbra,
Vision de gloria y paz, que refulgente
Muestra célico eden tras su penumbra.

Sér sin formas, sin límites, que inspira
Vago, sublime, espiritual anhelo,

Beldad nunca alcanzada, á quien aspira
El alma sin cesar en su audaz vuelo.

Incórporea beldad, esencia pura,
A quien brinda su amor la fantasía,
A quien mira flotante en noche oscura,
Y en las ondas de luz del claro dia.

En las nubes rielando que el sol dora,
La ve ceñida en purpurinas gasas,
Y su rostro asomando con la aurora,
De nácar y oro entre cambiantes masas.

¡Oh cuál bullendo en su tenaz delirio,
La siente en torno á la hervidora frente,
Asirla sueña en su febril martirio,
Mas huye, y torna á la abrasada mente!

Y en las alas la escucha de la brisa,
Y en los pliegues crugir del hondo trueno,
Sonreir del arroyo en la sonrisa,
Latir del mar en el hinchado seno.

Y es el áspero son de los torrentes
La voz de ese gran sér que no conoce,
Es su voz el gemir de los ambientes
Que acarician la flor con blando roce.

Beldad toda de luz, reflejo vago
Sin formas, sin contornos, sin perfiles,

Brilla en el alma, como en móvil lago
Luna, alcázares, selvas y pensiles.

¡Oh sacra luz! ¡Oh mística hermosura!
¿Almo destello tú no eres precioso
Del Soberano Bien, que á su criatura
Su faz de léjos muestra misterioso?

¿Quien eres tú, sino la luz radiante
Que en rayo eterno al serafin abrasa,
É inundando los cielos coruscante,
De amor y dicha el corazon traspasa?

Beldad inmaculada, refulgente,
Que entre sombras al alma se avecina,
Y allí lo eterno el corazon presiente,
Y sacra llama en su interior germina.

Celeste imágen que en la mente moras,
Al polvo vil revelacion del cielo,
¿Quién del vivir en las fugaces horas
Tu dulce realidad no ansió en el suelo?

¡Oh si del sol que en tu beldad refleja,
La faz sin sombra contemplára el hombre!
Volára el alma que del bien se aleja,
Volára entónces tras su hermoso nombre.

Mas ¡ay! que entre celaje misterioso
Tu sacra luz el corazon vislumbra,

Cual fantástico sér que vaporoso
De vagos sueños flota en la penumbra!

¡Ah! ¿quién os mostrará, carnales ojos,
Luciente esa beldad de gracia viva,
A quien necio el mortal en sus antojos
Los ojos cierra de la mente esquiva?

¿Quién sino el sér que en su interior esconde
Armonioso raudal de sentimiento,
Cuya alma es eco que gentil responde
Del mundo todo al general concento?

Fuego es su alma, en inspirado vuelo
Rauda se eleva de la tierra impura,
Sube, contempla del lejano cielo
La mística beldad que entrevé pura.

Él al fugaz, deslumbrador reflejo
De ese Sol incorpóreo, rutilante,
Sensibles formas da, débil espejo
Donde irradia al trasluz su almo semblante.

¡Gloria al artista! es él! sobre su frente
Sublime luz de inspiracion fulgura,
Con su presencia Dios llena su mente,
Y su espíritu arroba en su dulzura

¡Cuán alto es su destino y portentoso!
Él, quien ofrece á la carnal pupila

Rico trasunto del dechado hermoso,
Que en vaga luz sobre la mente oscila.

Él, quien levanta el corazon mundano
Del almo Bien á la region sublime,
Que el cielo al ver que trasladó su mano,
Del cielo en pos el corazon ¡ay! gime.

Él, quien del hombre la feroz rudeza,
Potente talisman, calma y suaviza,
Arpa que expulsa la mortal tristeza,
Voz que en los pechos persuasion desliza.

—

Oid, oid el melodioso canto,
Que, transportado en Dios, lanza ardoroso
El vate de Salem, ó ya con llanto
En ayes de dolor gime amoroso.
¡Piedad, Señor! prorrumpe, al cielo santo
Su cántico elevando congojoso.
¿En luz de sacro amor no inflama ardiente
Su voz, cual ígneo dardo, vuestra mente?

—

Salvad ese dintel. Bajo la umbría
Bóveda colosal que al cielo huyendo,
Arrebata tras sí plegaria pia,
Los pilares altísimos subiendo,
Lejos perderse van. Sube, alma mia,
A par con ellos, tu volar tendiendo.

¡Oh augusta soledad! ¡Oh templo hermoso!
¡Palmas al de Miguel arte glorioso!

—

Sonoras armonías que, á torrentes,
Del hondo templo el ámbito sonoro
Dulcísimas llenais, ¿ecos fervientes
No sois que bajan del empíreo coro?
¡Qué plácido deliquio! ¡Oh cuál ardientes
Rompen las almas en fecundo lloro!
¿Cuál pecho en rapto de piedad no gime?...
¡Oh del grande Mozart arte sublime!

—

Ved al dulce pintor del cristalino
Bétis, la mente arrebatada al cielo,
Retratar en el lienzo peregrino
Vírgenes puras que no ve en el suelo.
Sorprendente beldad, candor divino,
Que al alma impulsa á remontar su vuelo,
Y con místico afan por ver suspira
El tipo de esas vírgenes que admira.

—

¿Ves, artista, tu ley? Por tí se encumbre,
Tras la virtud con plácida esperanza,
El hijo del dolor hasta la cumbre,
Donde le aguarda perennal bonanza.

Tú del mortal al corazon inspira

Afectos que la tierra no comprende,
Que el aura son que en el Eden se aspira,
Que el fuego son que al querubin enciende.

¡Ay! ¡Ay del Genio que del vicio impura
La faz adorna con las santas galas
Que roba á la virtud, y en torpe hondura
De cieno abate las sublimes alas!

¡Ay del infausto Genio que la llama,
Del orbe para luz dada del cielo,
Tea vuelve fatídica que inflama
Las pasiones satánicas del suelo!

Santiago, 1857.

# A un canario.

¿Qué me quieres,
¡Oh canario!
Que en son vario,
Con melífluo lamentar,
Dulce viertes
En mi oido
Tu sentido,
Melancólico cantar?

—

Ya recogen
Los ensueños
Sus beleños
Empapados de placer;

Ya se llevan
Las visiones,
É ilusiones
Que sembraron por do quier.

—

Con el rayo
De la aurora,
Que colora
De mi ventana el cristal,
Gentil entra
Tu eco blando,
Inspirando
Embeleso celestial.

—

¿Tal vez lloras,
Pajarillo,
Duro grillo
De cruel esclavitud?
Bello esclavo,
Que mitiga
Su fatiga,
Al sonar de su laud.

—

Melodiosas
Tus baladas
Suspiradas,
Y ese armónico trinar,

De consuelos
Mi alma llenan,
Me enajenan
De delicia al despertar.

—

Cuando torno
Yo á la vida,
Suspendida
Por el sueño apagador,
Tus acentos
Me embelesan,
Como besan
Frescas auras mústia flor.

—

«¡Bello mundo!
Luego esclamo,
Tu reclamo
Ya me llama seductor.»
¡Ay, iluso!
Me adelanto,
Y el quebranto,
De mi sombra va en redor.

—

Quizá un tiempo,
Bardo triste,
Tú dormiste
En tu nido de heno vil.

De tu madre
So el resguardo,
Ningun dardo
Hirió tu seno infantil.

—

Mas un dia
Te echó al suelo
Vivo anhelo
Por gozar de su verdor.
¡Ay! tu dicha
Presto cesa,
Ya eres presa
De la red del cazador.

—

Tal yo triste,
Tras tu acento
De contento,
Que halaga mi despertar,
Hallo solo
Tempestades,
Y maldades,
Turbias olas de este mar.

—

¿Por qué tornas
Seductoras,
Dí, mis horas
Del vivir en el umbral,

Si en pos de ellas
Viene amarga
Série larga
De desventuras fatal?

—

¡Ay! acaso,
Tambien triste,
Tú sentiste
Ya del duelo el aguijon;
Que descubres
En tus cantos
Los quebrantos
Del llagado corazon.

—

Canta ¡oh! canta,
Tierno bardo,
Que así el dardo
No sentirás del sufrir;
Tus tormentos
Así esquivas,
Fugitivas
Van mis horas sin sentir.

—

Grata endulza
Tu armonía
La agonía
De mi herido corazon.

Y el sol brilla
De ventura,
Miéntras dura
Tan gentil fascinacion.

Santiago, 1857.

# El amor paterno.

(A MIS AMADÍSIMOS PADRES.)

¡Oh cuán en breve el corazon se hiela,
Miéntras, rica en fulgor, llama de vida
Arde en el hombre aún, cuando áun revuela
Dorado bucle por la sien erguida!

Muelle gastado en el rodar veloce,
Flor cuyo aroma disipóse al viento,

Iman sin atraccion, del mundo al roce,
Sordo, inerte á la voz del sentimiento!

Pasa el amor cual rayo arrebatado,
Huellas dejando en pos asoladoras;
Mas tú, dulce amistad, al beso helado
De metálico númen te evaporas.

¡Oh fatal condicion del pecho humano!
¿Tan en breve las flores mira ¡ay triste!
Del corazon rodar? ¿Nada al insano
Bramar del huracan en él resiste?

Hay una flor, cuya gentil corola
Aun brilla, oh corazon, entre tus ruinas,
Flor que á la tempestad resiste sola,
Sin perder sus esencias peregrinas.

Hay una flor que entre las flores dura,
Que vuelan sin cesar en torno de ella,
Que embalsama las horas de ventura,
Y las horas de llanto endulza bella.

Hay un eterno amor único y solo,
Que la nieve del tiempo salva esquivo,
Ajeno de interes, extraño al dolo,
Fecundo siempre, rebosante y vivo.

Amor que fulgurar visteis primero,
El párpado al abrir, sobre la cuna,

Y á mundo ingrato, en eslabon postrero,
Al borde del sepulcro el alma aduna.

Amor todo ideal, que no amancilla
Frígida sombra del impuro suelo,
Sagrada antorcha que perenne brilla
Con viva llama arrebatada al cielo.

Centella del amor con que el Eterno,
Primer generador, amó su hechura,
Celeste flor en el marchito invierno
Del alma, siempre inmarcesible y pura.

Aroma de virtud, fértil cariño,
De eternas ánsias y placeres fuente,
Sávia que abreva en el inerme niño
La sed precoz que de ternura siente.

¿Veis cómo, á par que rápido rodando,
De su cuna se aleja fugaz rio,
Su sonoro caudal acrecentando,
Mas pujante se ostenta y con mas brío?

Tal, oh paterno amor, mientras helada
Despeña el tiempo su veloz corriente,
Se acrece tu poder, y trasportada,
Mas vívida ternura el alma siente.

¿Qué afan como tu afan? Tímida y pura
La flor de la niñez cubre tu manto.

Y su seno en el tuyo dulce apura
Con la miel de tu amor plácido encanto.

Así en la cumbre que aquilon azota,
Al pié del tronco de robusta encina,
Flor delicada que á su amparo brota,
Horrenda tempestad burla dañina.

Tal orillas de arroyo bullicioso,
Que resbala por páramo infecundo,
Crece tierno arbolillo deleitoso,
Agotando á par de él, néctar fecundo.

¡Oh sin vallas amor sublime y santo,
Del seno paternal fecundo aroma,
Celeste aliento enjugador del llanto
Que al albor del vivir tétrico asoma!

¿Quién tu extension medir, sondar tu hondura,
Tu pujanza vencer puede en la tierra?
¿Qué tesoro igualar al de ternura,
Que tu abismo sin límites encierra?

Almas sublimes, que tal ánsia inflama,
Oh tiernos séres, de mi sér autores,
En cuyo seno con fecunda llama
Arde el solo inmortal de los amores:

Decid cual vuestro afan gime velando,
Las lágrimas sin fin con que á los cielos

Importunais amantes, suspirando,
Cual tórtola que arrulla á sus polluelos.

¡Qué de besos y abrazos y caricias,
Qué de frases de dulce resonancia,
Sin cesar alfombrando de delicias
Las sendas venturosas de la infancia!

Decid cuán bondadosa mano atrae
Al hijo que cegó torpe extravío,
«¡Hijo mio!» exclamando, miéntras cae,
Cual rocío el perdon, «ven, hijo mio».

«¡Absalon! ¡Absalon!» ¿ois cual gime
Por príncipe traidor padre amoroso?
«¡Hijo mio! ¡Absalon!» y el duelo oprime
Exánime su pecho tembloroso.

¡Oprobio al mónstruo, de piedad desnudo,
Que de filial amor nunca la llama
Sintió en su pecho arder, y en desden rudo
Hiel en el seno paternal derrama!

¡Ah! ¿veis esa corona de blancura
Que sus lánguidas sienes ennoblece?
¡Qué de amor, qué de afan, qué de ternura
En sus tibios mechones resplandece!

¿Veis cual anchas sulcando su mejilla,
Las rugas del dolor su rostro ostenta?

Hondo allí el filo del cuidado brilla.
Tenaz solicitud allí se asienta.

¡Oh alma toda amor, que á compás late
Del corazon del hijo, en él viviendo,
Á par llorosa, si el dolor le abate,
Á par risueña, si le vé sonriendo!

¡Qué de consuelos ¡ay! próvido el cielo
Brinda al débil mortal! Cése ya, niño,
Tu llanto cése; para ti en el suelo
Raudal inagotable hay de cariño.

Hay quien endulza con afan tu lloro,
Pecho que el tuyo con amor comprime,
Quien años labra para ti de oro,
Quien goza á par de ti, contigo gime.

¡Ay, infeliz del que jamás la mano
Sintió paterna acariciar su frente,
Y en desierta orfandad clamando en vano,
Enemigo cruel al hombre siente!

Santiago, Marzo 1857.

# La violeta.

(A MI QUERIDA MADRE.)

¡Oh dulce y casta flor, que la diadema
Cárdena escondes en la senda umbrosa,
Entre el césped humilde, cual emblema
De tímida modestia pudorosa!

Flor que á la errante brisa entre suspiros
La frente melancólica inclinando,

Rica fragancia das, que en leves giros
Va los rústicos trivios perfumando;

¡Cuánto hechizo se encierra en tu corola,
En manto de esmeraldas engastada!
Entre hermosas humilde eres tú sola,
Entre bellas tú sola recatada.

¡Tan bella y pura tú, y en los jardines
Cual sultana no reinas? ¿Solitaria,
No campeas allí con los jazmines,
Con la rosa y clavel en pompa varia?

¡Tan fragante y gentil, y al pié del muro,
Sobre lánguido astil tímida asomas,
Entre olvidada sombra el broche oscuro
Abriendo con suavísimos aromas?

Tal la virtud del corazon sencillo,
Humilde planta en el erial del mundo,
Vegeta oscura sin fastoso brillo,
Brotando el bien de su vivir fecundo.

¡Qué de embeleso en tu beldad sin pompa!
¡Qué régia sencillez en tu atavío!
¿Qué á ti la fama y su ruidosa trompa?
¿Qué á ti del mundo el oropel vacío?

Luzca la dalia su orgulloso manto,
Columpie el tulipan su copa airosa,

Reine entre puntas con soberbio encanto,
En medio del verjel, purpúrea rosa.

Tú mi hechizo serás: en tu amatista,
Que el ángel del pudor bajo su planta
Hizo acaso brotar, goza mi vista,
Y plácida emocion mi seno encanta.

No tú, modesta flor, no tú en la frente
Que aja impúdico amor, brillarás nunca;
Ni de altivo sultan en el luciente
Alfanje de oro que cabezas trunca.

No á cortesano vil que á régio trono
En raudas alas de ambicion se eleva,
Ni al guerrero ornarás que con encono
Victorioso laurel en sangre abreva.

Tú la frente amarás cándida y pia
De la vírgen que á Dios bella se inmola,
Y cual tú, pudorosa, al cielo envia
El perfume gentil de su corola.

Tú ceñirás la sien del tierno vate,
Que en muda soledad, en casta lira,
El ánsia exhala que en su pecho late,
Los impetus de afan que Dios le inspira.

¡Oh bella y pura flor! Digno yo sea
De aspirar tu fragancia deleitosa;

En torno de mi lira feliz vea
Cual brillas en guirnalda primorosa.

—

En rústico trivio,
Con orlas de hiedra,
Cruz alta de piedra
Negreando se ve.
En torno, escondidas,
Modestas violetas,
Brotando en las grietas,
Rodeaban su pié.

—

Yo niño, adorando
La cruz solitaria,
Sencilla plegaria
Rezando infantil,
Las cárdenas flores
Ansioso arrancaba,
Y un ramo formaba
Con gozo pueril.

—

¡Oh madre! tú sabes
La dulce ánsia mia,
Con cuánta alegria
Volando á tus piés,
El ramo oloroso
Poniendo en tu mano,

Deciate ufano:
«Mi ofrenda aquí ves.»

—

Brillaba en tus labios
Sonrisa indulgente,
Un beso en mi frente
Sintiendo estampar.
¡Qué nombres tan tiernos,
Tan dulces se oian!
¡Qué abrazos ceñian
Mi cuello á la par!

—

—«¡Oh niño,—ostentando
Tu mano mis flores,
Con frase de amores
Oite decir:—
Sé, niño, violeta
Que oculta entre el muro,
Su aroma da puro,
Sin vano lucir.»

—

—«¿Por qué, madre mia?
—La flor que en la loma
Con pompa se asoma,
Presto ¡ay! morirá.
Sus gratos perfumes
Irán tras el viento,

Y el cierzo violento
Su pié tronchará.»

—

¿Por qué, dulce madre,
Tan sabios consejos,
Tras falsos reflejos
Tu niño olvidó?
No así locas cuitas
Punzáran mi seno,
Ni en mar de ira lleno
Fluctuára así yo.

—

¡Ay, cuántos recuerdos
Apiñas delante,
Violeta fragante,
Con mágica luz!
La aurora del alma,
Maternas caricias,
Edad de delicias,
Sin torva inquietud.

—

¡Cuán rápidas horas!
¡Cuán corta ventura!
Adios, edad pura,
Fulgor matinal.
Adios, breves dias,
Reflejo del cielo,

Sin nubes de duelo,
Sin sombras de mal!

—

Agora ¡oh flor bella!
Que en llanto deshecho,
Se agita mi pecho,
Sin gozo ni paz;
Recibe en tu seno
De llanto una gota,
Que al párpado brota,
Tras bien tan fugaz.

1857.

# A un rio.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

D. CLAUDIO FERNANDEZ.

Vasta lámina azulada,
Espejo del sol de estío,
De invisible iman llevada,
Murmurando arrastras, rio.

Entre sauces y entre breñas
Vas mostrando eterna risa,

Ora lamiendo las peñas,
Ya jugando con la brisa.

¡Con qué gracia entre verdura,
Cual serpiente azul asomas,
Dando al prado tu frescura,
Recibiendo sus aromas!

¡Con qué plácido murmullo
Huyen, huyen argentinas
Tus ondas, al blando arrullo
De las auras vespertinas!

Y tus cristales bullentes
Van con sus alas rizando,
Ora ampollas trasparentes,
Ya anchos círculos formando.

Date el cielo sus colores,
Los sauces verde guirnalda,
Las praderas sus olores,
Y sus bordes de esmeralda.

Risueño como la vida,
Que en corriente de emociones,
Va fluyendo adormecida
Entre cauce de ilusiones;

¿Adónde tan bullicioso,
Rio plácido, caminas?

¿Tras qué afan vertiginoso
Van tus ondas peregrinas?

¿Vas en más lejana tierra
A ostentar belleza tanta?
¿Vas acaso á mover guerra
Al Océano que espanta?

¡Qué ilusion! ¡qué afan! Detente,
Tu raudo vuelo retarda.....
¡Ay del destino inclemente
Que al fin del correr te aguarda!

Ufano, loco, superas
El confin que te limita,
Y tu carrera aligeras,
Y el raudal se precipita.

El preñado cauce ahondas,
Y las márgenes dilatas...
Mas ¡ay! que al crecer tus ondas,
Tu belleza y gracia matas.

Ya no riberas amenas
En tus lados verdeguean,
Calvos peñascos y arenas
Tu soberbia sien blanquean.

Brisas de amor y frescura
No acarician tus cristales,

Roncos rugen con bravura
Sobre ti los vendavales.

Ni sauce de fresca rama
Te da sus discos de sombra,
Ni en tus llanos desparrama
Marchita, móvil alfombra.....

¡Pobre rio! ¡Pobre rio!
¿Dó va tu veloz corriente?.,.
¿Oyes cual muge bravío
El Océano potente?

Suspende... ¡ay triste!... es ya tarde,
Tus ondas el mar devora...
¡Locas ánsias! ¡Vano alarde
Contra la suerte traidora!

¡Corto vivir! ¡Ay! ¡Cuán poco
Duró tu poder y gala!
¡Pobre rio!... ¡Ay de quien loco
Tu necia ambicion iguala!

1858.

# A Compostela.

¡Salve, ciudad augusta, la de ínclitas historias,
Espléndida en recuerdos, fecunda en devocion,
Con el caduco manto velada de tus glorias,
Tus glorias tan brillantes, mas ¡ay! que ya no son.

¡Salve, sagrado asilo, que al rayo portentoso
De sacra luz, brotando de místico ataud,
Cual Teba al son del arpa, miraste prodigioso
Alcázares y templos surgir cabe la cruz!

Mis tristes pensamientos tu languidez absorbe...
¿Dó fueron ya tus galas, tu espléndido brillar?

¿Cómo ya nó piadoso confluye todo el orbe
La tumba de tu Apóstol extático á adorar?

En vano de coronas tu escuálida montaña
Diez siglos circundaron. ¡Ay! tantas glorias ¿quién
Salvar, oh voraz tiempo, de tu insaciable saña,
Oh ingratas gentes, pudo de vuestro atroz desden?

Tú, la ciudad bendita, la amada de cien reyes,
Que hallaron en tu seno su plácido ataud,
A ti con ojos gratos miraron en sus leyes,
En ti su ansioso espíritu halló vívida luz.

Tú el venerando asilo, do cien y cien pendones,
En sangre enrojecidos del musulman infiel,
Intrépidos Iberos de altivos corazones
De tu adalid plantaron delante el escabel.

Tú aquí viste postradas, en tiempos de ventura,
Cien coronadas frentes á impulsos del fervor,
Mil nobles adalides que henchidos de fe pura,
Rindieron á tus plantas su acero vencedor.

Sin cuento aquí miraste, sublime hijo del trueno,
Fervientes peregrinos de hinojos ante ti,
De donde el sol espira en el undoso seno,
De do la aurora surge en trono de rubí.

De majestad ceñida, ¡cuán bella, cuán grandiosa
Aun miro la sagrada basílica gentil,

Los tácitos cenobios, do un tiempo melodiosa,
La voz de sacros coros alzóse veces mil!

¡Cuán bellos tus palacios y altivos chapiteles,
Que en derredor desprenden fantástico monton
De sombras, cual espectros de antiguos mil donceles,
Que allá de noche vagan en torno á su panteon!

¡Cuán grato los misterios de edades nebulosas
En cada monumento que escondes, entrever,
Tus pórticos esbeltos, tus torres silenciosas,
Tus bóvedas do vanse los ecos á perder!

¡Cuán fúlgida la pompa del culto embelesante,
Que en tus grandiosos templos sublima el corazon!
¡Ay! pálidas reliquias del esplendor radiante,
Do hallaron los creyentes raudal de devocion.

¡Cuán grato es á mi pecho de tu poder la historia,
Tu brillo y tu grandeza, tu fausto recordar!
En ti miraba Iberia su más fulgente gloria,
Y al mundo tú mirabas postrado ante tu altar.

¿Qué ya, fuera del eco perdido de tu fama,
¡Ay! resta? Tu alto influjo, tu pompa, ¿dó se fué?
Cual cedro te presentas de gigantesca rama,
Que el huracan soberbio derrumba por el pié.

Desiertas son tus calles, tus claustros ya no llena
El eco de himnos sacros que un tiempo se escuchó;

Tus pórticos son mudos, en ellos no resuena
La planta del viajero que infiel te desdeñó.

De tus altivas torres fantástico turbante,
Perennes nubes vense tus cúpulas cubrir,
Cual velo del sepulcro, do lanza agonizante
El genio del pasado su postrimer gemir.

Serás de los recuerdos la reina solitaria,
Que anuncia de otros siglos la poderosa fé,
Ó el ángel de las tumbas que en urna cineraria
Memorias faustas vela del tiempo que ya fué.

Gimiente bardo en medio tus tácitos dinteles,
Yo lloro por Galicia, fecundo, rico eden,
Yo lloro al ver en polvo marchitos tus laureles,
Tu fúlgida diadema robada de tu sien.

¡Oh España, heróica patria de Alfonsos y de Cides,
¿Cómo el alcázar santo del celestial campeon,
Que de terror ceñía tu acero en bravas lides,
En soledad olvidas y yerma asolacion?

Por él del agareno la pérfida coyunda
En trizas quebrantaste que tu cerviz dobló;
Por él tu fama al orbe llenando tremebunda,
Dos mundos á tu carro triunfante uncidos vió.

¿Cómo del héroe santo, que poderoso escuda
Tu libertad, oh Iberia, te alejas hora infiel?

Así ronca tormenta cerniéndose sañuda,
Asolacion y estrago derrama en ti cruel.

Así con negras alas el genio turbulento
Del báratro sombroso se agita sobre ti,
Tus aras ya rodando con ímpetu violento,
Tus templos desplomando con ímpio frenesí.

Despierta, oh raza de héroes, y ante la sacra tumba
Del paladin celeste tu prístino vigor
Cobrando, ufana sientas cual trémula áun retumba,
Al eco de tus glorias, la tierra en derredor.

Despierta, y cual un dia con fervorosos dones,
Del grande Zebedeo la tumba á adorar vé,
La tumba que áun almenan cien bélicos pendones,
Que al árabe arrancados, allí clavó la fe.

Y tú, ciudad bendita, Salem del Occidente,
Con el sepulcro ufana que cuna es de tu honor,
No gimas; yergue altiva la oscurecida frente,
Y aguarda nuevos soles de espléndido fulgor.

Aun hay para ti glorias; áun iris de ventura
Esmaltará los cielos; su horrenda, torva faz
Luzbel en los abismos entonce hundiendo impura,
Vendrá con áureas alas el ángel de la paz.

Volved, risueños siglos; con entusiasmo ardiente
Iberia aquí postrada, su angélico adalid

De hinojos adorando, te ofrecerá ferviente
En paz ricas ofrendas, y ofrendas en la lid.

En tanto, oh Compostela, gentil flor solitaria,
Brotada entre cenizas de místico ataud,
Tu negra cuita alivie la endecha funeraria,
Que en doloridos ayes exhala mi laud.

Santiago, 1857.

---

# El Otoño.

(A MI QUERIDO HERMANO JULIO.)

Desierto está, descolorido el cielo,
Sin nubes, sin fulgores,
Deshojándose el bosque entre rumores,
Con luto de hojas amarillo el suelo.
Paz reina en derredor, lánguida calma,
Remedo del reposo,
Que, al declinar la vida, arrulla al alma.

Dorada mies ni tentador racimo
Ostenta el campo ya. Ya de sus dones
Colmada la honda troj, fértil natura,

Ajada su hermosura,
De ramos y de pámpanos y flores
El manto á desceñir ¡ay! se apresura,
Sus galas entregando
Del cierzo y vendaval á los furores.

Fúlgido el sol tras del collado espira,
Que en viva claridad arde deshecho,
Cual encendida pira,
Do encuentra el dia su mortuorio lecho.
Y de su viva, centellante rueda
Postrer rayo al traves serpenteando
De umbrátil arboleda,
Brilla, enlazando con cadena de oro
Al cielo el mundo túrbido, incoloro.
¿Qué buscas ¡ay! emanacion perdida
De un mar de luz, tras refulgente ocaso?
¿Estela de ilusion desvanecida
En el hondo no sér, eres acaso?
¿Rayo tal vez de inspiracion que alumbra
Del corazon la mística penumbra?
Mas ¡ah! tímida luz, ¿por qué resbalas
De tronco en tronco peregrina huyendo,
Tras ti las sombras lóbregas viniendo?
El ángel de la luz plega sus alas.....
¡Oh dorado fulgor! ¡Cuán poco duras!
Del corazon impío
Ay! huye así la paz con sus dulzuras.

¡Qué silencio do quier! Cítaras vivas,

Que hechizabais ayer la selva oscura,
Lenguas arpadas que en solemnes himnos
Festejabais del sol con la natura
El plácido himeneo, ¿dó sonoros
Regocijan el mundo vuestros coros?
¿En dónde, oh ruiseñor, tu lastimero
Canto, y los trinos del feliz jilguero?
Discos no traza en derredor del viento,
Girando sin cesar, la golondrina;
Eterna peregrina,
Otros valles buscó de más contento.
Solo tú, fiel vecino
Del musgoso tejado campesino,
Desidioso pardal, áun jugueteas,
De zarza en zarza revolando ufano,
O tras de granos cándidos rastreas.

Solo en las ramas amarillas gime
El aura soñolienta de la tarde.....
¡Qué calma en derredor! ¡Oh cuán sublime
Está la soledad! No ya la cumbre
En vivas llamas fulgurando arde,
Del sol poniente con la roja lumbre.
El blanco campanario
Del silencioso valle solitario,
Cual pirámide fúnebre blanquea,
Que entre robles altísimos campea.
Inmóvil allí está: sagrado lazo,
Que espíritus aduna,
Y las horas del fiel desde la cuna,

Hasta caer, oh tumba, en tu regazo,
Endulza y santifica de una en una.
Y en tanto que por rápida pendiente
Ruedan los años, y á vejez marchita
Encorva el hombre la nevada frente,
¡Oh santa Religion, faro de vida!
Dia eterno de místicas dulzuras
Mas allá del mortal confin auguras.

¡Oh encanto misterioso!
¡Oh gozo melancólico que inunda
El alma de suavísimo reposo,
El soto al recorrer meditabunda!
Tu paz, dulce Noviembre, tu tristeza
¡Cuán grata al corazon! ¡Cuánta dulzura
En tu ambiente vivífico atesoras!
Y en la apacible luz con que el sol baña
Tus vespertinas horas,
¡Qué plácida tibieza!
¡Qué régia esplendidez y galanura
Rica ostenta, al morir, naturaleza!

La ronca voz y grave
De solitaria ave;
Ese seco crujir de las marchitas
Hojas que so mis piés estallan rotas;
Y tú, que en derredor las mústias ramas
Del bosque, oh brisa, susurrando agitas,
Y entre besos su pompa desparramas,
¡Qué vaga y melancólica armonía

Para el alma encerrais! ¡Qué dulce encanto
En el jugar del aura con el manto,
Que mústio rueda de la selva umbría!

Trémulas hojas, que en mi turbia frente,
Cual tumba de reposo,
Revolando posais, ¿dónde mañana
Del rápido aquilon la furia insana
Os llevará á morir? ¡Oh tristes restos
Del bosque esplendoroso! Así livianas,
Perdidas vuelan ¡ay! las hojas de oro
Del árbol de mis sueños,
Del tronco en derredor, mústio, inodoro.
Así, cual polvo inerte,
Las horas del vivir raudo arrebata
El viento mudo y seco de la muerte.
Así de cien y cien generaciones,
Al hondo seno de la hambrienta tumba
El fausto se derrumba.
¿Qué de Nínive y Tiro, y los pensiles,
Gala y pompa del Éufrates? Tus glorias,
¿Dó están, invicto Aquiles?
¿Qué del imperio fué que el rudo acero
Audaz fundó del Macedon guerrero?
¡Oh perenne vaiven! ¡Oh vil destino
Del mundano esplendor! ¿Y en tan mezquino
Centro reposa el alma?... ¡Oh Tú, que solo,
Miéntras transforma universal mudanza
De los orbes la faz, de polo á polo,
Tú siempre igual á Ti, dulce bonanza

Gozas en tu quietud; haz que á Ti asida,
Al flujo ajena de fugaz contento,
Disfrute el alma inconmovible asiento.
Sin galas, mústio ya, sin frescas flores,
Al viento del Otoño, yerto crece
El árbol de mi vida entre dolores.
¿Cuándo al pensil etéreo do florece
La vida inmarcesible, transplantado,
De eternas flores brillará cercado?

Santiago, 1857.

# A un pájaro.

Vagaroso pajarillo,
Que te meces en el viento,
Cruzando libre y contento
Los espacios de la luz;
¡Cuánto envidio tu alegría,
Tu volar, tu libre canto!
Huyes la patria del llanto,
La mansion de la inquietud.

—

¡Cuánto envidio tu soltura,
Si en la atmósfera flotando,
Siempre vagando, vagando

A merced del viento vas!
En el aire no hay cerrojos,
No hay jaulas de bronce y oro,
Es el aire tu tesoro
Que por cien mundos no das.

—

Triste aquí forceja el alma,
En jaula de barro oculta,
Un cadáver la sepulta,
Que á su vez sepultarán;
Mientra el cuerpo en jaulas yace,
Que hacen los hombres de piedras,
Do vegeta cual las hiedras,
Que al muro unidas están.

—

¡Quién me diera vagaroso
Ese mar de etéreas olas,
Como tú, cruzando á solas,
Al empuje de la fe!
Mas que tú, léjos volara,
Y esas nubes traspusiera,
Y ese sol de cerca viera
Donde asienta Dios su pié.

—

Los volcanes donde baña
Su frente en llamas radioso;
Los abismos do medroso
Toma el trueno sordo son.
Y los misterios que guardan
Esas azules cortinas,

Do las almas peregrinas
Entreven otra region.

—

Y con los astros rodando
Por el espacio sombrío,
Cual ellos su centro, el mio
A buscar subiendo voy.....
¡Oh de míseros asilo,
Do la paz está en la guerra,
Donde el gozo llanto encierra,
Mi postrer adios te doy.

—

Sér del sér, hasta tu trono
Deja llegar mi osadía,
Que es en tanta travesía
Mi brújula el corazon.
Que este iman siempre voluble
Hasta Ti, sublime Esencia,
Jamás cesa en su impaciencia,
En su eterna oscilacion.

—

..... ¡Ay, imbécil! ¡Cómo en sueños
Ilusa el alma delira!
Con alas de cieno aspira
Hasta el empíreo á volar.....
Pajarillo, ya tu vuelo
¡Ay! perdióse en lontananza,
Como el alma que se avanza
En lo eterno á meditar.

—

Vuela, vuela, ave dichosa,
Ya que tan libre naciste;
No esperes que dardo triste
Vibre rudo el cazador.
¡Oh si yo tambien un dia,
Al traves del claro viento,
Libre aportára, contento,
A la region del amor!

Santiago, Marzo, 1858.

# A mi querido padre,

EN SUS DIAS.

---

Solícito jardinero
Cuida naciente rosal,
Por él vela con esmero,
Regándolo placentero
Con cristalino raudal.

Llega mayo: purpurinas
¡Qué de flores á sus ojos,
Entre puntas diamantinas,

Con esencias peregrinas,
Lucen sus cálices rojos!

Así un tiempo, padre amado,
A tus hijos, tiernas flores
De tu verjel regalado,
Prodigabas tu cuidado,
Y tus constantes favores.

La sacra, vívida fuente
Lo regaba de tu amor;
Tú del ábrego inclemente,
Y del sol estivo ardiente
Resguardabas su verdor.

Tú fuiste el kiosko sombrío,
Do jamás traidora mano,
Ni voraz insecto impío,
De tus flores, padre mio,
El esmalte ajó lozano.

Y crecieron tus rosales,
Y pomposa rama alzaron,
Y sus rosas virginales
Sus capullos de corales
A tu aliento desplegaron.

Mas ¡qué de ánsia y pena cuánta!
¡Qué de afanes sin enojos!
¡Ay! la savia que amamanta

De tu jardin cada planta,
Es el llanto de tus ojos.

No el rosal purpúrea flor
Brota sin punzante espina,
Amor santo, tierno amor!
Siempre contigo el dolor
A par del gozo camina.

Su pompa, matiz, verdores,
Los rosales que has plantado,
Débente, oh padre; sus flores
A ti ofrecen sus olores,
Y su cáliz inviolado.

Sean corona á tu frente,
Siempre galanas, oh padre;
Nunca su esmalte luciente
Ajar veas, ni inclemente
Espina tu sien taladre.

Santiago, Marzo, 1858.

---

# El roble de mi aldea.

AL DISTINGUIDO POETA Y BIÓGRAFO

D. TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Suspende el blando murmurio
De tus hojas, que la brisa
Mece en tus añosas ramas,
Roble, de musgo vestidas;
Suspende, y el raudo curso
De emociones que me inspiras,
Con alas de fuego el alma
En rapto plácido siga.
¿Cuál tu orígen? ¿Quién tu tronco
Vió crecer? Grata armonía
Arrulló de tus murmullos
Mi primer llanto y sonrisa.

Y el anciano en cuyas sienes
Nieve de cien años brilla,
Niño, tu gigante copa
Vió por los aires tendida.
Siglos ha que cien tormentas
Arrostrando, das benigna
Sombra al pueblo.... ¿Con sus lares
Germinaste el mismo dia?
Testigo de sus venturas,
Memoria de edad antigua,
Eres el libro que encierra
Su historia jamas escrita.

Bajo el dosel de tus ramas
Vieja se alza, ennegrecida,
Pétrea cruz, que el trivio alegre
De las fiestas santifica.
Tus brazos tendiendo en torno,
Cariñoso la cobijas,
Cual bajo materno manto
Cándida infancia se abriga.
¡Roble y cruz, bendita sea
Vuestra eterna compañia!
Tú, viejo roble, amor santo
De la patria simbolizas;
No tan honda bajo el césped
Prende tu raíz, cual liga
Al colono de estos valles
La quebrada donde anida.
Alma cruz, místico emblema

Eres de esa fe, que viva
En nuestros lares ardiendo.
Vierte encanto en las fatigas,
Flores sin fin de virtudes
Medrar haciendo escondidas.
¡Roble y cruz, eterna sea
Vuestra feliz compañía!

Aquí en las rústicas fiestas,
Vivo raudal de armonías
Lanza en torno patria gaita,
Al tamboril sordo unida.
¡Qué embeleso! ¡Qué dulzura
En sus notas! Doble fibra
De pena y gozo en el alma
Del hijo del celta vibran.
Sordo estrépito estremece
La cuenca; tu copa oscila,
Miéntras á tus plantas bulle
La embriaguez de la alegría.
Tú sus fiestas, tú su júbilo
Miras ¡oh roble!; en la viva
Expansion de su alborozo
Tus dulces quejas espiran.
Cruz tutelar de este valle,
Nunca ¡ay! dejes que marchita
Caiga la flor de inocencia
Que embalsama estas colinas.

Cuando, en sombras perezosas

Su antorcha enlutando el día,
Ledos rústicos, al hombro
La corva azada caida,
Tornan al hogar, ¡qué cantos
Aquí suenan, do respira
Ora del antiguo celta
La vaga melancolía,
Ya tu célica dulzura,
Fe del Gólgota divina!
Cual lenta en el pecho muere
Memoria de breves dichas,
De sus tonos melancólicos
La cadencia indefinida,
Lenta, grave, prolongándose
Por las quebradas umbrías,
De eco en eco decreciendo,
En lontananza allá espira.

Tú mil veces, viejo roble,
En torno á esa cruz, pacíficas,
Rústicas juntas de ancianos
Viste á tu sombra reunidas.
¡Feliz senado que ajeno
De clamores, de rencillas,
Sin arengas cadenciosas,
Es la paz su norte y guia!

¡Cuán raudas aquí las horas
Volaban, cuando ceñida
De áureas sortijas la frente,

Y en el labio eterna risa,
Era palestra tu campo
A infantiles, tiernas lídias!
¡Oh grata edad, que inocente
Sus encantos no adivina!
¡Oh ventura, no ventura,
Hasta despues de perdida!
Y tú manso cobijabas
Debajo tu sombra amiga
Esos vástagos nacientes
De otras ramas ya marchitas.
¡Cuántas ¡ay! generaciones
Viste aquí jugar sencillas!
Ramas del árbol humano,
Olas del mar de la vida,
Que, empujándose, á la tumba
Van rodando fugitivas.
Ruedan, ruedan: y en perenne
Flujo pasar tú las miras,
De tu frente desprendiendo
Melancólica armonía.

Plegue al cielo, antiguo roble,
Que el dulce valle cobijas,
Do entre rosas de inocencia
Mi infancia huyó, sin espinas;
Plegue al cielo que, al ocaso
Rauda al declinar la vida,
Últimas pueda á tu sombra
Libar tibias alegrías.

De esa cruz al pié sentado,
Cuando el alma no divisa,
Yerto su afan, horizontes
Do el ala tender caida;
Los ojos atras volviendo
Sobre glorias ya perdidas,
Viviré con lo pasado,
Luz que, lejana, más brilla.
Cruzada la última etapa
Del desierto de la vida,
¡Oh tumba de mis abuelos!
Dá refugio á mis cenizas;
Arbol que les das tu sombra,
No la niegues á las mias.

Santiago, Octubre, 1858.

# El beso materno.

Plácido beso del amor materno
En tu mejilla rumoroso espira,
Suspenso, oh niño, en el regazo tierno
De una madre que extática te mira.
Gentil sonrisa mora
En tus labios flexibles de escarlata,
Cual juega de la aurora,
En boton de carmin, rayo de plata.
¡Feliz tú, que de amor en torno tuyo
La atmósfera respiras,
Que tierno entre sus brazos solo aspiras,
Tan solo á un beso suyo!
Otro mundo no existe allá del beso.

Con que ardiente su labio tu faz cubre,
Do vierte en su embeleso
El tesoro de afan que su alma encubre.
¡Cuánto amor, cuánta paz, cuánta ternura
Cada ósculo atesora!
¡Cuánta dicha ¡ay! tan breve y pasajera!
Lástima, niño, que eternal no fuera
Tu célica ventura!

Dia amanece, que, cruzando errante
Un mundo de mentira,
Otro amor, otros besos anhelante,
Hirviente el pecho cual volcan, suspira....
Y el mimo deleitoso
Olvida de una madre, desdeñoso.
Mas ¡ay triste! que el pecho ántes sereno
Le abrasa el beso ajeno!
Del llanto abierto el cauce, desgarrado
El seno, verás triste
Que un solo beso de ternura existe,
Solo un beso de amor puro, sagrado...
Es el beso materno que perdiste.

Alongos, 1858.

# Una noche en la aldea.

A MI QUERIDO AMIGO EL POETA

**D. VALENTIN LAMAS CARVAJAL.**

¡Cuán sombría y tormentosa,
Con negro manto rodea
Los contornos de la aldea
Noche lóbrega y medrosa!

Entre la tiniebla oscura
Ruge la ronca tormenta,

Trueno horrísono revienta,
Y asorda monte y llanura.

¡Cómo brama el furibundo
Vendaval! Ora cruzando
Las selvas, pasa silbando,
Ora gime moribundo.

Crujen los árboles; saltan,
Entre peñascos cayendo,
Cien torrentes con estruendo,
Que las campiñas asaltan.

Y en tanto que el viento brama,
Y azota el campo la nube,
De ancho hogar dorada sube
En pirámides la llama.

En torno rústica turba
Enjuga su pardo traje,
Miéntras del viento el coraje
Cielo y tierra y mar conturba.

Fiero al dintel se abalanza
De vez en cuando un enorme
Mastin, que á la sombra informe
Lúgubre ladrido lanza.

Al calor chisporrotea
Húmeda la verde rama,

Chispas, humo, roja llama
Trepando á la chimenea.

Luz de relámpago asoma
Por las rejas; despeñada
Del tejado ancha cascada,
En las losas se desploma.

Trémulo vidrio palpita
En la ventana, cual late
Corazon que amor combate,
Ó pavor tremante agita.

Ameno coloquio en tanto
Arranca, en torno del fuego,
De los labios del labriego
Risas que templan su espanto.

Súbito luengo gañido,
Triste, lúgubre, del zorro,
Al despavorido corro
Llega del próximo ejido.

Voz fatal que allí retumba
En el corazon medroso,
Cual presagio pavoroso,
Cual reclamo de la tumba.

Oyen, tiemblan, enmudecen,
Alguna lúgubre historia

Quizá asalta su memoria,
Y los rostros palidecen.

—«Voz de muerte, voz de muerte,
Que á los vivientes reclama!
¡Ay del mísero á quien llama!
(Murmuran), ¡ay dura suerte!»

Narran cuentos pavorosos,
Unos tras otros hablando,
Medrosas leyendas dando
Solaz á pechos medrosos.

Oid y temblad, —decia,
Con voz conmovida y lenta,
Rústico anciano que ostenta
Mechon blanco en su sien fria.—

Tiemble el malvado que impuro
Despliega blasfemo labio,
Y el que con planta sacrílega
Huella los preceptos santos.
¿Veis ese soberbio roble,
Que alzando gigantes brazos,
Orna el campo de las fiestas,
Los huracanes retando?
Tal era Pablo en mi aldea,
El más fuerte, el más gallardo,
El más pujante mancebo
Que los campos admiraron.

Mas ¿quién freno á sus desmanes
Ponia? Nada sagrado
Respetó jamas su lengua,
Tierra y cielos ultrajando.
¿Qué hogar, del pudor asilo,
Salió de su audacia intacto?
¿Quién no temblaba á sus iras,
Y al empuje de su brazo?
¡Vana arrogancia! Dos noches
Se oyó resonar cercano
A su choza ese gañido,
En son triste y prolongado.
¡Signo funesto!... Otra noche,
Niño yo de tiernos años,
Con mi padre de la villa
Retornábamos al campo.
¡Qué vision!... Pálida luna,
Al traves del emparrado,
Lanzando blancos reflejos,
Trazaba fantasmas vagos.
Aun no bien de nuestra aldea
Herboso el linde pisamos,
Nuestro oido estremecieron
Lejanos, medrosos cantos.
No más tristes, no más lúgubres
Acentos á los finados
La fe consagra. En silencio
Escuché, miré... ¡Qué espanto!
En dos largas líneas lentos
Informes espectros blancos,

Entre huesosas antorchas,
Rastraban ropajes largos,
En voz grave, sorda, fúnebres
Himnos de muerte entonando.
Vibrante campana á trechos
Gemía. Con lento paso,
Hondo ataud en el centro
De las filas avanzando,
Como la muerte vi negro,
Cual tristeza estrecho y largo.
—¡La *Compaña!!!*, (1) con acento
Trémulo á una exclamaron
Los rústicos.— ¡Caso horrendo!
¡Qué de rostros ya velados
En el sepulcro, á despecho
De sus flotantes sudarios,
Conocí!... La turba fúnebre
De espectros, en fin, hizo alto...
¿Dónde pensais?... ¡Pobre jóven!
Cabe el dintel solitario
De su casa el don de muerte
Vi posar. Cetro enlutado
Alza el jefe; un golpe... y otro
Golpe retumbando aciago,
La puerta hirió. Hondo gemido
Dentro resonó de espanto.
Cruje el quicial; y á la lúgubre
Luz de las antorchas, pálido,

(1) Imaginaria procesion nocturna de almas en pena.

Desencajado su rostro,
Vimos salir... ¡Triste Pablo!
¿Qué de su arrogancia ha sido?
Trémulo marcha arrastrado
A acrecer el fatal séquito!
—¡Ay del que con los finados
Se acompaña!—Desde entónces
¡Quién lo viera! ¡Cuán mudado
De su arrogante apostura,
De su porte altivo y franco!
Pálido, mústio le vimos,
Ceñudo el alegre trato
Esquivar... ¡Cuán breves dias
Su semblante triste y lacio
Tardó en hundir en la tumba!
¡Fin precoz del desgraciado!
—¡Ay del vivo que respira
El aire de los finados!

—

Calló el labrador; y absorta
La mente, escuchan atentos
Nuevos, misteriosos cuentos,
Que lengua crédula aborta.

Cuentos de brujas tornadas
En procesiones de luces,
Que al rededor de las cruces
Bailan danzas agitadas.

Cuentos de fadas y moros,

Que en encantados palacios,
De brillantes y topacios
Guardan mágicos tesoros;

Ó en recóndito recinto
Velan robada princesa,
Que con su canto embelesa
Su extraviado laberinto.

Cuentos de ánimas que á oscuras
Traen en pos por la aldea,
Del purgatorio librea,
Su cadena de torturas.

Llena de duendes la mente,
El sueño al fin rinde á todos,
En la rodilla los codos,
Entre las palmas la frente.

Entre la materna falda
Los niños, el rostro oculto,
Se adormecen, negro bulto
Ver temiendo tras la espalda.

Y entre el callar de la casa,
Las aguas suenan cayendo,
Y el viento que estremeciendo
Las vidrieras, silba y pasa.

Tendido á par de la lumbre,

Ronca el perro, miéntras brilla
De las brasas amarilla,
Tibia, muriente vislumbre.

Solo interrumpe el sigilo
Del grillo el ledo cantar,
Fiel vecino del hogar,
Do demanda al hombre asilo.

Grillo fiel, ¡con qué deseo,
Niño yo, te perseguia,
Cuando en el fogon se oía
Tu monótono aleteo!

¡Con qué secreto cariño
Resonar oigo tu canto,
Que renueva el tierno encanto
De mis recuerdos de niño!

Alongos, Enero, 1859.

# Recuerdos.

El sol tras la raya
Del monte se hundía,
La arena en la playa
Trocando en coral;
En haz de hebras de oro,
Brillante encendiendo
Del mar incoloro
Movible el cristal.

—

En roca, que en vano
Las ondas azotan,

Hundida en la mano
La pálida faz,
Sentado miraba
Yo absorto cual lenta
Del mar se apagaba
Vislumbre fugaz.

—

Miraba allá lejo
Voluble barquilla,
Rompiendo el espejo,
Do vese gentil,
Al aire la vela,
Vivaz mariposa
Que cándida vuela,
Galan del pensil.

—

La blanca gaviota,
Con alas de nieve,
Colúmpiase, azota
Rizado el cristal;
Y surge y se lanza,
Y vuela arrojando,
Allá en lontananza,
Chillido fatal.

—

Tal vez manso viento
Los ecos traia

Del último acento
De rudo cantar,
Que alegre salía
De lancha velera,
En tanto que hendía
Desierta la mar.

—

De angustia oprimido,
Confusa la mente,
El párpado henchido
De llanto sentí.
Tenaz acosaba
Mi mente un recuerdo,
Bellezas no hallaba,
Ni goces allí.

—

Del mar la escarlata ya en verde sombrío,
Perdido el esmalte gentil, se tornó,
La chispa postrera del júbilo mio
Del sol con la chispa postrera espiró.

Callaron los vientos, la inquieta gaviota
Perdióse á lo lejos en raudo volar,
El remo de frágil barquilla no azota
Con leve chirrido la espalda del mar.

Soltando una lágrima el párpado lleno,
Pedazo del alma, rodó por mi faz;

El ancho desierto del lago sereno
Miraba embebido, no hallando solaz.

Mas súbito un eco debajo resuena,
Las ondas en giro parecen bullir,
Y miro una ninfa, cual blanca azucena,
Ceñida de gasas de espuma, surgir.

Copiaban sus ojos el diáfano cielo,
Sus crenchas el oro del sol matinal;
Moviendo el nevado, fantástico velo,
Sonó misteriosa su voz celestial.

—

¿Por qué, jóven, lloras
En estas riberas,
Que tan seductoras,
Tan plácidas son?
Mis valles, mi amena
Campiña, mis mares,
¿No endulzan la pena
De tu corazon?

—

Por más que te arroben
Recuerdos perdidos,
Injusto es, oh jóven,
Tenaz tu desden.
¿Verán con enojos,
Con negra tibieza,

Por siempre tus ojos
Mi mágico eden?

—

Carmin y esmeralda
Mis prados ostentan,
Y en su verde falda
Con manso rumor,
Mi mano desata
Las nítidas ondas,
Cual pliegues de plata,
De vivo fulgor.

—

Mis láminas hienden
Bateles cien raudos,
Que al céfiro tienden
La lona gentil,
Y vuelan triunfantes,
Y lejos semejan
Crespones flotantes
De espuma sutil.

—

De limpio zafiro
Brillante es mi cielo,
Cual puro suspiro
De amor celestial.
Verjeles de flores
Yo brindo á tus ojos,

Albergue de amores,
Eden terrenal.

—

Enjuga tu llanto,
No gimas, oh huésped,
Contempla el encanto
Que reina en redor.
Que hermosa es Helenes,
Hurí de los mares,
Y ciñe sus sienes
Eterno verdor.

—

Dijo: y replegando su velo de espuma,
Hundióse en las aguas la ninfa gentil,
Cual leves disipa cendales de bruma,
Del monte en la cúspide, el sol del Abril.

Absorto, confuso quedé contemplando
El rastro fugace que impreso dejó,
En voz lenta, sorda, tal vez murmurando
La frase postrera que dulce sonó.

—

«Hermosa es Helenes,
Hurí de los mares,
Corona sus sienes
Verdor perennal.»
Mas ¡ay! ¿por ventura,

Verjeles de flores,
Teneis la dulzura
Del valle natal?

—

Orillas del Miño
Están mis placeres,
Allí mi cariño,
Mis prendas dejé.
Entre altos castaños
Feliz lar humea;
Allí dulces años
¡Cuán dulces! gocé.

—

Orillas del Miño,
Solícita madre
La cuna de un niño
Tiempo ha que meció.
Raudal de embeleso,
¡Oh Miño! á esa madre
¡Ay! llévale un beso,
Que el niño era yo.

—

Su verde ribera,
Sombreada de chopos,
Me vió placentera
Mil veces jugar:
Coger gayas flores,

Buscar hondos nidos,
Ó á mirlos cantores
Falaz nudo armar.

—

No enjugues, Helenes,
Mis túrbidos ojos,
Recuerdos no tienes
De amor para mí;
Y allí está mi alma,
Do están mis recuerdos,
Placeres ni calma
No encuentro yo en ti.

Pontevedra, Febrero, 1859.

# Los dos ecos.

Reinan las sombras ya; turbio derrama
Vaga luz el crepúsculo sombrío;
Silbando el aquilon de rama en rama,
La selva azota en su coraje impío.

Pompa y gala cayó del bosque espeso;
Ni flores lucen, ni mil pomas de oro
Los ramos doblan con su dulce peso,
Del rústico feliz blando tesoro.

Desprendiéndose mústio va el follaje,
Que los sotos ciñó de fresca sombra...

¡Qué amarillo se enhiesta su ramaje!
¡Cuál cruje so los piés la seca alfombra!

Verdes sus ondas fugitivas plega
Airado el Miño con susurro triste,
Con el viento tenaz rollado brega,
Sus olas riza, encorva, y se resiste.

De sombras grupo caprichoso, vago,
Del grupo de olmos que la orilla almenan,
Mudas descienden, y el verdoso lago
De opacos tintes misteriosas llenan.

Fantasmas negras de gigantes mantos
Acaso son que del abismo ascienden,
Que fúnebre cendal de horror y espantos,
Lóbrega noche, por tus sienes tienden.

Del prócer olmo en la sonante espira,
Del zarzal en los vástagos flotantes,
Músico viento jugueton suspira,
Ó silbidos arroja amenazantes.

Y fija acaso en la erizada punta
De parda roca entristecida ave,
Tras grave pausa, entrecortada, junta
Del rio al murmurar, voz ronca, grave.

Y es triste su graznar, sordo y tremendo
El romper de las ondas en las peñas,

Y del cierzo el bramar que sacudiendo
Va las ondas, los árboles y breñas.

¡Qué tristeza en redor! Melancolía
Mística y grave se desliza al alma,
Por ideales regiones se extravía,
Sueña con dichas, con eterna calma.

Voz que habla al corazon, voz misteriosa,
Oculto genio en soledad despide,
Y una altísima esfera vaporosa
El alma en alas de su anhelo mide.

Léjos, memorias de placer, id léjos,
Que el reposo turbais de mi tristura,
¿Qué valen vuestros pérfidos reflejos?
¿Qué vale vuestra efímera hermosura?

Mas ¿qué oigo?... Voz de frenesí, de orgía,
Que el pueblo lanza de vecina aldea,
Música y danzas en la selva umbría
Suenan, é hirviente multitud vocea.

Mágicos sones de placer y amores
De gaita que entristece y dulce alegra,
Arrastra el Miño entre los mil rumores,
Que el coro forman de la noche negra.

Y el son festivo de la danza atruena
Del hondo rio las riberas mudas,

Y en tanto el viento de gemidos llena
Los roncos huecos de las peñas rudas.

Y el son del gozo con el son amargo
Del viento sollozante se confunde,
Y en un mismo eco intercadente, largo,
El doble coro desigual se funde.

Voz de dolor que funeral alterna
Del regocijo con la voz ufana,
Cual risa y llanto en sociedad eterna
Los dias tejen de la estirpe humana.

Pasa fugaz otro veloz momento,
Y tocando tal vez de roca en roca,
Marcha silbando vagaroso el viento,
Y en la postrera quejumbroso choca.

Lánguido acento, moribundo, breve,
Que entre los senos del peñasco espira,
Como el gemido comprimido, leve,
Del que avezado á padecer, suspira.

¿Dónde los ecos del feliz contento?
¿Dónde los sones de la danza leda?
Sólo se escucha el congojoso acento,
Que tras la voz del regocijo queda.

1859.

# A una barquilla.

---

Hechizo del golfo,
Donosa barquilla,
Que ufana la orilla
Desdeñas audaz;
¿Dó vuelas gozosa,
Soltando ligera,
Cual nivea cimera,
La lona fugaz?

—

Meciéndote leda,
Vestida de galas,

Flotando resbalas,
Cual blanco vapor.
Ni remos rechinan,
Ni el ábrego ruge,
Del aura al empuje
Te vas sin rumor.

—

¡Cuán bella y gallarda
Con tus banderolas,
Rompiendo las olas,
Te miro partir!
¡Qué franjas de espumas!
¡Qué sulcos de plata!
Tu garbo retrata
Bruñido zafir.

—

¿Adónde, gacela
Del mar, vas huyendo?
¿El piélago horrendo
No temes surcar?
Sus montes de plomo
¿No ves, insensata,
No ves cual desata
Mas léjos la mar?

—

«No temo, respondes:
Los vastos desiertos

De mares inciertos
Hender quiero ya.
¡Ay! ¿valla á mis ojos
Será siempre el monte?...
¡Qué bello horizonte,
Sin límite, allá!»

—

Y bogas, y al aura
Las velas entregas,
Cortando las vegas
De aleve cristal.
«¡Victoria! ¡Victoria!
¡Mar alta!»... Sus iras
Desdeñas, la miras,
Y asciendes triunfal.

—

¡Ay, que la azul techumbre del cielo se encapota,
Del pavoroso trueno retumba hondo fragor,
Las ondas con estrépito el huracan azota,
Recorre los abismos horrible son de hervor!

¿Amainas? ¿te acongojas? ¡Ay! ¡suspirar tardio!
Liviana arista en alas de rápido huracan,
Las ondas empujándote á pérfido bajío,
Jugando con su presa, jugando locas van.

. . . . . .

De nubes su manto
Plegó la tormenta;
Vivaz trasparenta
Las ondas la luz.
¿Dó va, pobre esquife,
Tu pompa ilusoria?
El mar fué tu gloria,
El mar tu ataud.

—

¿Dó vas? ¡ay! Mis ojos
Fragmentos errantes,
Despojos flotantes
A intérvalos ven.
¡Ay triste el que á ignotos
Abismos se lanza,
Y audaz se abalanza
Tras sombras de bien!

—

¿Serás tú la nave,
¡Oh ciega alma mia!
Que intrépida ansia
Los mares cruzar?
Amaina, insensata:
¿No ves cual sin rumbo,
En rápido tumbo
Te vas á estrellar?

Pontevedra, 1850.

# El arroyo.

---

I.

Yo vi plácido arroyuelo
De trasparentes cristales,
De rizadas, breves ondas,
De corriente palpitante,
Sobre mosaico de guijo
Sonoroso deslizarse.
Flexibles lanzas de juncos
Coronaban su ancha márgen,
Y agreste menta en perfumes
Húmedo embriagaba el aire.

No de insecto remo vivo
Rasguñaba el terso esmalte,
Ni verde rana yacia
En lo cóncavo del cauce.
Limaza impura no hollaba
De sus bordes el ropaje,
Ni su nítida pureza
Enturbiaba fiera errante.
Encanto de la campiña,
Azul espejo del aire,
Sólo balsámicas brisas
Descendian á besarle.

II.

Horizontes de oro y nácar,
Campos de verdura eterna,
Puras horas de la infancia,
Delicias de la inocencia,
¿Dónde vais? ¿Cómo tan rápidas,
Al vendaval de las penas,
Sin vestigio, cual perfume
Del rosal, volasteis ledas?
¡Cuánto en tu márgen, arroyo,
Gocé yo! ¡Cuán pasajeras
Tan dulces horas rodaron
Sin sentir! ¡Cómo en tus vegas
La inconstante mariposa,
Inconstante yo cual ella,

Perseguia! Ó bien sentado
En musgosa, tosca piedra,
Mis ojos clavaba absortos
En tu diáfana pureza.
¿Qué hechizo robaba al alma,
Cabe ti, su accion inquieta?
Sin saber por qué, miraba
Tus ondas y chinas tersas,
De las linfas escuchando
La monótona cadencia,
Al desplomarse argentadas,
Cual penacho de centellas.....
Amarguras, breves goces,
Del vivir olas eternas,
¿No semejais las ampollas,
Que en perenne efervescencia,
Morir y nacer miraba,
Rápidas ¡ay! cuanto bellas?

III.

Mes de nubes, mes de sombras,
Mes de lúgubres tristezas,
Deten ¡ay! deten fatídico
Tu carroza de tormentas;
Ronca rodando en los aires
Sobre las alas inquietas
Del aquilon, lanza airada
Lluvia á mares á la tierra.

¡Qué furor! Vástagos, flores
Troncha mústios su braveza.
¡Pobre arroyo! ¡Cuán en breve
Turbia vi tu trasparencia!
Rodaba el légamo impuro
Entre tus ondas revueltas,
Y cual torrente arrastrabas
Chinas, flores, juncos, yerbas.
¿Qué mordente pena al alma
Resbaló vaga, secreta?
¿Es que su afan presentia
Que el cristal de la inocencia,
En las borrascas del mundo,
Pierde tambien su pureza?

Alongos, 1859.

---

# Desencanto.

Corazon, corazon lleno
De eterna melancolía,
¿Quién la luz de tu alegría
Eclipsar pudo en su albor?
¿Quién rompió de ti ese cauce
De ese llanto que no brota,
Mas que filtra gota á gota
En el alma su amargor?

—

¿Quién de tu verjel la pompa
En erial trocó de espinas,

Cuyas puntas diamantinas
Te desgarran sin cesar?
¿Qué vale que, atesorando
En tus flores rica esencia,
Del vendaval la inclemencia
No temblases de arrostrar?

—

¿Qué vale que en ti guardases
Un tesoro de alegrías,
De creencias, de armonías,
Como espléndido joyel,
Si, cual se esparce la arena,
Del Simún á los furores,
Esa esencia de tus flores
Disipó mundo cruel?

—

Gloria, amistad, sentimientos...
Sombra vana, sombra vana,
Que el rayo de la mañana
Desvanece con su luz.
¿Qué es el mundo? ¿Qué es el hombre?
Miseria, ambicion, falsía,
Entre estruendo de alegría
Sordo vaiven de inquietud.

—

Verdugos, que en mar de sangre
Sedientos laureles tiñen,

Con que ambiciosos se ciñen,
Ébrios de gloria, la sien.
Aventureros, que en hombros
Del vulgo á quien rey aclaman,
A la cumbre se encaraman,
A labrar su propio bien.

—

Héroes de salon, cuya alma,
Contenta en mezquino espacio,
Va clavada en el topacio
Que resalta en su alfiler.
Fátuos, frívolos histriones,
Que jugando con el fuego,
Sus corazones en juego
Se deleitan en poner.

—

Amigos, á cuyos labios
Tan dulce nombre va asido,
Miéntras clavan fementido
Puñal en el corazon.
Huries de faz brillante,
Dulce voz, lago sereno
Que en el fondo guarda el cieno
De asquerosa corrupcion.

—

Allí la opulenta mano,
Doblegada la rodilla,

Plebeya turba se humilla,
Con faz sonriente, á besar;
Miéntras olas ponzoñosas
De envidia baten su seno,
Hasta que estalla sin freno
La borrasca popular.

—

Ése es el mundo... En sus aras
Idolo triple se adora;
La materia es la señora,
Sierva el alma ante ella ves.
Y ante ese altar do se encumbra
Triforme concupiscencia,
¡Pobre mártir! la inocencia
Cae víctima á sus piés.

—

Ése es el mundo... ¿Qué pides
A sus locos devaneos,
Corazon que tus deseos
No osas aún replegar?
¿Buscas en desierto sombra?
¿Fruto en árbol infecundo?
¿Paz y virtud en el mundo?
¿Sosiego en instable mar?

—

Huye, infeliz, de ese caos,
Do contra el alma conspira

Cuanto en el suelo respira,
A robarle su quietud.
Dulce bien, almo sosiego,
Refugio de bienandanza,
¿Léjos acaso se alcanza
De la sombra de la cruz?

—

¡Oh cruz plácida, fecundo
Arbol de amor y de vida,
En tus ramas ingerida
Crezca del alma la flor.
Nueva savia allí agotando,
Renacer su primavera
Torne á mirar placentera,
Con más vívido esplendor.

Pontevedra, Octubre, 1859.

# La gota de rocío.

—Qué buscas, gota de nácar,
Que en mi trémula corola,
Tú tambien trémula y sola,
Te columpias con amor?
—Lágrima soy, rosa altiva,
Que por ti vierte la aurora.
—Soy feliz. ¿Por qué me llora?
—Por tu suerte, bella flor.

—

Llora, al ver como tu cerco
Abres con gozo insensato,

Ostentando el régio ornato
De tu manto carmesí.
¡Ay! mañana cuando traiga
Nueva luz, y el tallo vea
Do tu soberbia hoy campea,
¿Qué será, rosa, de ti?

—

Eres la imágen del gozo,
De la vida y lozanía,
Vas rebosando alegría
Tras la dicha mundanal.
Yo soy la imágen del duelo,
Símbolo soy de tu muerte,
Voy anunciando la suerte,
Que al placer sigue fatal.

—

Soy la lágrima escondida,
Que el más hondo pliegue brota
Del corazon, cuando agota
Un abismo de placer.
Gota amarga soy de acíbar,
Que entre las heces se esconde
Del dulce cáliz, en donde
La dicha sueña beber.

—

No luzcas, no, con orgullo
Esa tu pompa de un dia,

Que al llegar la noche umbría,
Tu capullo volará.
Y mañana tierna aurora,
De otra rosa sobre el manto,
Otra gota de su llanto,
¡Triste augurio! verterá.

Pontevedra, 1859.

# A un niño.

Rian tus ojos,
Niño inocente,
Do jamas fulminaron enojos
Rayo furente.

Rian tus labios,
Cándido niño,
Do jamás asomó hiel de agravios,
Entre el cariño.

¡Oh, cómo pura,
Tersa y galana,

Reverbera en tu faz la dulzura
De la mañana!

¡Qué anillos de oro
Sobre tu cuello
Se entretejen, oh niño que adoro,
De tu cabello!

Claro, azul lago
Son tus pupilas,
Más que el éter diáfano, vago,
Puras, tranquilas.

Alma sencilla
Brilla desde ellas,
Cual en ondas pacíficas brilla
Lumbre de estrellas.

¿Quién de dulzura
Tu voz rodea,
Cuando frase infantil, mal segura,
Tartamudea?

Diz que en tu mente
Puro ángel mora,
Que en tus labios sonríe inocente,
Contigo llora.

Dulce malicia
Bulle en tus ojos,

Cuando niegan ansiada caricia
Tus labios rojos.

¡Oh gromo abierto
Solo á la brisa,
Que recoge en las flores del huerto
Blanda sonrisa!

Solo á ti, niño,
Grande, profundo,
Sin medida se ostenta el cariño,
Que tasa el mundo.

Que entre los hombres,
Amor, ternura,
Brillo pérfido son, vanos nombres,
Hiel tras dulzura.

¡Ay! la fragancia
De la inocencia,
¿Con la paz robará de tu infancia
Soplo de ciencia?

¿Quién sacro nudo
Que unió algun dia
El saber y candor, tronchó rudo
Con mano impia?

¡Ay, homicida,
Funesto fruto,

Cuya ciencia del mal nuestra vida
Cubrió de luto!

¡Ay de la tierra!
De entónces, sólo
El candor en tu seno se encierra,
Niño sin dolo.

Angel caído,
Plácido escombro
Del Eden, que aquí yaces perdido,
Del mundo asombro.

Flor de otra zona,
Que entre las iras
De los cierzos, rodar tu corona
En breve miras.

¡Cuán presto el mundo,
Sobre sus alas
Tu fragancia llevando iracundo,
Troncha tus galas!

¡Ay! guarda el seno,
Cándido niño,
Del letal, engañoso veneno
De su cariño.

Aleje el cielo
De ti congojas,

Que marchitas no vuelen al suelo
Blancas tus hojas.

¡Ay, si tan santo
Candor te roban!
¡Adios gracias y dichas y encanto,
Que el alma arroban!

Pontevedra, 1860.

# La vida humana.

¡Ay del que errante en las vastas
Soledades de la vida,
Con planta sigue perdida
Fantasmas que huyendo van!
Desiertos no más de abrojos
En torno febril alcanza
Su mirar, y en lontananza
Cumbres que acrecen su afan.

—

¿Qué impulso, viajero, aviva
Tu pié veloz?... ¡Ay! su planta,

Sin recelar, se adelanta
Por el yermo abrasador.
«Salvemos la cumbre, exclama,
Que no léjos se divisa;
Selva, arroyos, fuente, brisa,
Templarán allá mi ardor.»

—

Y á la cumbre con fatiga
Trepa ansioso y de fe lleno,
Selva umbrosa, valle ameno
Columbrar soñando ya.
Sube, mira.... ¿Qué paisaje
Se despliega ante sus ojos?
Otro páramo de abrojos,
Otra cumbre más allá.

—

Y otra vez, hele impaciente,
Cual ya cruza el nuevo valle,
Exclamando: «—Tal vez halle
Mi risueño eden allí».—
Y prosigue, avanza, sube
Escabroso el nuevo monte,
Y ¿qué mira?... Otro horizonte,
Cual los que deja tras sí.

—

Mas no ceja. Fiebre ardiente
Alas pónele en sus plantas,

Y otros valles y otras tantas
Cumbres vence sin parar.
Y el desierto siempre en torno...
Siempre abrojos su pié pisa...
Siempre delante divisa
Nuevos yermos que cruzar.

—

Y á cada altura que deja,
Y á cada trecho que avanza,
Va dejando una esperanza,
Va sembrando una ilusion.
—¡Ay! prorrumpe al fin rendido;
Y en la piedra del desierto
Reposando, deja yerto
Descansar su corazon.

—

¡Ay infeliz del que nace
Para eterno peregrino!
Es su mísero destino
Páramos siempre cruzar!
De soñado eden las flores
Va, sin hallarlas, buscando,
Y entre tanto va dejando
Flores del alma al pasar.—

—

. . . . . .

Insensato, ¿es en la tierra
El verjel de los amores?
¿Es aquí donde las flores
Jamas pierden su verdor?
Irgue tu frente. ¿No cala
Tu pupila ese azul velo?
¿No florece allá en el cielo
El eden de eterno amor?

Pontevedra, Mayo 1860.

# El globo de jabon.

¿Veis con qué afan y alegría,
De espuma luciente globo
Al viento, en cándido arrobo,
Jugueton niño confía?

Rico, diáfano, vistoso,
Con gravedad se desprende,
Ambiciona espacio, y hiende
El mar del aire anchuroso.

Ligera ráfaga basta
Para alzar la hueca esfera;

Y él su volar aligera,
Y en ascender su afan gasta.

En su tez la luz derrama
Su bullente tornasol;
Parece engendro del sol,
Competidor de su llama.

Luciente con sus matices,
Rebosante de hermosura,
Flota en la atmósfera pura,
Sobre las auras felices.

Brilla, crece, juguetea,
Ora desciende, ora sube,
Cual tornasolada nube,
Que, al salir la aurora, ondea.

Ora en lo vano del aire
Con muelle pompa se para,
Ostentando á la luz clara
Su belleza y su donaire.

Y á medida que onda lenta
Del aura más lo arrebata,
Más su tez brilla de plata,
Más se ensancha y trasparenta.

¡Con qué afan el niño mira
Vagar la fúlgida esfera,

Que en su plácida carrera
A agrandarse sólo aspira!

¡Con qué férvido estupor
Lo contempla reluciente,
Cuando estalla, y de repente
Desvanécese en vapor!

—

¡Ilusion del alma humana!
Eres el globo de espuma;
Del corazon la ánsia suma
Te embellece y te engalana.

El te esmalta, te colora,
Y tu esplendor luégo admira;
Cuando más gentil te mira,
Tu beldad ¡ay! se evapora.

Pontevedra, 1860.

# En la muerte

DEL MALOGRADO ESCRITOR

## D. JOSÉ RODRIGUEZ SEOANE.

---

Dolor, afan perenne, de llanto amargo rio,
Que de la cuna brota con túrbido raudal,
Su curso hundiendo rápido en el sepulcro umbrío,
¡Ay Dios! ésa es la vida de efímero mortal.

Del mar en los desiertos fugaz gota perdida
De tormentosa lluvia que el éter azotó,
En los celestes campos de azul desvanecida
Exhalacion brillante que súbita lució.

Si de la turbia muerte la solitaria playa
Más vastos horizontes no abriera á nuestro ardor,

¿Qué es esta luz, que, apénas sonríe, tras la raya
Del lóbrego sepulcro se extingue su fulgor?

¿Qué fué del vate insigne, del vate que á Galicia
Corona de esperanzas tejió para la sien?
¿Del bardo, oh noble Helénes, tu amor y tu delicia,
Que en juvenil preludio cantó tu bello eden?

Ayer del genio en alas, al cielo soberano
Con ímpetu encumbrábase, cual ávido neblí,
Del cerco de las musas arrebatando ufano
Las más preciadas flores, oh patria, para tí.

Vaso de vida y glorias y juventud henchido,
Pomposo cedro en cumbre que bate el aquilon,
Le ví, pasé á su lado..., y al retornar, gemido
De desgarrante duelo sentí, de asolacion.

Miré, piadoso llanto quemó tambien mis ojos,
El cáliz ví quebrado de vida y juventud,
Del huracan rendido ya el cedro á los enojos,
Y en sombras apagarse del genio el alma luz.

¡Oh noche de agonías! ¿Veis entre amargo llanto
La madre herir el seno, sagrario del amor?
¿Y acongojado hermano, tronchado el nudo santo,
Oculto el noble rostro, dar rienda á su dolor?

Los que jamas libasteis la hiel de la amargura,
Los que tan sólo abrojos hallais en el vivir,

Venid, sentid con ellos la fiera desventura,
Sabed qué son dolores, sabed lo que es sufrir.

Noches, acerbas noches tambien por un hermano,
Gemí; borrado el surco de lágrimas no está...
¡Oh tú, que al pié de un mármol exhalas tu afan vano,
Espera, y con tus ruegos mi ruego al cielo irá.

Venid las que nacisteis del Lérez en la orilla,
Oh vírgenes del valle que ledo le arrulló,
Con fúnebres coronas, con luto en la mejilla,
Ante la yerta tumba que al bardo arrebató.

Ornad de siemprevivas la muda sepultura
Del vate que á su patria de lauro ornó la sien,
Y á par con vuestras preces y llanto de amargura,
Su espíritu trasponga los muros del Eden.

Pontevedra, 1860.

# Mas allá del sepulcro.

(Cuento de aldea.)

I.

Lentas, pausadas las horas
Arrastra la noche umbría,
Lentas pasan, y no duerme
Quien cuitas, pensando, aviva.
¿Lecho de tormento acaso
Es el lecho do suspira
Pálida jóven que al llanto
No da treguas noche y dia?
Memorias de amante esposo,
Que tumba precoz eclipsa,
¡Ay! llora, y la flor lamenta

De tierno amor ya marchita.
Ora gime, y dulce nombre
Jamas sus labios olvidan...
¿Es que en el hondo sepulcro
Hallar ecos imagina?
Ora férvidas plegarias
Por el que fué su delicia,
En piadosa voz murmura,
Con ayes interrumpidas.
Llora, y su frente se abrasa,
Y entre suspiros se agita,
Y de su párpado insomne
El reposo se desvia.....
¿Cómo súbito los ojos,
Los ojos trémula fija,
Y la tiniebla incolora,
Al parecer, la fascina?
Vaga luz, tal vez fosfórico
Destello de tumba fria,
Vaga luz, sin brillo, flota
En las sombras mortecina,
Ora en el aire nadando,
Ora al pavimento asida,
Astro sin fúlgidos rayos,
Luz de lámpara que oscila.
¿Quién la mueve? Por su impulso,
Cual luciérnaga fatídica,
Parece marchar, y lenta
A su lecho se avecina.
Frio sudor, de la jóven

Hiela las arterias frias,
Y la sien cubre medrosa,
Y amparo pide á María.
Corre un momento... ¿Fué acaso
Vision de mente intranquila?
Torna á mirar... ¿Por qué exhala
Grito de horror y agonía?
¿Quién inmóviles sus ojos
Mudo atrae y petrifica?
Vago sér, sin forma, estatua
Quizá de viento esculpida,
Blanca nube que dudoso
Rayo lunar clarifica,
Blanco cristal empañado,
Tela de vapor tejida,
Del lecho al borde sentada
Fantasma, sin peso, oscila.
¿Es algo? es sombra? es espectro?
Quizás alienta, respira,
Soplo de aura de verano
Que entre hendeduras se filtra.
Su hálito siente la insomne,
Siente acaso que suspira.
«—Tuyo fuí... ¿me desconoces?—
Voz, sin son, suena indecisa:—
Alma doliente, entre llamas
Gimo, que me purifican.
¡Bien haya el piadoso llanto,
Que entre súplicas envias!
Cada gota el fuego ardiente,

Que me consume, suaviza.
Una vez más en las aras
Haz que inmolada hostia viva
Por mí sea; y nuestras almas
Torne el cielo á unir un dia.»...
La luz del alba naciente
Sus saetas argentinas,
Al traves de la ventana,
Sembrando júbilo, envia.
Y el aposento dejando
Vanas sombras fugitivas,
El corazon de la jóven
Sombras vanas no fatigan.
Vuela al templo, y fervorosa
Por el alma aparecida
Nuevas preces y sufragios
Encomienda con fe viva.

II.

Fatua luz, que resbalando
Por el negro firmamento,
Cual astro que errante busca
Tal vez su perdido centro;
Que, apénas naces, te absorbe
La noche inmensa del cielo,
Cual ilusion nacarada,
Como infantil pensamiento,
Cual relámpago de dicha,

Cual alcanzado deseo;
¿Por qué trémula esa jóven,
Que inmóvil clava suspensos
Los ojos al cielo, ansiando
Traspasar su etéreo velo,
Lanza, al verte, agudo grito
De sorpresa y de contento?
¿Eres nuncio de alegrías?
¿O celeste mensajero,
Que en la copa de sus lágrimas
Mezcla gotas de consuelo?
Ved cual fulguran sus ojos,
Cual exclama en tierno acento:
«—Vuela, vuela, dulce esposo,
Astro de amor placentero;
¡Cuán dichoso ya abandonas
La mazmorra de tormentos,
Y en fulgente luz tornado,
Vuelves ledo al sol eterno!
Vuela, alma adorada, vuela,
Peregrina de los cielos,
Próspero tu viaje sea,
Como el mover de los céfiros.» (1)

Tregua á sus penas y llanto

---

(1) Existe en algunas aldeas de Galicia la supersticiosa creencia de que las exhalaciones ó estrellas volantes que con frecuencia se ven por las noches, son almas, que, terminado su período de purificacion en el purgatorio, vuelan gozosas á la mansion de la bienaventuranza.

Dió la jóven; y consuelo
Allá del sepulcro aguarda,
En el verjel de los cielos.

Alongos, Julio, 1861.

# La Guerra.

¿Es el fragor del trueno pavoroso,
Que el hondo valle, retumbando, aterra,
Del Empíreo anunciando poderoso.
La fulminante cólera á la tierra?
¿Ó el horrendo tal vez, último dia,
En que los orbes trémulos chocando,
Y frágiles quebrando,
La tierra rasgará lenta agonía?
¡El mísero mortal! Tus vengadoras
Iras, potente Dios, mírale altivo
Osando remedar. ¿Vesle insensato
Las armas aprestar asoladoras,

Tus vínculos de amor rompiendo esquivo,
De paz celeste prenda,
Y al fragor de los bronces resonantes,
Luto y llanto sembrar y muerte horrenda?

¿Ves cual fiero enhestando sus pendones
El torvo Númen que la guerra aviva,
Pueblos, razas, naciones,
Con ímpetu estrellándose, retumba
La tierra en torno, de sus dueños tumba?
En negro caos estampido horrendo
Asorda la extension; hirviente plomo,
Rojos raudales silbador abriendo,
Nuncio de muerte va, miéntras los muros,
Crujiendo no seguros,
Desplómanse, por fin, con ronco estruendo.
Alfombra de cadáveres que ultraja
El pié del triunfador, cubre la arena...
¡Qué canto alegre suena!
¡Oh júbilo! Triunfad, nobles humanos,
Tintos en sangre vil... ¡sangre de hermanos!

¡Ay, ay de la infeliz, que de uno en uno,
Del vástago de amor contó los dias,
Ajena de temer hado importuno!
¡Ay de la sin ventura,
Que roto el lazo que sellára el cielo,
Gime en desierto tálamo su duelo!
¡Ay del lloroso rústico, que en vano
Regada en su sudor la tierra dura,

Ve cual doliente encorva
Las frentes de sus hijos hambre torva!

¿Pudo, en tal ceguedad, mísero humano
De su raza lanzarse al exterminio?
Sedienta de dolor, sobre las gentes,
En ávido escrutinio,
Cierne peste fatídica sus alas,
Cuando colmadas del furor las fuentes
Rebosan, de Jehovah; soplo homicida
Barre do quier la vida;
Reina en torno el pavor; y en cada lecho
Angustioso estertor exhala el pecho.
Mas ¿puede lastimoso tanto estrago
A par llorarse del rencor aciago
Que atormenta al mortal? ¿Dó las ciudades,
Dó las víctimas son que el orbe entero,
Bárbara guerra, destrozó en tus aras?
¿Dó del potente Iran las huestes claras,
Que hundiste en Maraton? ¿Dó los imperios,
Asia, del odio cuna,
Que en tus extensos llanos,
De cien hostiles razas cementerios,
El huracan barrió de la fortuna?

Y áun no, Genio del mal, áun no contento
De estrago y duelo tanto,
Dijiste al Macedon: «Sube iracundo
En mi carro de espanto,
Y víctima en mi altar ríndeme el mundo.»

Y el adalid sonrió; númen de guerra,
Vuela en osario á transformar la tierra.
¿Rayo tambien de tus sangrientas iras
No fué César despues? ¡Sólio menguado,
En montes de cadáveres alzado!
Mas no duerme tu encono:
Atila y Géngis y el audaz gigante
De Córcega que un trono
Funde de tronos cien, cual vil pavesa,
La tierra abrasan, de sus iras presa...
Execrable ambicion! ¿De tus altares
Odios siempre surgir con saña impía,
Iras siempre brotar, será que vea
El mundo, sangre derramando á mares,
De paz ajeno, en bárbara pelea?

¡La Paz! ¡Una y mil veces
Edad feliz, en que á su tierno abrigo,
Rigiendo ley de amor, almas con almas
Lazaba nudo amigo!
No enhestaba ambicion su cerviz dura,
Ni discordia frenética blandía
Su puñal de traiciones y amargura.
¿Quién entónces, Amor, tu fuero hollando,
Lanzar osára de *enemigo* el nombre,
Punzante lengua de reptíl vibrando?
Rasgado surco ó bienhechora encina
Fruto daba esperado,
Ni muro ó valla de tenaz espina
Ceñia el huerto por la Paz guardado.

¡Oh dulce edad, que el corazon materno
No turbó del clarin con son medroso!
¡Feliz quien tanto bien gozó precioso!

Mas ¡ah, célica Paz! ¿vió nunca el hombre,
De Eden proscrito, florecer tu cetro?
¿Fué vínculo de amor nunca su nombre?
No, que aferrada al corazon la guerra,
Sin tregua le concita,
Y el cáos derramando que le agita,
A imágen de su sér forja la tierra.
¿Bastó el hierro á su saña, ni el veneno
A quien rayos de pólvora forjando,
Ciñó de alas la muerte,
Por más rápida via y dura suerte
Nuestra mísera raza despeñando?

¡Mónstruos! el eslabon, con que la mano
Del Eterno trabó los corazones,
¿Será siempre que en yunque de odio insano
Rompa el recio batir de las pasiones?
¡Oh ley santa de amor! ¿Tanto á la tierra
Es gravosa tu paz? ¿Tan perezoso
El liviano torrente de la vida,
Que su curso abreviar fuerza nos sea?
Cesad, míseros, ya. ¿Quién, homicida,
Os lanza fieros á tenaz pelea?
Cesad, míseros, ya. Llama sagrada,
Que del Empíreo brota,
Arda amor generoso, que almas junta,

Broquel donde la punta
Del dardo del dolor fiero se embota.
«Amad y perdonad»: desde el asiento
De su sangrienta cruz, en dulce acento
Un Dios llagado clama.
¿Veisle, los ojos en el cielo fijos,
A sus verdugos bendecir insanos?
Amad y perdonad, pues sois sus hijos,
Amad y perdonad, pues sois hermanos.

Alongos, Agosto, 1861.

# El pájaro y la niña.

Con encantados ojos
Contemplaba una niña
A un pajarillo bello,
Que, ajeno de su vista,
De zarza en zarza ledo,
De flor en flor venía.
Ya breve trino alzaba,
Ufano de sus lindas
Plumas de verde y rojo,
Y vivo azul teñidas.
Ya en leves saltos corre,
Ya olvidada semilla
Con ágil pico alcanza,

Ya alegre se avecina.
—Mira qué bello, madre,
Dijo la absorta niña:
¡Con qué vivaz donaire
Su cuellecillo gira!
¡Ay, quién coger me diera
Tan plácida avecilla!...
Mas ¡ay! en torpe fango
¿No ves cual posa y pica,
Y escarba, y sin recelo
Mancha sus plumas lindas?
—Niña, exclamó la madre:
Imágen de las niñas,
Que su candor no guardan,
Sin duda es tu avecilla.
¡Ay, si tus bellas alas,
Por tu desdicha un dia,
En cenagal impuro
Posando, se mancillan!
De nadie ya admirada,
De nadie entónces, niña,
Ni paz habrá en tu seno,
Ni encanto en tus pupilas.

Alongos, 1864.

# La Primavera.

Blanca gasa de luz desde la cumbre
Tiende la aurora ya, y en mudo vuelo,
Del empíreo ocupando la techumbre,
Prepara alto dosel al rey del cielo.
Ven ya, fúlgido sol: la fuente, el prado,
Y la floresta umbría,
Todo aguarda tu luz; ven y derrama
Do quier con tu esplendor viva alegría.
Ya la roja amapola en el sembrado
Su frente de carmin plácida asoma,
Y la humilde violeta da su aroma,
Esquivando la luz, cabe el vallado.
Ya de espinas el muro guarneciendo,

Enarbola el cambron punzante rama;
Níveos copos de flores suspendiendo,
Las sendas de los valles embalsama.
Ostentan las praderas verde lecho
De césped y de flores,
De festones colgando tembladores
Las selvas, rico en pompa, su alto techo.
Y con ténues y lánguidos rumores,
Meciéndose el follaje, el manso viento
Habla de rama á rama en dulce acento.

Líquido aljófar nacarado brilla,
Temblando encima del menudo césped,
Cual en tersa mejilla
De candoroso niño resplandece
Llanto que nueva risa desvanece.
Ni nieves hay en el cortado monte,
Ni hielos en la fuente cristalina,
Ni pesa sobre el límpido horizonte,
Preñada de terror, nube dañina,
Que ardientes rayos con fragor fulmina.
Todo es luz, todo amor, todo esplendores,
Do quier natura al corazon sonrie,
Suena el bosque en redor, el campo rie;
Balsámicos olores
La atmósfera perfuman trasparente,
En dulce suavidad ledo aspirando
Con ánsia el pecho el aromoso ambiente.
Serpeantes arroyos presurosos,
Rotas del hielo rígidas cadenas,

Ya pasan sin rüido,
Besando cariñosos
Los verdes tallos del verjel florido;
Ya sobre lecho de menuda piedra
Susurran tropezando,
El tronco del aliso con la hiedra,
Que á sus ramas se añuda, salpicando.

¿Oís el vivo, entrecortado canto,
Que en los aires la esbelta golondrina
Parlera lanza, mientra en giro vario,
El techo hospitalario,
Do el nido pende cóncavo, adivina?
Torna, torna á mi hogar, fiel compañera,
Que atras dejas los mares,
Aquí reina otra vez la primavera,
Aquí nido otra vez te dan mis lares.
¡Cuán dulce encanto á la frondosa selva
Con su vário trinar el jilguerillo,
Y el pechicolorado,
Y tú, mirlo gentil, que acaso en breve
Tierno canto alzarás aprisionado,
Prestais ufanos de que alegre vuelva
De galas á vestirse el soto y prado!
¡Qué sones! Qué armonía! Qué concento,
Que el alma embriaga en celestial contento!

Del áspero repecho
Ya descender se ven los pastorcillos
Con placentera faz; sus caramillos,

De cuitas libre el pecho,
Suenan, en tanto que al florido llano
La grey aguija su amorosa mano.
¡Cuál bala el corderillo!
¡Cuál corre y brinca jugueton ternero,
É inocentes sus cuernos traba y choca
Con manso compañero,
Mientras en alta roca
La cabra pensativa,
Inmóvil meditando, el llano esquiva!
Dócil, á paso sigue perezoso
Humilde buey al dueño que á heredada
Haza le guia ansioso,
Do estrecho surco, á la abundancia abierto,
La prenda va á guardar del fruto cierto.

¡Cuán hermoso es Abril! Los que en dorado
Lecho buscais el no alcanzado sueño,
Y el techo artesonado
Con los ojos medís, fruncido el ceño,
Erguid, y al libre, silencioso campo
Salid á disfrutar del libre dia.
Salid y ved con qué expansion bullente
De vida, luz, colores y armonía,
Engalánase el campo floreciente.
Venid á ver en la serena frente
Del labrador sencillo,
Cual mora santa paz, dicha inocente.
¡Ah! no tardeis; que de creciente brillo
Se inunda la mañana.....

¿Oís dulce campana?
¡Cuán plácida es su voz! A ti, María,
Luz mística del dia,
A ti saluda en penetrante acento;
Y el creyente, á su voz, plegaria pura
A tu solio de amor alza contento.

¡Oh! venid y adorad: siglos y siglos
Los orbes enlutó funesta sombra,
Los duros males de su aciaga suerte
Gimiendo el hombre en lobreguez de muerte.
Brillaste entónces, divinal aurora,
Y nueva primavera
Diste al mundo otra vez. Tú, la primera
Flor del Eden divino,
Estrella mensajera
Del Sol de paz que el corazon fecunda,
Tu verás en tus aras peregrino
De flores tierno don: mísera ofrenda
A quien de flores el desierto inunda.
Mas ¡ay! abril eterno al alma mia
Luzca siempre por ti. Si inerte hielo
En mis ya tibias venas algun dia
Tropieza perezoso,
Si la nieve argentáre mi sien fria,
No así soplando el vendaval del suelo,
Arranque al corazon flores del cielo.
Tú que das á las selvas nuevo traje,
Nuevo césped al valle y nuevas flores,
Haz que florido su gentil ramaje,

Orillas del raudal de tus amores,
La fe del alma ostente,
Sin que su pompa el aquilon ultraje,
Sin que agoste sus flores sol ardiente.

Orense, Mayo, 1864.

---

# El lirio y la palmera.

---

Vida de un dia, breve primavera,
¡Oh fresco lirio! te dispensa el cielo,
Lánguida besa tu corola el suelo
El dia que sonrió por vez primera.

Soberbia te alzas, secular palmera,
Del tiempo y huracan rudo desvelo,
Los siglos resbalando en mudo vuelo,
Sin tu frente postrar, siempre altanera.

El hombre, como tú, del genio en alas,

Encúmbrase, oh palmera, y cual sol brilla,
Rey del orbe, ufanándose sereno.

Mas ¡ay! lirio, cual tú, pierde sus galas,
Y su frente de rey al suelo humilla.....
¡Flor de perdido eden, que asfixia el cieno!

Santiago, Abril, 1858.

# La mujer.

(En un album.)

Blanca paloma de vistoso seno,
Entre milanos de apresarla ansiosos;
Flor que se mece en lago no sereno,
Combatida de cierzos borrascosos;
¡Ay, si viertes tu cáliz de amor lleno!
¡Ay, si el pecho te rasgan sanguinosos!...
Contra el fuerte ¡oh mujer! no el mundo clama,
Débil á la paloma, á la flor llama.

Santiago, Octubre, 1858.

# La ilusion.

—¿Quién eres, sombra ó sér, que hiendes vana
Mi impalpable region? murmura el viento.
—Me nombran la ilusion.— ¿Cómo liviana
Tan presto dejas el mundano asiento?
—Vencióme la verdad.— ¿Y el alma humana?
—Conmigo de ella huyó todo contento.
—Ven, pues, hermana mia; deja al hombre,
Que, odiando la verdad, ame su nombre.

Pontevedra, Noviembre, 1860.

# Soledad y dolor.

Dijo al dolor la soledad un dia:
—Qué vales tú sin mí? Pábulo eterno
Yo doy á tu agonía.
—Y sin mí ¿qué eres tú? lento y lloroso
Articula el dolor: yo tu silencio
Resguardo misterioso.
—Huye y déjame pues.—Adios, hermana.—
Y al mundo huyó el dolor; de la alegría
Al resplandor murió, cual sombra vana.
Mas ¡ay! al par el júbilo invadiendo
La soledad umbría,
Silencio y soledad mató su estruendo.

Pontevedra, Noviembre, 1860.

# POESÍAS MÍSTICAS.

# Ansiedad.

¡Ay triste el que, rico de amores, á un mundo
Aporta, do amores son luz que fascina
Al alma de fuego, que en balde imagina
Delicias eternas á par de su afan!
Si innato en las almas amor es la vida,
Si amor en los séres es sed de otros séres,
¿Cómo, alma, tú sola, sin luz, sin placeres,
En vano te agitas, inútil iman?

—

¡Ay triste del alma que oscila indecisa,
Versátil, inquieta, cual llama undulante,
Sin norte, sin guia, perenne viajante
En mar do no brilla remoto fulgor!

¿Quién roba su calma? ¿Quién sabe do oculta
La dicha que anhela, lejana se esconde?
¿Sus penas quién mide, cuando ¡ay! no responde
Ni un eco á sus ansias y afan punzador?

—

¡Ay triste del alma, que, hoguera incesante,
De pábulo ajena, se abrasa á sí misma,
Que, ampliarse anhelando, se plega, se abisma
Consigo, otras almas no hallando do huir!
¿Tú sola de llamas fundida naciste?
¿Amor no es la vida? Las almas ajenas
¿Acaso no viven? ¿De amor están llenas?
¿O basta vil cieno sus ansias á henchir?

—

¡Tú sola en los orbes, planeta sin centro!
Los soles se atraen, y en trinos de amores
Se arrullan las aves, se enlazan las flores,
Rugiendo las fieras se buscan do quier.
Sus lazos da al chopo constante la hiedra,
Del sol tierno heliótropo en pos se desvive,
El pólipo inmóvil del piélago vive
En roca do fija perpétuo querer.

—

¡Tú sola en el mundo! —Perenne nodriza,
La tierra á los hombres da próvido fruto,
Semillas al ave, verde heno da al bruto,
Y al árbol su savia, su fresco verdor.

Tú sola tus fauces abriendo anhelosa,
Manjar de los dioses en vano reclamas,
Tú sola eres planta sin jugo en tus ramas,
Que en yermo germina de estéril ardor.

—

Eterno mendigo, demandas errante
El pan misterioso de amor que es tu esencia,
Amor que es tu dicha, tu dulce creencia,
Recóndito néctar del sér inmortal.
¡Ay, alma errabunda! ¿Por qué te atormentas
Tras pérfida sombra de bien que no existe,
Tras móvil imágen de luz que entreviste
Quizas entre sueños de dicha eternal?

—

¡Oh! tiende, alma mia, tus lánguidas alas,
¡Oh! tiende al empíreo do está tu elemento,
Aquí sin atmósfera, sin luz y sin viento,
En breve al vacio te sientes hundir.
Amor allí reina que en vano aquí buscas,
Amor allí tiene su mística fuente,
Que en vívidas olas de Dios sale hirviente,
Y á Dios, mar de vida, se tornan á unir.

Pontevedra, Abril, 1860.

# Peregrinacion.

—Ave, que en giros inciertos
La inmensidad vas cruzando,
Tímida en torno mirando
Mares, sin confin, desiertos;

¿Dónde vas? ¿Qué afan te aqueja?
¿Tu vuelo dónde encaminas?
¿Qué impulso tras peregrinas
Playas sin cesar te aleja?

—¡Ay de mí, que descansar
No halla dónde, el ala mústia!

Mi primer mansion ¡oh angustia!
El furor tragó del mar.

En feliz verjel un dia,
Entre copos de verdura,
Brisa de amor blanda y pura
Mi dulce albergue mecía.

Frutas ricas, misteriosas,
Inmortal vivir me daban,
Nunca los llanos miraban
Seco su manto de rosas.

Nunca la plácida calma
Nubla allí tormenta esquiva;
Fuente eterna de agua viva
Templaba la sed del alma.

Quise un dia mi audaz vuelo
Al brillante sol alzar,
Y sus rayos arrancar,
Y ser la reina del cielo.

¡Ay de mí! Cegó su lumbre
Mis ojos, y al mar caí...
Miré al nido, hundirse vi
En las ondas llano y cumbre.

Flores, árboles huyeron,
Bosques, verduras, praderas,

Las copas de las palmeras
Entre las aguas se hundieron.

Desde entónces sin posar,
Vago, perdida paloma,
Buscando léjos si asoma
Una rama en medio el mar.

Desfallezco... ¡Cuál se extienden
¡Negra culpa! tus oleadas,
Miéntras mústias y cansadas
Mis alas el aire hienden!

¿Cuándo ¡ay! tregua dar podré
A mi vuelo fugitivo?
¿Dónde ¡oh Paz! tu verde olivo
Para posar hallaré?

Pontevedra, Mayo, 1860.

---

# Asfixia.

¡Qué sueño de agonia!
¡Qué vértigos del alma!
Soñaba que, entre atmósfera
De fuego, la oprimia
En torno horrenda calma
De sofocante ardor.
En vano, ansiando aliento,
Las fauces desplegaba;
Ni ténue soplo vívido,
Ni leve movimiento
La atmósfera agitaba
Volcánica en redor.

¡Qué nieblas! ¡Qué vapores
Del hondo cieno densos
Se alzaban, y entre pútridos,
Mortíferos olores,
Ciñendo el alma intensos,
¡Ay Dios! se ahogaba allí!
Sollozo desgarrante
Del alma ronco suena.....
Vision celeste, fúlgida,
De angélico semblante,
De resplandores llena,
Ve súbito ante sí.

—

«¡Oh necia pesadumbre!
—Sonó cual blanda lira,
Su tierno acento plácido:—
¿Ignoras que en la cumbre
Es solo, do se aspira
La atmósfera vital?
Levanta. ¿Puede el cieno
Brotar de sus honduras
Amor, del alma oxígeno?
Ensancha el triste seno,
Y asciende á las alturas,
Do sopla aura inmortal.»

Pontevedra, Junio, 1860.

# A una montaña.

---

Gigante del reposo, ¿dó tu frente,
Atalaya del mar, frente del mundo,
Subes inmensa á hundir? Vano es el sordo
Bramar del huracan que tremebundo
Se cierne en torno á ti. Vano el torrente,
Que en ronco son asorda tu vertiente,
Y en arduo afan tu inmensidad socava,
Y espuma y se emblanquece,
Y en flecos de vapor tus rocas lava.
Tu pié jamas tembló. Lóbrego, inmoble,

Vecino eterno de las negras nubes,
Al cielo umbroso subes;
Tu mole al mundo ponderosa oprime,
Y al cielo amaga tu testuz sublime.

¡Cuán débil aquí yo! Grano de arena,
Leve sombra del sér, soplo sin huella,
Vapor de la mañana,
¿Qué es de ti enfrente la altivez humana?
¡Tú, secular coloso,
Desden del huracan, peso del tiempo,
Petrificado genio del reposo!
¡Yo, ráfaga de espuma,
En alas de huracan liviana pluma!

¡Y audaz oso hasta ti, audaz al cielo
Erguir la altiva frente!...
Cien mundos, mil y mil, ¿qué más que un grano
Al férvido aspirar son de mi mente?...
¡Iman de lo infinito!
Yo corro en pos de ti, yo voy ferviente,
Por ti de amor, de admiracion palpito.
¡Fe, misteriosa Fe, sacra cadena,
Suspensa de la altura,
Por ti cuán grande soy! ¡Cuál de ti llena,
Se lanza el alma á otra region más pura!

Si polvo ante ti soy, mole gigante,
Si ciñen á tu frente
Las nubes del espacio su turbante,

¿Qué importa? Más allá de tu alta cumbre
Mi mente ansiosa va. ¿Qué es la techumbre
De soles á su afan? Sobre la cima
Del hondo porvenir trepa y se asoma,
Ardiente se sublima,
Y allá en lo oculto, en el empíreo de oro
Contemplo al Sér del sér, allá le adoro.
¡Cuán grande soy! Mortales!
Si léjos brilla perennal destino,
¿A qué llanto verter? Livianos males
¿Qué son si voz de eternidad retumba?
La cuna del vivir está en la tumba.

Montaña de los siglos,
Soberbia inmensidad, tu orgullo abate,
Inmensa más que tú, nuestra alma late
En átomo de arcilla,
Sublime más que tú, mi pecho encierra
Un corazon más grande que la tierra.
Imágen soy de Dios: sé tú la grada,
Por donde al Hacedor mi fe levante;
De cumbre en cumbre hasta mi patria, al cielo,
Mi férvida oracion suba anhelante.

Pájaros que azotais las cumbres rudas,
Corrientes nunca mudas,
Ecos del éter, misteriosas sombras,
Que al vértice ascendeis desde el profundo,
Mi fe llevad al Hacedor del mundo,
De quien tiembla el averno,

Al Dios que el cielo desplegó en alfombra,
Que en el hombre esculpió su débil sombra.

¡Oh del hombre baldon! ¿Y necio pudo
Al rio, á la montaña,
Al sol ciego en su luz, á innoble bruto,
Y al mar que ruge en inconsciente saña,
Torpe rodilla hincar? ¿Qué del luciente
Fanal de la razon? ¿Qué es á par tuyo,
¡Oh imágen del Excelso pensadora!
Inerte mole que su sér no siente,
Sér sin razon que su destino ignora?
Tu cetro así perdiste,
Tu imperio el orbe fué, cárcel lo hiciste.
¡Oh cómo altiva descendió tu frente,
Afin de tu criador!... ¡Ay del que humilla,
En vez del Dios cabalgador del trueno,
Que, abriendo el cáos, fecundó su seno,
Su sien de rey á manitú de arcilla!

Julio, 1860.

# A orillas del mar.

Mar azul, mar azul, por donde á solas
Mi pensamiento audaz sus alas tiende,
¿Qué misterio se esconde entre tus olas,
Que en mudo rapto el corazon suspende?

¿Es el lento undular de tu llanura,
Que al rozar de las brisas se estremece,
O del fúlgido esmalte la tersura,
Que en la faz del abismo resplandece?

¿Es tal vez ese eterno, infatigable,
Monótono vaiven, que entre las rocas

Tu furia rompe, y torna en espantable
Estrépito á romper las ondas locas?

¿Es esa inmensidad que en lontananza
Perdido oculta su confin remoto,
Y en vano el ojo en la extension se lanza,
Oculto *mas allá* por ver ignoto?

Inmenso más que tú, mi pensamiento
Salva abismos sin fin, escala alturas,
Ya en la regien meciéndose del viento,
O abismándose audaz en tus honduras.

Mas ¡ay! cabe tus ondas más punzante,
El arpon de mi afan muerde mi seno...
¿Qué falta al corazon? ¿Cómo anhelante,
Goza y gime á la vez, de paz ajeno?

Imágenes de luz, fantasmas bellos
Vagando en derredor absorto miro,
Ya doran mi ilusion con sus destellos,
Ya aléjanse cual sombra en raudo giro.

Mágicas auras susurrando mueven
Undísonas corrientes de armonía,
Y los sentidos lánguidos se embeben
En mar de espiritual melancolía.

¿Quién habla al corazon? ¿Cúyo ese acento?
¿Qué séres son los que vagando mira?

¿Es esto delirar? ¿Acaso el viento,
Que entre las ondas de la mar suspira?

¿Acaso son los sueños vaporosos
De mundos sin dolor, que el alma halagan,
Que en alas de los genios misteriosos
Se agitan, vuelan, resplandecen, vagan?

¿Quiénes sois? ¿Quiénes sois?.... Enardecida,
No sola el alma con su afan se siente;
Aquí respira en derredor la vida,
Aquí místico sér hinche la mente.

. . . . . .

¿Quién sino Tú, gran Dios? ¿No eres quien llenas
Los senos de la mar con tu lenguaje,
Quien su terso cristal ora serenas,
O en rocas rompes su febril olaje?

¿Quién sino Tú, gran Dios? Centro infinito,
Que animas la creacion, con letras de oro
Tu nombre en el azul fulgura escrito,
Y rugiendo lo aclama el mar sonoro.

Yo te adoro, Señor. ¿Quién movimiento
Engendra por do quier? —Tu poderío...
¿Quién habla al corazon? —Tu sacro acento...
¿Qué falta al corazon? —Tu bien, Dios mio.

Pontevedra, Octubre, 1860.

# La lucha.

Señor, Señor, Dios mio,
¿Errante siempre irá mi pensamiento,
Tras loco desvario,
Tras gloria vana y terrenal contento?

¿Nunca del férreo nudo,
Que en brazos del error ciñe y cautiva
Al alma, en fin, desnudo,
Del bien escalaré la cumbre altiva?

Tiende á mi afan acerbo,
Tiende tu mano, oh Dios, que generosa

El título de siervo
De la frente de Adan rasgó piadosa.

Vil polvo soy, Rey pio;
¿No me ves contra mí tenaz luchando,
Y el criminal desvío
De las sendas del bien triste llorando?

Tu paternal clemencia,
No tu justicia, no, que hallára impura
Del sol la refulgencia,
Ensayes en tan mísera criatura.

¿Por Ti no ves cual late
Inquieto el corazon? En loco tumbo,
Tras áspero combate,
¿Cómo ¡ay, mísero yo!, cómo sucumbo?

Yo sé que eres la vida,
Yo sé que eres el Bien... ¡Y en torpe suelo
El alma entumecida,
Con ímpetu no lanza á Ti su vuelo!

¿Será que omnipotente
Tu brazo es menester, que el soberano
Cerco mueve fulgente,
Para atraer á Ti débil gusano?

¡Ah, que en mi sér domina
Horrenda division! Ley de pecado,

Que á rebelion inclina,
Y al hombre parte en dos despedazado.

Cual verde, hojoso arbusto,
Que, opuestos, á la par, con ronco estruendo,
El austro y cierzo adusto
Baten, su tierna copa sacudiendo;

Ya tuerce, ya levanta
Su móvil cima impulso alternativo,
Ya débiles quebranta
Sus ramas el furor del viento esquivo;

Así doble elemento
Mi inarmónica esencia desgarrando,
En choque turbulento.
Dentro, dentro de mí luchan bramando.

¿Ves como el alma al cielo
Por remontarse audaz sus plumas bate,
Miéntra al hediondo suelo
La carne, desplomándose, la abate?

¡Piedad, Jesus benigno!
Éste, que en mi cerviz tremendo pesa,
Fatal yugo, maligno,
Quebranta, y libertad da al alma presa.

Piedad, piedad alcance
Quien anhela tu amor cuando te ofende,

Y en tan funesto trance
¡Ay Dios! huye de Ti, cuando á Ti tiende.

Caigan los viejos nudos
Que traban, en prision, el alma mía,
Los lazos ¡ay! que rudos
En vano por romper, mordiendo, ansía.

No vuela más ligero
El dardo en pos del blanco que ambiciona,
Ni mirlo placentero,
Roto el lazo traidor que lo aprisiona;

Que yo tras tus dulzores
Sediento correré, dulce Dios santo...
¿Quién ya de tus amores
Arrancarme podrá, libre de encanto?

Pontevedra, Enero, 1861.

# Dios.

¡Loores al Señor! Raza de humanos,
Que, reyes de la tierra, en vuestra frente
Destello del Eden lucís glorioso,
Himnos alzad de gratitud ferviente
Al Rey de las edades poderoso.
¡Cuán grande sois, Señor! Sol de la vida,
Los soles son tu sombra,
Tu sér la eternidad, Tú tu medida,
Tu paso el sér, la inmensidad tu alfombra.
Infinito sondar el régio arcano,

¿Quién osará, do tu existir se esconde,
Cual sus abismos veda el Oceáno
Que el ojo audace del mortal ahonde,
Cual remoto confin en noche densa
Tupida envuelve lobreguez inmensa?

¡Cuán grande sois, Señor!—Bajo almo lazo
De indivisible Esencia,
En trina sociedad que en uno mora,
Y en mútuo amor se adora,
Las edades sin fin de tu existencia
Ves deslizarse en eternal abrazo!
¡Oh infinito Poder! ¡Oh Luz fecunda!
¡Oh vivífico Amor! Tres veces santa
Y augusta Trinidad! ¡Qué movimiento,
Qué eterno refluir de sacras ondas
De vida y de contento,
Tu incomprensible sér místico inunda,
Y el solio perennal de paz circunda!
Tú solo, centro de tu sér, Tú solo
Bien de Ti propio, á tu existir unida
Llevas por siempre plenitud de vida.

«¿Y nadie en torno, adorador felice
De mi régia Deidad,—sonó tu acento,—
De mi gloria y poder participando,
Mi excelsitud cantando,
Se abismará en mi amor? Rasga al momento
Tu seno, oh nada! El universo sea.»
Y en piélago de mundos

La nada se inundó. ¡Cuál centellea
Por los aires la luz, y ardiente llama
Por los antros del cáos se derrama!
¡Cuál giran ante Ti, tras sí dejando
Resplandecientes huellas,
Reflejos de tu luz, áureas estrellas!
Y en el eje rodando diamantino,
En selvas y campiñas deleitoso,
Sus galas ostentoso va mostrando,
En circular camino.
El fértil globo terrenal, do al hombre
Pusiste ¡oh Dios! para ensalzar tu nombre.

¡Y él solo te negó! ¡Y el hombre solo,
Iman inteligente,
En Ti, Señor, desconoció su polo!
Cantan las aves con sonoro trino
Tu majestad; las selvas con sus ramas,
Los rios en su giro peregrino,
La inmensidad del mar, la voz del trueno,
El sol con vivas llamas,
Y la pompa del cielo cristalino,
Todo te aclama, ¡oh Dios!; todos llevando
El sello de su Autor, vanle ensalzando.
Y el que unánime obsequio de los séres,
Pontifice del mundo, debe alzarte,
El que tu imágen lleva dentro el seno,
De tu presencia lleno,
Rebelde á tu Deidad, osa negarte?
¿Oyes su loco acento?

«¡Gloria á la Humanidad, cúspide y cima,
Do su esencia el gran Sér desenvolviendo,
Tras cambios mil, su perfeccion sublima!
¡Gloria á la Humanidad, do el pensamiento
Encarna del gran Sér, de él emanando
Tierra y plantas y mar y firmamento!
¿Hay por dicha otro Dios? ¡Mentido nombre!
¿Dó tal Númen está? Dios es el hombre.»

¿Será que en ímpio afan eternamente
La atroz soberbia de Luzbel porfía,
Con bárbara osadía,
Sacrílega á emular la humana gente?
Hoja perdida, que al soplar del viento
Sin huellas va á morir, sombra de vida
Que tumba halla en la cuna,
Eco de llanto y funeral lamento
Con que el nacer al espirar se aduna,
¿Soy yo quien rayos poderoso vibra,
Y en eje eterno libra
De la tierra la inmensa pesadumbre?
¿Soy yo quien el destino
Rige feliz desde la etérea cumbre,
Y á esos globos de luz traza el camino?
¡Oh! perdona, Señor: tu voz potente,
Del llano basta do mi acento zumba,
Mi polvo á desparcir... ¿En qué del hombre
La régia majestad que orna su frente,
¿En qué su gloria está, cuando anhelante,
Ansiando por romper las torpes leyes

De la tierra servil, se alza gigante,
Sino en servirte á Ti, Rey de los reyes?

¡Oh! perdona, Señor: no el rayo ardiente
De tus cumbres flamígeras vibrando,
Descargues vengador; no, como cuando
El arcángel del mal la dura frente
Erguir ceñido de su inicuo bando
Presumiendo á tu solio, aterradora
Se oyó tu voz sonar, y en su cimiento
Temblando estremecido el firmamento,
Sintió tu vencedora
Majestad. Despeñado,
Cayó rodando hasta el abismo horrendo
Del cavernoso tártaro sombrío,
El prevaricador.... ¿Dónde el impío,
Que osára al Dios del cielo? Así cayendo,
Polvo sea, Señor, bajo tu planta,
Quien protervo hasta Ti su sien levanta.

Mas no, Dios bondadoso!
El vaso henchido de furor suspende,
Que amaga ya espantoso;
El ¡ay! que exhala el corazon del justo,
Y en alas de piedad el cielo hiende,
Descoja el ceño á tu semblante augusto.
Si grande fuiste, oh Dios, cuando iracundo,
So las mugientes olas
Del mar que en derredor reinaban solas,
Sereno hundiste en su embriaguez el mundo;

Sublime eres aun más sobre la cumbre
Del Gólgota espirando,
Y al cielo vuelta la amorosa lumbre
De tus ojos, el orbe rescatando.
¡Cuán grande, en perdonar, tu poderío
Excelso resplandece!
¡Cuán grande, cuando fúlgida estremece
Tu viva luz el corazon impío,
Y preñados de lágrimas los ojos,
Sollozando, á tus piés cae de hinojos!

¡Ah! brille ya tu luz. Los que blandiendo
La corva cimitarra, á razas ciento
Imponen el Coran; quien bajo el rudo
Carro de Jagrenat rueda sangriento
Impávido á morir; y el que sañudo
Apaga feroz sed en cráneo humano,
O abyecto hunde su sien ante el inerte
Engendro del cincel; y el que orgulloso,
—«Tú no existes»—al cielo enderezando
Su lengua de reptil, silba nefando;
Todos sumisos á tu voz, Dios fuerte,
La enseña del Calvario
Adoren con amor; todos su frente,
Bajo el tendido pabellon de nubes,
Do enaltecen tus glorias los querubes,
Prosternen ante Ti, Jehovah potente.

Pontevedra, Febrero, 1861.

# El toque de ánimas.

Voz lenta, voz metálica y aguda,
Que desde torre umbría descendiendo,
Entre los pliegues de la noche muda
Viertes temblante son;
¿Cúya eres tú, que funeral derramas
Vaga tristeza en torno, y sacudiendo
Las alas de mi espíritu, me llamas
A incógnita region?

—

¿Quién á tus notas dá tanta dulzura?
¿Quién esa magia que mi afan sublima?

¿Eres eco tal vez de region pura,
De mundo no mortal?
¿No es acaso tu son tan dulce y lento,
Y ese misterio que tu voz anima,
Más que el tañido derramado al viento,
Del cóncavo metal?

—

¡Qué osario de recuerdos, en la fria
Sombra dormidos del sepulcro yerto,
De tu voz la monótona armonía
Evoca en derredor!
Son la estela fugaz que el de la vida
Pobre esquife, al cruzar piélago incierto,
Entre tumbos dejando va esculpida
Con quilla de dolor.

—

Son los cándidos años que de niño,
Entre auroras de mágico embeleso,
A la sombra rodaron del cariño
De séres que no son;
Es el, truncado ya, fraterno nudo,
De corva senectud el tibio beso,
Tierna flor de amistad que segó crudo
Temprano el aquilon.

—

El, ya tibio, pesar que de la tumba,
¡Ay! que precoz se abrió, brota aun con llanto,

Y dentro el corazon sordo retumba
Con eco funeral.
Tristes memorias de fugaz ventura,
Primicias de dolor, que bajo el manto
De yerba, en olvidada sepultura,
Guarda el lugar natal.

—

¿Eres tú, sacra voz, la de esos muertos,
Que en tierna queja del mundano olvido,
Desde el hondo sepulcro buscan yertos
Del vivo el corazon?
¿Eres quizá su voz? Dulce cadena,
De otro mundo, al través, desconocido,
¿No hay que aquesta mansion une terrena
Con mística region?

—

Almas que un tiempo amé, ¡cuán impaciente
Los dinteles salvando de la vida,
De vosotras en pos vuela mi mente,
Allá del ataud!
¡Cuándo será que en inmortal abrazo,
En el seno de Dios, do el bien anida,
Renovado contemple el roto lazo
En cármenes de luz?

—

Tú en tanto, fiel plegaria, la alta nube
Trasponiendo veloz, al firmamento

Con incansables alas sube, sube
Por esos que lloré.
Y apagando mis lágrimas las llamas,
Do acrisola sus almas cruel tormento,
Puras lleguen en fin, Dios que las amas,
Del solio tuyo al pié.

—

¿Ves cual suspiran por tu Eden ansiosas?
A su férvido afan, buen Dios, franquea
Esas aulas de paz, do venturosas
Contigo reinarán.
Y en tu seno abismándose, Dios santo,
Desde el golfo de luz que las rodea,
De mis cárdenos párpados el llanto
Perenne enjugarán.

—

Allí ya en paz, su cariñosa mano
Al que errante, sin norte, entre la densa
Bruma zozobra de este mar insano,
Tenderán desde allá.
¡Oh sacro amor, que la distancia anulas,
De mundo á mundo en la extension inmensa,
Y en tus reinos sin límites circulas,
Fluyendo de Jehovah!

—

¿Deliro? ¿Es sueño ese eslabon que abraza,
De amor eterno en invisible nudo,

Cielos y tierra, y misterioso enlaza
Las almas por do quier?
¡Oh! no, campana, nó, que flébil cae
De esos mundos cual eco, el son agudo,
Con que tu voz al firmamento atrae
Las almas con placer.

—

¡Qué dulzura gentil tu son derrama!
¡Qué misterio de amor en tu honda queja!
¡Ah! yo creo, yo espero... Cual la llama
Se encumbra mi oracion.
¿No es tu altura, Dios bueno, donde calmas,
La inmensa sed de bien que nos aqueja,
Do su centro de union tienen las almas,
Su patria el corazon?

Pontevedra, Febrero, 1861.

# Las ruinas del convento.

Soy la flor de los sepulcros,
Aura sin ecos perdida,
Flébil arpa estremecida
Por la brisa del dolor.
Ave errante, solitaria,
Claustros busco derruídos
Do lanzar interrumpidos
Monosílabos de amor.

—

Escombros, tristes escombros,
Que dora el sol de Occidente,

Do embebida el alma siente
Melancólico placer;
¡Oh si de esos mudos claustros
La soledad yerta, umbría,
Llenára el alma que ansía
Vastos mundos recorrer!

—

Aquí las inmensas playas
Columbrar pudo del cielo,
Quien á su férvido anhelo
Angosto el mundo sintió.
Aquí halló raudal de vida
Corazon ya muerto al mundo;
Y en el silencio profundo
Paz á sus ansias halló.

—

Sombras de paz, sombras mudas,
Que animais este recinto,
Bien hayais!... Místico instinto
De dolor me trae aquí.
Náufrago de cien tormentas,
Vuestra paz tambien deseo....
¡Ay de mí! que solo veo
Paz de muerte en torno á mí!

—

Sacros cánticos preñados
De celeste melodía,

¿Dónde vais? ¿Cómo la umbría
Bóveda tan muda está?
¿Cómo de ardientes ascetas
Legion heroica no miro,
Arrastrando en grave giro
Sus blancas túnicas ya?

—

¿Dónde del culto la pompa,
Que brillo y gloria dió al templo,
De esplendor ayer ejemplo,
Hoy de escándalo padron?
No ya potente retumba
La voz de verdad que un dia
Las almas estremecia
Con su profético son.

—

Hoy rüinas..., hoy silencio
Por do quier... Solo de un Santo
Muda estatua vela el llanto
Que una fuente brota al pié.
Cesa ¡ay! cesa, fuente viva...
¿Quién al son de tus raudales,
En deliquios celestiales
Se abismará tras su fe?

—

Las ventanas carcomidas
Abre y cierra errante viento,

Solas girando en son lento
Con ingrato rechinar.
Y el aura que sorda gime
En la arcada solitaria,
Última que oyó plegaria
Tal vez goza en murmurar.

—

Tal vez salvaje paloma
Con doliente arrullo habita
La celda, do al cenobita
Arrulló celeste amor.
Triste guirnalda de muerte,
Sobre las altas cornisas,
Negro helecho, entre las brisas,
Mece el tallo temblador.

—

¿Nunca ¡ay! será, mundo impío,
Que en la inquietud turbulenta
De tu crápula sangrienta
Respetes ajena paz?
No tus misterios, oh tumba
De justos, yo así desdore,
Déjame sí que aquí llore
De mi afan la soledad.

—

¿Dónde, de hoy más, ¡oh Dios mio!
En sus desiertos el alma

Sombra de frondosa palma,
Do guarecerse, hallará?
¿Dó la inocente paloma,
Que del légamo terreno
Aleja el cándido seno,
Nido oculto alcanzará?

—

Lágrimas, lágrimas mias,
Suspended. ¿Dónde calladas
Rodareis, sin ser mofadas
De ese mundo baladí?
¿Dónde, á sus pompas ajeno,
Hallaré seguro abrigo,
En que desfogue contigo,
Dios de amor, mi sed de Ti?

—

«Ámame, prorrumpe el mundo,
Tu Dios, yo.»—Raza gigante,
¿Óyeslo? Rinde arrogante
A ese dios tu corazon.
Caiga la roca de donde
Alza el águila su vuelo;
Para reptiles el suelo
Asaz brinda de extension.

—

Caiga la augusta basílica
So las iras del ateo...

¿Qué escuchais? Tras su golpeo
Se hunden los tronos á par.
Red de escombros, mar de sangre
Por do quier... ¡Oh dulce nombre
De progreso!.... ¡Gloria al hombre,
Que á Dios lanzó del altar!

Pontevedra, Marzo, 1861.

# Yugo suave.

—«Venid los que en yugo gemís ominoso,
Uncidos al crimen, sin paz ni quietud;
Benigno es mi yugo, del alma reposo,
El plácido leño tomad de mi cruz.»—

¡Oh vívido acento! ¡Dios sumo! Yo anhelo
Doblar á tu yugo mi indócil cerviz;
Por él, libre arráncame ¡ay! de éste que al suelo
Mi débil espíritu encorva infeliz.

Errante, perdido tras falsos fulgores,
Tu luz, Jesus mio, tu paz olvidé,

Y en sendas mullidas de pérfidas flores,
Espinas de acero rasgaron mi pié.

¡Ay! ábreme ahora benignos tus brazos,
Descienda, á los ayes del reo, el perdon:
Escucha del siervo cargado de lazos,
Del prófugo siervo la tarda oracion.

¡Ay Dios! ¿Solo en llanto, gimiendo de hinojos,
Mis deudas pagarte, sin cuento, sabré?
Diadema á tu frente ceñí yo de abrojos,
Tus palmas divinas sangriento clavé.

Mas ¡ah! ¿no plantaste la cruz dolorosa,
Cual árbol de vida, fanal de salud?
No el dardo fulmines, que huyendo medrosa
Tus iras el alma, se acoge á tu cruz.

Si el cieno del crimen el pecho amancilla,
¿No corre abundoso tu rojo raudal?
Cual íris que augura bonanza, ¿no brilla
En turbia borrasca, tu cruz celestial?

Y en ella tus brazos piadoso me tiendes,
Tu cárdeno labio me brinda el edem,
Y al orbe cobijan las ramas, do pendes,
Del árbol sangriento plantado en Salem.

¿Quién ¡ah, Jesus mio!, ¿qué pena, qué gloria
Podrá, dulce dueño, partirme de Ti?

Grabada en mi seno tu tierna memoria,
Tus piés abrazando, morir quiero aquí.

¡Atras, ruda lanza, que al Dios de la vida
Feral llaga abriste de amor y dolor,
Aparta, y sediento mi labio en la herida
Arrime, do hierve de un Dios el amor.

Allí, donde brota la vena que inunda
De gozo los cielos, yo abreve mi sed;
En Ti, Jesus mio, vid siempre fecunda,
Renazca yo, mústio sarmiento, otra vez.

¡Oh cruz, de Dios trono, cadalso do asoma,
De afrentas cercada, la eterna virtud!
¡Feliz quien tu yugo dulcísimo toma,
Cual prenda, en sus hombros, de dicha y quietud!

A ti siempre asido, bordon de amargura,
Las flores yo pise del mundo falaz;
Contigo triunfante, me encumbre á la altura,
Do ostenta el Dios bueno su cetro de paz.

Pontevedra, Mayo, 1861.

# Suspiro.

¿Cuándo la dura esclavitud que oprime
Al alma quebrantando,
Al misterioso centro por quien gime,
Ascenderá volando?

Aguila audaz que entre las densas nubes
Cual flecha volar miro,
¡Quién las alas me diera con que subes
Al alto adonde aspiro!

¡Oh, quién de Elías el flagrante carro
A mi gemir prestara!

Entónces, cárcel vil, sombra de barro,
A tu pesar, me alzára.

Entónces á tu alcázar de diamante,
Señor, me encumbraría,
Y en tu rostro mirando centellante,
Amor me arrobaría.

Alas préstame ¡oh Dios! —Alas de fuego
Desde la torpe hondura
Arrebátenme rápidas, te ruego,
A tu feliz altura.

Pontevedra, Junio, 1861.

# Arrepentimiento.

—«Bien mio, allí está Dios: allí en el cielo
Los ángeles no lloran;
Mas brota el llanto en cada flor del suelo,
Que el cierzo y sol devoran.»—

En la plácida edad de los engaños,
Mi madre asi decia....
¡Ay de mi, que olvidé, tras pocos años,
Su voz que no entendia!

Y corrí tras las flores, mariposa

De veleidosas alas,
Rasgada contemplé mi tez lustrosa,
En polvo vi mis galas.

¡Tan necio pude ¡ay Dios!, tan necio pude
No ver, ciegos los ojos,
Que en vano á torpe fuente el hombre acude,
Tras fútiles antojos?

El bien no mora allí: mústias las flores
Al vendaval insano,
Solo queda anidado entre dolores
Corroedor gusano.

A Ti vuelvo, Señor. Aun no devoto,
Al pié de tus altares,
Abrirse el corazon á bien ignoto
Sentí con llanto á mares.

Y cuán dulce es tu fe, sentí, Dios mio,
Cuán dulce al alma ansiosa,
Como al cuerpo que rueda en el vacío,
El lecho donde posa.

Heme en fin á tus piés, gran Dios, de hinojos;
Raudal de amargo llanto
Mi espíritu acrisole, y tus enojos
Calme, vengador santo.

¿Qué fuentes de dolor el torpe cieno

Que el corazon inunda,
Lavar podrán, Señor, si, de ira lleno,
El rayo te circunda?

Tus iras ten, oh Dios! Arrepentido,
Del mundo estéril huyo;
No merezco el perdon que ingrato pido,
Mas ¡ay! dame ser tuyo.

Hartos años de Ti, Señor, errante,
Sin ley vagué, sin norma....
En tus aras acógeme; anhelante
Mi corazon transforma.

Bien cual rey de Salem que su delito
Gimiendo sin consuelo,
Inmoló, flébil víctima, contrito
Su corazon al cielo;

Cual la paloma que en el hueco gime
De la salvaje peña,
Y al aire inquieto su dolor sublime
A repetir enseña;

Asi mis culpas con dolor profundo,
Asi mis extravíos,
Dios santo, plañiré, léjos del mundo,
De lágrimas con rios.

Y á par que opacas tintas de mi historia

Tu gracia va borrando,
¡Oh Dios perdonador! tu excelsa gloria
Pregone yo cantando.

Pontevedra, Junio, 1861.

# El Cielo.

---

Los que en alas volasteis de amor santo
Al alcázar de Dios, los que entre flores
Vuestro gozo exhalais en tierno canto,
De lágrimas ajenos y dolores;

Rumbo á mis ansias dad; del laberinto,
Do sus alas rozando en torpe suelo,
Bate el alma su mísero recinto,
A vuestra patria enderezad mi vuelo.

Patria del corazon, ¿qué velo esconde
Tus aulas de oro á la avidez del alma?

¿Dó las florestas de tu Eden? ¿En dónde,
Rica en coronas, tu anhelada palma?

Dad, cumbres, á mi afan vuestras alturas,
Rasgad, sombrosas nubes, vuestro velo,
Las del mundo quedad, viles honduras,
Espíritu anhelante, sube al cielo.

Reposo de mi sér, rica morada
De justicia y de paz, libres franquea
Tus altas puertas ya; que al fin sagrada
Tu espléndida region dichoso vea.

Y de diamante tu bruñido muro
Mis ojos embelese: inquebrantable
La etérea base admire do seguro
Tu recinto eternal posa inmutable.

Ni sol ni luna tu perenne dia
Subyugan á su ley; indeficiente
La esencia de Jehovah luz y alegría
En derredor derrama refulgente.

Jamas turbio crespon la noche umbrosa
Tiende ¡oh Salem! en tu radiante altura,
Ni á tus áureos umbrales afrentosa
Asoma del abismo sombra impura.

¡Oh fúlgidos pensiles! ¡Oh verdores
De espesas selvas con frescor eterno!

¡Oh campos de esmeraldas cuyas flores
Ni agosta estío, ni deslustra invierno!

¡Oh apacible region! En ti no azota
Nieve ó granizo el delicioso ambiente;
Ni quema estivo sol ni impuro brota
Negro sudor en la encorvada frente.

Cesa ya ¡oh tiempo! de tejer tus dias,
Depon ¡oh muerte! tu feroz guadaña.....
Aquí la eternidad..... Aquí no impías
Las horas siega tu alevosa saña.

¡Oh momento sin fin! Rico momento,
Que eternidad de bien en sí atesora!
Ni te mide el reloj ni tu contento
Lágrima de amargura descolora.

¡Aula santa de paz, corte dichosa
Del Príncipe de amor, do torva envidia,
Ni sierpe de odio el corazon acosa,
Ni el númen del rencor áspero lidia!

Amor los pechos bienhadados llena,
Atmósfera de gozo los circunda,
Amor y paz en derredor resuena,
Amor y paz el corazon inunda.

¡Qué cánticos! ¡qué son! ¡Oh qué concento
Elevan ardorosos serafines!

Y «¡Santo, Santo, Santo!» el firmamento
Retumba hasta sus últimos confines.

Virgíneo coro de nevados mantos
Resplandece feliz, y victoriosas
Palmas vibrando de combates santos,
Del almo Esposo en pos marchan gozosas.

Y síguenle de púrpura ceñidos
Los que en su sangre la gloriosa enseña
Tiñeron de la Cruz, marchando asidos
Al sacro leño que á Satan domeña.

¡Cuán radiantes diademas ostentando,
Ledos en pos seguis, los que entre abrojos
La soberbia del cuerpo derribando,
Quebrasteis el furor de sus antojos!

¡Dichosos veces mil! Hollado el mundo,
A par de Dios reinais en tronos de oro,
Miéntras ¡ay! en el báratro profundo
Allá léjos resuena horrendo lloro.

En fuego vengador allí fulgura
La perennal justicia. ¡Oh llanto eterno!
¡Ay, caros gustos que el mortal apura!
¡Ay, vanas pompas que tragó el averno!

Cantad, cantad, los en redor sentados
Del inmortal festin, vuestra victoria.....

¡Oh cilicio feliz! ¡Oh bien logrados
Lauros que vuestra sien ciñen de gloria!

Huid, horas de luto: el almo Esposo
Los llantos de orfandad secó del alma;
Dios es su galardon, Dios su reposo,
Y en Él gozan sin fin, plácida calma.

Tú arrobas en la luz de tu semblante,
Sol de la vida, su mirar sediento:
Embriágalos tu amor, y rebosante
Los inunda el raudal de tu contento.

¡Oh fuente, eterna fuente de la altura,
Que alegras del Eden las sacras frondas!
¿Cuándo mi seco labio en la dulzura
Podré abrevar de tus melifluas ondas?

¡Oh luz, celeste luz, que, sin ocaso,
Sin sombra alumbras la mansion sublime!
¿Cuándo ¡ay! á contemplarte hallará paso
El alma errante que en tinieblas gime?

Madrid, Julio, 1861.

# Afan.

¡Ay, que la sombra del averno impura,
Cual tul caliginoso,
Ciega el astro polar, nublando oscura
La patria del reposo!

Sin velas y sin luz, léjos el puerto
De eterna bienandanza,
¿Quién contrastar podrá del mar desierto
La bárbara pujanza?

Fija, oh Señor, el no orientado rumbo
De mi batel errante,

Que va de mar en mar, de tumbo en tumbo,
Torciéndose anhelante.

El puerto de bonanza que cerrado
Al náufrago yacía,
¿Quién franqueó sino Tú? ¿Quién del pecado
Rasgó la noche impía?

Tú por fanal sobre el undoso estruendo
La cruz enarbolaste,
La cruz en que á la muerte, Tú muriendo,
Glorioso anonadaste.

Iza las velas, corazon que gimes,
Las velas de tu anhelo;
Fijos los ojos en la cruz sublimes,
Sigue con rumbo al cielo.

Julio, 1861.

# Al nacimiento de Jesus.

---

Cesad los que tardias
Sintiendo las edades,
El dia de bondades
Pedís con santo ardor.
Vivífico rocío
Ya descendió del cielo;
Y abierto el fértil suelo,
Ya brota al Salvador.

—

¿Le veis? En pobre cuna
Contémplale la tierra...

Pastores de la sierra,
Venid con ágil pié.
El Rey del alto empíreo
Entre vosotros mora...
¡Dichoso aquel que ahora
Le rinda humilde fe!

—

¿No veis cual circundados
De refulgentes nubes,
Ensalzan los querubes
Al Príncipe de Paz?
Venid: si á un hombre el cielo
Saluda reverente,
Mortales, vuestra frente
Á un Dios presto inclinad.

—

En cándidos cendales
Mirad allí sereno
Al Dios del rayo y trueno,
Al vengador Jehovah.
No haya á sus iras miedo:
Es Dios, mas es un niño,
Con infantil aliño
Amor le muestra acá.

—

¡Oh celestial infante!
¡Oh vástago divino,

Que á conquistar no vino
Más reinos que el de amor!
Veréisle entre los brazos
De cándida doncella,
Lanzando su faz bella
Celeste resplandor.

—

¿Qué haceis? En dulces tonos,
Al son de aguda avena,
Con alma de fe llena
Cantad al Niño-Rey.
Dejad honda y cayado...
Dia vendrá dichoso,
Que su cayado hermoso
Sigais cual mansa grey.

—

¡Oh celestial vagido!
Solloza... ¡ay! ¿es un hombre?
Mas ¿no será su nombre
Terror de Satanás?
¡Oh misterioso niño!
Enjuga el precoz llanto...
¡Ay! sangre, licor santo,
Más tarde verterás.

—

Su ponzoñoso dardo
En vano la serpiente,

Del vastago inocente
Al pecho enderezó.
Coronas dad al niño...
¿No veis como entre lazos
De sus nervudos brazos
Al áspid quebrantó?

—

Traed, traed guirnaldas,
Tráedle ricos dones,
Mas no: los corazones,
Los corazones dad.
¡Eterna gloria al Santo,
Que al vil dragon aterra!
Al hombre aquí en la tierra
Amor, virtud y paz!

Orense, Julio, 1861.

# Nostalgia.

¡Ay del árbol de pompa y gracia lleno,
Ufano en sus verdores,
Que, arrancado al verjel en donde ameno
Vestirse vió su seno,
Marchitas ve rodar galas y flores!

¡Ay del ave inocente que el ejido
Y selva atravesando,
El castaño olvidó do suspendido
Se oculta el dulce nido,
Y en vano por los montes va piando!

¡Ay del ciervo veloz que en hora ardiente,

De arroyo rumoroso
El frígido cristal busca impaciente,
Cansado vanamente,
Por monte y llano y páramo arenoso!

¡Ay del prófugo errante que en lejano
País, amada tierra
Lloroso imaginando, busca en vano
El propio cerro y llano,
El propio encanto que su patria encierra!

¡Ay infeliz del ángel que del cielo
Caído, rota el ala,
Anfibio de dos mundos, por el suelo
Se arrastra, mientra el vuelo,
Luchando, tiende hácia la etérea sala!

Arbol mústio que muere transplantado,
Ave sin patrio nido,
Ciervo en pos de las aguas desalado,
¡Ay! del Eden privado,
¿Cuándo, cuándo veré mi Eden perdido?

Alongos, Agosto, 1861.

# Al viento.

¡Ay del que sin cesar, de paz exento,
Agítase con vértigo anheloso!
Hijo de la inquietud, instable viento,
¿Cuál ansia es tu tormento?
¿Qué impulso te arrebata veleidoso?
Ya rudo en la borrasca
Las bravas olas con furor agitas,
Y en cerros precipitas
La mar que el freno del Eterno tasca.
Ya en el nogal suspenso,
Murmuras en sus hojas blandas quejas,
Y vuélveste ambicioso al campo extenso,

Y tornas aun quizás, quizás te alejas.
Ya lento en noche muda,
Estremeces el vidrio, y sollozando
Piadoso vas rezando,
Ó en ronca voz sañuda,
Con muestras de furor vuelas silbando.

¡Oh genio sin reposo!
¿Es el mundo á tu afan estrecho coso?
¿Breve espacio á tus alas el vacío?
¡Oh del alma trasunto! Aura divina,
En lodo aprisionada,
Incierta ella cual tú, va peregrina
Batiendo la pared de su morada.
¿Es que acaso á los dos nos falta asiento?
¿Es que su centro de quietud porfía
En vano más acá del firmamento
Á hallar nuestra ilusion? ¡Oh si yo de alas
Gozase como tú! Ciérnete, y de ellas
Sacude el polvo vil. ¿No hay allá estrellas
Adonde á par subamos?
Tus alas dame tú, yo doy mi anhelo,
Timon que guia al cielo,
Y á más alta region juntos partamos.

Lebosende, Agosto, 1861.

# Aspiracion.

¡Oh centro del vivir! Sublime fuente,
Do raudales de amor y gozo apura
El morador del cielo,
Que anegado en el mar de tu dulzura,
Tu centellante faz mira sin velo;
Tus ojos torna á mí; dado me sea
Que, ansioso de adorarte,
El sello en mí de tu presencia vea.
¿Dó te escondes, mi Dios? Al valle umbrío,
Al férvido torrente,
Al monte enhiesto y rumoroso rio
Tus huellas demandé. ¿Dó misterioso

Se abisma tu fulgor? ¿Dónde las llamas
Con que encendido inflamas
El seno del querub? ¡Oh si á despecho
De su corpóreo nudo, á Ti volára
Mi espíritu dichoso,
Y al rayo de tu ardiente amor deshecho,
En tu inefable Sér se anonadara!
¿Dónde estás, sumo Bien, que tanto cuesta
Al corazon hallarte?
Por Ti gemí mil veces,
Mil veces te busqué para adorarte.
Por Ti, sin paz, mi corazon latiendo,
De amor languideciendo,
No cesa en su afanar. ¿Siempre ¡ay! en vana
Tiniebla gemiré?.... No fugitivo
Esquives mi alma, oh Dios; no, porque en cieno
Su túnica de luz manchada veas,
Te alejes sin cesar. Sol de amor vivo,
Tú puedes, cual la nieve con que el campo
En derredor blanqueas,
El alma emblanquecer; Tú, cual depura
Inculta selva devorante fuego,
Tornar mi alma inmaculada y pura.
Gran Dios, heme á tus plantas,
Mendigo de tu amor; purguen mi seno
Las limpias ondas de tus gracias santas.
Borra mi iniquidad, y bondadoso
Del alma asirte deja.
Suene tu voz de amor; tras su dulzura,
Bien cual en pos de baladora oveja

El recental medroso,
Tras Ti latiendo el corazon se lance,
¡Oh iman del alma mia!
Y en Ti su gloria y su quietud alcance.

Pontevedra, Febrero, 1862.

# Elevacion.

Alzad, hijos de Dios. ¿En torpe cieno
Morir dejais la aspiracion sublime,
Que poderosa hinchendo vuestro seno,
Azota el antro vil que la comprime?

Esas ansias sin fin, los que angustiosa
Gemidos de hondo afan nuestra alma exhala,
¿Puede algo aquí calmar, cuando anhelosa
Bate inquieta hácia el sol su débil ala?

Fantástica ilusion, livianos goces,
Que arrastra el vendaval cual flor del heno,

¿Del cautivo inmortal ahogar las voces
Podrán que arranca de ansiedades lleno?

Tras sombras de placer, vedle lanzando
Su ciego carro el corazon impío...
Huyó el placer, y el corazon rodando,
Rodando sigue en su fatal vacío.

Vedle abrasado en devorante llama,
Víctima de su afan; en torpe incienso,
Del ídolo á los piés, que imbécil ama,
Servil inmola un corazon inmenso.

¡Oh mengua! ¡Oh deshonor! ¿Ése el destino,
Almas de fuego, que anhelais errantes?
Pigmeos ante Dios, ¿para el mezquino
Coso en que os agitais, no sois gigantes?

Subid, almas de luz. Padre del cielo,
Deja á tus hijos que aprisiona el mundo,
Su vuelo á Ti lanzar; deja á mi anhelo
Arrebatarme á Ti desde el profundo.

Océano del sér, yo te saludo,
Mi principio eres Tú, Tú mi destino,
Débil siervo á tus piés, te adoro mudo,
Á Ti, centro del bien, voy peregrino.

Entre sombras sin término vagando,
El alma sin cesar revolotea,

Mas Tú la fijarás; á Ti mirando,
Cómo el águila al sol, absorta sea.

Cual enjaulada gime ave impaciente,
En su férrea prision el alma llora;
Temblar de afan el corazon se siente,
Mi Dios, mi Dios, el corazon te adora.

En Ti pose, Señor, en Ti sosiegue,
Golfo eterno de paz, su afan calmando;
Náufrago del error, á Ti navegue,
Del mundo el cenagal léjos dejando.

Tuyo soy, oh Señor! Nada respire
En mí, que á Ti su aspiracion no encumbre,
Solo en torno á tu luz perenne gire,
Solo absorto embebézcame en tu lumbre.

Acrisólame, oh Dios, límpiame y borra
La turbia sordidez que el alma empaña;
Y ajena de su rígida mazmorra,
Fin en Ti alcance su tormenta extraña.

¡Cuán dulce al corazon, de inquietud lleno,
En Ti parar su veleidoso giro!
¡Cuán dulce hallar en Ti la paz, Dios bueno,
Que errante busca en perennal suspiro!

Pontevedra, Mayo, 1862.

# Efusion.

Tuyo soy, Rey de amor. Tuyo á tus plantas,
Esclavo de tu ley, me entrego todo;
El oprobioso lodo
Que enturbia el corazon, Tú que abrillantas
La faz del sol ardiente,
Transforma en viva luz, y acrisolando
En tus llamas purísimas mi mente,
Subyugue mi cerviz tu yugo blando.
¡Feliz si en tus prisiones
Dulcísimas por siempre ya cautivo,
Roto el yugo servil de las pasiones,
Vivir te siento en mí, y en Tí yo vivo!

Arda del alma el hielo
En volcanes de amor: Tú que encendiste
En los inértes témpanos del suelo
Hoguera perennal, templa, oh Dios mio,
Mi ardiente sed de llamas;
Y cébese en mi seno
La lumbre del amor con que nos amas.
Tu mirada de luz, tu abrazo eterno,
Tu acento soberano,
Del cielo paz, terror del hondo averno,
¿Dó están? ¿Dó el amoroso
Ósculo que contigo leda el alma
Desposando feliz, su inquietud calma?
¡Dichoso el que contigo
En dulce soledad, oye tu acento,
Y escucha de tu voz nombre de amigo,
Y su paz eres Tú, su firme asiento!
¡Feliz el alma que del cieno impuro
Las alas despegando,
Contigo el corazon, al leño duro
Pegada de tu cruz, sola franquea,
Y en plácido deliquio tus raudales
De gozo saborea,
Ora sea que en éxtasis la meces,
Ó que tu faz velando, despareces!
¡Ah! corra en pos de Ti, corra sedienta
En pos de tu hermosura,
Y en el banquete de tu amor contenta
Su ardiente sed saciando,
Extática ante Ti caiga de hinojos,

En tu beldad hartando
El hambre de sus ojos.
Tuya llámese, oh Dios; tuya en tus brazos
Buscando eternos lazos,
Con tu vivido amor ébria se mire,
Y amando viva en Ti, y amando espire.

Pontevedra, Octubre, 1862.

---

# Congoja.

¡Paz, Señor, paz en la feliz bahía
Cuyo faro es la cruz! En el desierto
Océano sin fin perdida nave,
Errabundo mi espíritu no sabe
La ruta hallar del codiciado puerto.
¡Oh venturosa orilla!
¿Cuándo á tu abrigo amarraré oscilante
La mísera barquilla?
Yo las ondas del piélago rugiente
Sentí sobre mi frente
Rebramando pasar; en torno el bando
Fatídico del orco vi cruzando.
Temblé, Señor: mi sér en desconcierto

Gimió falto de Ti, viendo al impío
Impura fauce á devorarme alzando.
Hoja que oscila bajo soplo incierto,
No tiembla como yo. ¿Cómo, Dios mio,
De tu siervo esquivándote, te alejas,
Y en soledad me dejas?
¿Qué númen guardador, en tu desvío,
De las iras del Tártaro me escuda?
Levántate, Señor: tus enemigos
Caigan al eco de tu voz sañuda.
¿Leda nunca y feliz en tu almo seno
El alma posará? ¡Tregua á la ruda
Discordia de mi sér! Cése, oh Dios bueno,
Del alma dividida
La congojosa lucha enardecida.
Con saña cual violentas,
De soplos encontrados impelidas,
Se quebrantan las ondas turbulentas;
¿Oyes cómo en sí misma forcejando,
Despedázase el alma sollozando?
Brille ya, sacro Sol, brille amoroso,
Entre el trueno y pavor de la tormenta,
Un rayo de piedad. Á la bahía
De tu inmortal reposo
Mi errabundo batel plácido guia,
Sus velas replegando allí dichoso.

Pontevedra, Diciembre, 1862.

# Inquietud.

¿Qué es ese afan, esas olas,
En que tiembla, oscila el alma,
Sin norte, sin paz, sin calma?
¿No eres el centro, Señor?
Qué es ese errar sin descanso
Por oscuro mar incierto,
Sin rumbo, sin luz ni puerto?
¿No eres el golfo de amor?

—

Si en el sol tu luz fulgura,
Si en el ponto tu grandeza,

Si en la aurora tu limpieza,
¿Qué serán, Señor, sin Ti?
¿Qué sin Ti ser puede el alma,
Del cielo caída estrella,
Si Tú no vives en ella
Si tu faz no brilla allí?

—

Aplacad, olas rugientes;
Tempestad que el alma azotas,
Y á la faz en llanto brotas,
Cese ya tu sordo son.
Sumo Sér, Tú que contemplas
Mis combates y árdua lucha,
Inclina tu frente, escucha
El gemir de mi oracion.

—

Clava, oh Dios, clava, te pido,
Mi corazon en su centro;
¿No ves cual se agita dentro,
En pos de anhelado bien?
Habla, oh Dios, y en Ti sosieguen,
Sosieguen las ansias mias,
Y en las santas alegrías
Desfallezca de tu Eden.

—

¡Qué de tiempo errante y loco,
Vano centro de mi mismo,

Me alejé de Ti, oh abismo
De luz, de amor y poder!
Vagabunda mariposa,
La luz odié que da vida,
Y en luz pérfida, homicida,
Las alas quise perder.

—

Mas Tú solo, gran Dios, eres
El Sol que las almas miran,
Planetas que en torno giran,
Su luz bebiendo en tu luz.
¿Cuándo ¡ay Dios! será que el alma,
Que tu eterno brillo atrae,
Que hácia Ti con fuerza cae,
Pose en Ti sin inquietud?

Madrid, Mayo, 1863.

# La soledad.

Rodando atado á la incansable rueda
Del mundo estrepitoso,
«—¿Será, triste exclamé, que nunca pueda
Gozar almo reposo?

¿Será que nunca, soledad que ansia
Con inquietud el alma,
En ti pueda alcanzar á su agonia
Consoladora calma?»—

Asi gemia en mi dolor, rodando
Con raudo movimiento;

Y el mundo su aguijon en mí clavando,
Volteábame violento.

Y á cada tumbo, de dolor transido,
Lágrimas á los ojos
Lanzaba el corazon, dejando herido
Su sangre en los abrojos.

Abre tu seno al fin, y en venturoso
Silencio que no agita
La ronca tempestad, dame reposo,
Oh soledad bendita.

Abre tu seno al fin, y en él mi frente
Entre las manos, mústia,
Reclinando de Dios, temple el ardiente
Desvelo de mi angustia.

¡La soledad con Dios! ¡Cuánta dulzura
Benéfica atesora!
¡Qué paz del corazon! ¡Qué de ventura,
Que inquieto siglo ignora!

Decid al mundo, anacoretas santos,
Al mundo bullicioso,
Qué gozo vuestro yermo, qué de encantos
Esconde silencioso.

No aquí risa falaz, no voz traidora
El ánimo envenena;

Paz, dulce paz con sus delicias mora,
Que el corazon serena.

Sin nubes el espíritu, contemplo
Mi espléndido destino,
Y el corazon se engríe de ser templo
Do mora el Sér divino.

¡Oh amada libertad! Consigo sola,
El alma te posee,
Cuando, sierva, á los piés de Dios inmola
Un corazon que cree.

Volando tras su fe, sus blancas alas
En éxtasis despliega,
Y agrádase en cernerse por las salas
De luz que al mortal ciega.

Y siente su vivir, siente guardado
Su propio pensamiento,
Y el empuje del sér que encadenado
Se lanza al firmamento.

Cual viento en tempestad, como en las olas
El pez libre campea,
Contigo libre, oh Dios, mi mente á solas
Los orbes señorea.

¡Oh soledad feliz! Aquí contento
Con mi laud sonoro,

Himnos á Ti consagrará mi acento,
Mi Dios, á quien adoro.

Tu Sér las mudas soledades llena;
Contigo, si suspira,
Suspira el corazon; por Tí, si suena,
Resonará mi lira.

Madrid, Agosto 1863.

# Plegaria.

¿Quién del que lucha con eternas ansias
Desgarradoras,
Calma las penas, cuando en vano anhela
Plácidas horas?

Paz, Dios del cielo, en mi agitado seno
Tu paz derrama,
Fija del alma que abrasada oscila,
La inquieta llama.

Valla de arena á las rugientes ondas
Del mar pusiste,

Y en vano brama, y su barrera endeble
En vano embiste.

Valla así fija á las revueltas olas
Del seno humano,
Valla invencible á su soberbio anhelo,
Dios soberano.

Tú del misterio de la humana esencia
Guardas la llave;
Abre, y tu mano misteriosa en ella
Ley de amor grabe.

Abre, y tu acento persuasivo suene,
Suene allá dentro;
Di ya, Bien sumo, al corazon versátil:
—Yo soy tu centro.

Yo soy del alma que en tinieblas vaga,
Luz no extinguida,
Iman celeste que la tierra atrae,
Yo soy la vida.

Lebosende, Agosto, 1864.

# La voz del pecador.

¿Adónde, adónde iré? Sobre mi frente
Terrífico amagar miro vibrante
El brazo fulminante
Del Dios de la justicia omnipotente!
Tú me sigues, Señor. De tus enojos
¿Quién ¡ay! me escudará? Misera en vano,
Sierva el alma hasta aquí de sus antojos,
En vano en sombras lóbregas se oculta,
Y en los profundos, tenebrosos pliegues

Del corazon su iniquidad sepulta.
Allí tambien tus ojos,
Tus ojos sobre mí relampagueantes,
Mi sér estremeciendo,
¡Ay! siento gravitar con peso horrendo.

¿Dónde me esconderé? ¿Qué arpon punzante,
Asido á mi conciencia, sin reposo,
Do quier arrastro errante?
Al deslizar medroso
Mis pasos fugitivos por la tierra,
Funesta voz que pavorosa aterra,
Me sigue, retemblando so mi planta
En vago y sordo son el pavimento.
¿Va el hondo abismo á devorar hambriento
Al inicuo hollador de tu ley santa?

¿Ni en las plácidas horas en que el sueño
Los terrores del réprobo mitiga
Con su feliz beleño,
Mi espanto dormirá?... ¡Voz enemiga!
La voz terrible que perenne suena
Fatal en mis oidos,
Suena entónces tambien. Aterradoras
Fantasmas veo... En derredor me atruena
La trompa de Ezequiel. Sobrecogido,
Álzome al punto; en las nocturnas horas,
Tardas como el dolor, palpitar siento
Con ansia el corazon. ¿Vas, oh Dios justo,
Á emplazarme ante Ti? ¿De tu temido

Tribunal vengador el fallo augusto
Voy, en fin, á escuchar despavorido?

Y en vano ¡necio! en vano,
Aun sordo á tu benigno llamamiento,
Del mundo entre la crápula me afano
Por hallar, embriagándome, contento.
Allí roedor gusano
En mi conciencia siempre cenagosa
Se ceba sin piedad. Allí sediento,
La copa del festin miéntras apuro,
Retumba en derredor voz misteriosa,
Y estremézcome trémulo, inseguro.

Huye mi planta á ciegas,
Y me sigues en pos. El trueno estalla,
Relámpago veloz azul serpea,
El rayo estrepitoso centellea...
Ya llegas vengador. ¿Cuál dura valla
Me salvará de Ti? ¿Dónde seguro,
Señor, no me hallarás?... ¡Ay del impío!
¡Ay del que contra Ti su cuello duro
Enhestó con nefando desvarío!
Yo soy... yo soy... ¡Ay triste!... El ígneo azote
En torno de mis sienes cruje ronco.

¡Perdon, Dios de bondad!... A tus piés yerto
Caigo abrazado al compasivo tronco
De tu sangrienta cruz. Víctima pura
En ella por mí fuiste.

¡Ay! si la que vertiste
Sangre de redencion, del orbe precio,
Temerario pagué con menosprecio,
Trémula el alma tu piedad implora.
¡Perdon ¡ay Dios! al criminal que llora!
Tu ley pérfido hollé. Mi atroz delito
Borre el raudal de tu licor fecundo,
Que en mares de piedad el orbe anega,
Y torrentes de lágrimas contrito
Mézcle á tu sangre mi dolor profundo.

Alongos, Enero, 1865.

# Vaguedad.

¡Otra vez, gota amarga de llanto,
Á mis párpados brotas cruel?
¡Áun hay cuitas ¡oh Dios! áun quebranto
Tras el mar que agitó mi batel?

De tu amor en la dulce bahía
¿Áun el ancla seguro clavar
No logró, tras la luenga agonía
En que erraba, juguete del mar?

Hartos años, sin paz, triste y mústia
Turbia el alma, sin centro, sentí!

Hartos años clavó sorda angustia
Sus mordentes espinas en mí.

Veces mil desde el alto collado
Derramando mi vista en redor,
Hondos valles miraba abismado,
Densas selvas de oscuro verdor.

Ténue niebla cual diáfano velo
Se teñía, á lo léjos, de azul,
Y los ojos subiendo hasta el cielo,
Aun cortar anhelaban su tul.

La torcida corriente del río
Entre cerros rodaba fugaz.....
Yo gozaba..., mas ¡ay! ¿qué vacío
Ahondaba mi mente tenaz?

Horas mil en la negra espesura
De altos bosques sentado perdí...
Yo no sé qué tristeza y dulzura
Anegábanme á solas allí.

La campana su son vespertino
Exhalaba con dulce piedad,
Y sintiéndome aquí peregrino,
Tibio llanto surcaba mi faz.

Suspiré, sollocé. Más gigante
Que esta angosta prision me sentí;

Mis miradas tendiendo anhelante,
Polvo en torno no más, polvo vi.

Vi que solo fantástica espuma
Sobrenada en el mar del placer,
Dichas, goces, ensueños, en suma,
En su abismo sin fondo caer.

Y en mi duelo embebido profundo,
Mi orfandad en la tierra gemí...
¿No hay un mundo, exclamé, no hay un mundo,
Más gigante, más digno de mí?

Tú, á la luz de la fe, descorriste
Á mis ojos soberbia region;
—He ahí un mundo más grande, dijiste,
Que el afan de tu ardiente ambicion.—

Y trepando á la altísima cumbre
De la fe con febril ansiedad,
Cielos vi de purísima lumbre,
Mundos vi de fulgente beldad.

¡Oh dulzura! Entrevi lo infinito,
De su místico velo al través,
Y ensalzando tu nombre bendito,
Yo caí, Bien excelso, á tus piés.

¡Cuán feliz, cuán feliz, embriagado
Tu voz dulce en el alma sentí,

Y en mi rica esperanza arrobado,
Tus misterios de gloria entreví!...

Y hora muerde otra vez mi hondo seno
Misterioso, roedor, vago afan;
Otra vez, de inquietud, de ansia lleno,
Ambos ojos dos lágrimas dan.

¿Qué me angustia? No alcanzo latente
El arpon que me hiere, á arrancar...
Del arroyo en la orilla, mi mente
Por vacíos se siente rodar.

Miro el agua en ampollas flotantes
Rumorosa entre piedras caer,
Y sus linfas me arroban serpeantes,
Sin reposo en su raudo correr.

Y tras ellas fugaz va rodando,
Va rodando la mente veloz,
Ó en redor de sí misma girando,
Se atormenta, desgárrase atroz.

¡Oh dolor! No diviso en cual cáos
De amargura me anego otra vez...
Vanos sueños sin forma, alejaos,
Manantial de quimérica sed.

¿Tú no bastas, Señor? ¿No es tu esencia
Fuente eterna de gozo sin fin?

¿Más allá va tal vez mi impaciencia
De tu Bien, mar del sér sin confín?

¡Ay de mí! ¡Qué delirio!... Sofoca,
Dulce Dios, mi insensato anhelar,
Fija el rumbo á la mente que loca
Sueltas velas no sabe amainar.

Llena, oh Dios, de mi seno el abismo,
Valla pon á quimérico afan,
Y pues centro no soy de mí mismo,
Sé mi centro, mi norte, mi iman.

Orense, Marzo, 1865.

# Esperanza.

En Ti, Señor, confío;
Á Ti mis ojos y anublada mente
Desde el sepulcro umbrío,
Do mústia hundo mi frente,
Me impele á levantar dolor mordente.

Cercóme el enemigo,
Tendiendo en torno á mí red de dolores;
Mas Tú moras conmigo;
Tras tu broquel de amores
Victoria cantaré de sus furores.

Tú de Israel la gente

De egipcianas mazmorras arrancando,
Por yermo guiaste ardiente,
Luz á sus huellas dando,
Sombra á sus frentes áridas brindando.

Tú al mártir que se abraza
Al tronco de tu cruz, mientra el tormento
Sus miembros despedaza,
Ó fuego tuesta lento,
Dasle risueña faz y heróico aliento.

Señor, tu humilde esclavo
Tu luz tendrá por salvadora guia,
Entre el olaje bravo
Del piélago do impia
Tormenta le estremece noche y dia.

Rasgue los horizontes
Rayo que estalla en la region del viento,
Desplómense los montes,
Y desde su hondo asiento
Mugiendo álcese el ponto en sordo acento.

¿Qué, contra mi las iras
Del mundo y del averno conjuradas,
Si con piedad me miras,
Valdrán, y en haz formadas
Las huestes de Satan, de horror cercadas?

¡Feliz á quien guarece

De tu poder inconmovible muro,
Y en Ti se fortalece,
Cual torreon seguro
Do la rabia se rompe en choque duro!

¡Feliz quien su profundo
Dolor contigo exhala y su quebranto!
¡Oh vencedor del mundo!
Tú enjugarás mi llanto,
Tú mi egida serás en mi hondo espanto.

Alongos, Julio, 1868.

# A Jesus Sacramentado.

¿Y bajas ¡oh inefable
Rey de la majestad! del alto cielo
Do reinas adorable,
A nuestro humilde suelo,
Disfrazada tu faz con pobre velo?

¿Tú que vibrante arrojas,
Raudos girando en el etéreo llano,
Con vivas llamas rojas,
Los orbes que tu mano
Del cáos arrancó lóbrego y vano?

¡Oh celestial encanto!

¡Huésped del hombre Tú, Tú nuestro amigo,
Moras aquí, Dios santo,
De nuestro amor mendigo,
De nuestras ansias y dolor testigo!

Tú al pié de los hogares,
Que asilo son de lágrimas, Dios bueno,
Oculto en los altares,
Nos oyes de amor lleno,
Y tu acento retumba en nuestro seno.

¿Ésto al afan ardiente
No basta de tu amor? ¿Ni en afrentoso
Cadalso, hostia inocente,
Raudal abrir precioso
De sangre, á rescatar el mundo odioso?

¡Oh pasmo! ¡Oh dicha! Al hombre
Daste en manjar tambien de eterna vida!
El Dios á cuyo nombre
Luzbel tiembla homicida,
¡Él, Él es tu manjar, hombre deicida!

¿Quién tu bondad no ensalza?
¿Quién tu insondable amor, Dios de la altura,
Que hasta tu Sér nos alza,
Su frente hundiendo oscura
A tus plantas, no adora con fe pura?

¡Oh vivo Pan, que fundes

Con Dios el alma que feliz le adora,
Y á ella en Él transfundes,
Y en sí Dios la incorpora,
Y en ella alienta Dios, y ella en Dios mora!

¿Qué seno viva llama
No enciende, al ver en Tí tanta ternura
De un Dios que á siervos ama?
Tu célica dulzura
¿Qué espíritu á gustar no se apresura?

Mas ¡ay! reptil del suelo,
En lodo vil manchado, ¿aspirar oso
Al sacro don del cielo?
¡Yo que mi labio ansioso
Veces mil puse en charco cenagoso?

Amor, amor, Dios santo,
Con ímpetu vivaz á Tí me guia...
Mas ¡ay! rubor y espanto
Me alejan á porfía...
Huye, huye de Dios: teme, alma mia.

Y ¿adónde ¡ay triste! adónde,
Si tu esencia de amor, fuente de vida,
Oh sumo Bien, se esconde,
¿Hallar dónde suicida
Podrá su gloria el alma oscurecida?

¡Ah! ven, sublime Verbo,

Ven á mi corazon, que á tus piés pone
Su libertad cual siervo;
Ya todo á Ti pospone;
Tu presencia, Señor, mi afan corone.

¡Oh dicha! Ya velado
En sacro Pan mi Dios oculto llega;
Ya cerca está mi Amado;
Al alma de amor ciega
Él, sediento tambien de amor, se entrega.

Adórale, alma mía,
Adora á tu Señor, que descendiendo,
Te colma de alegría;
Su palma el rayo horrendo
No vibra; ahora paz viene vertiendo.

Ahora, cual en trono
De amor, Dios mora en mí. Todo ya mio,
En místico abandono,
Hora eres, Jesus pio...
¿Tu amor podré pagarte con desvío?

¿Qué dones ya anhelante
Demandará mi afan, si á Ti poseo?
¿No eres, gran Dios, bastante
Al férvido deseo
De paz y eterno bien que aguardo y creo?

Tú bastas, Dios del cielo,

A henchir el corazon. ¡Oh luz que ansío!
¡Oh norte de mi anhelo!
¡Oh iman de mi albedrío!
Tuyo todo soy yo, dulce Dios mio.

Alongos, 1869.

---

# A la Concepcion de Maria.

---

Tiemble en las sombras de su impuro lago
De llamas y dolor, donde sangrienta
La espada de sus iras apacienta,
El arcángel del mal en crudo estrago.
Harto ¡ay! la raza del Eden proscrita,
Uncida de tu carro al yugo horrendo,
Bajo tu ley maldita,
Rey del abismo, se encorvó gimiendo.
Tiembla en tu solio ya. Cual blanca aurora,
Que el etéreo confin de la montaña
En ondas de oro y de amaranto baña,
Del rey de los luceros precursora;

Bella y cándida así, dulce criatura,
Encanto de Jehovah, de Eden delicia,
El rudo arpon de tu furor burlando,
Sonríe ya á los orbes con faz pura,
Y de tus sombras el funesto bando
Rompiendo, el reino de la luz augura.

¡Oh luz, naciente luz de la esperanza!
¡Oh vivífico albor de siglos nuevos!
¡Íris que anuncia, sobre torva nube
De llanto y de dolor, grata bonanza!
Hosannas de alegría
La tierra, á par de los empíreos coros,
Leda te envia, celestial María.
Tú de la infiel serpiente,
Del linaje de Adan destronadora,
Con planta triunfadora
La ignívoma rompiste, torpe frente.
Y su ominosa ley de culpa impía,
Bien cual rápida salva en raudo vuelo
El águila caudal etéreo abismo,
Tú intrépida salvando,
En tanto yace en lobreguez el suelo,
Sin sombra solo tú, más que del dia
El resplandor, galana
Vióte el orbe surgir. ¡Oh Soberana
Aurora del Amor! Desde los siglos
De la honda eternidad, ántes que bellas
En el cóncavo azul del firmamento
Rielasen las estrellas,

Antes que en torno al sol su movimiento,
Cual gigante, la tierra apresurára,
Dios realzaba tu sér, Vírgen preclara.

¡Qué abismos de virtud, qué incendio santo
¡De inextinguible amor, sopló en tu seno!
¡Qué célico pudor, qué dulce encanto
Grabó en tu rostro de delicias lleno,
En él su viva faz reverberando,
No de otro modo que en lunar esfera
Del sol ardiente lumbre reverbera!
¿Qué don á ti, del Hacedor morada,
Qué don pudo rehusar? ¡Oh cuán preciosa,
De su virtud cercada,
Revestida del sol, brillas al mundo!
¡Cuán pura y candorosa
Tu mística beldad orna luciente
El célico pensil! Más que la palma,
De Cádes esplendor, más que la pura
Luz del perdido Eden que en su amargura
Flébil recuerda suspirando el alma.

Toda bella eres tú. Más oloroso
Que el aura susurrante que embalsama
Del cinamomo la florida rama,
Tu aliento flores brota en el umbroso
Bosque y en la pradera,
Que aroma y luz de tu sonrisa espera.
¡Cuán hermosa eres tú! Lírio entre espinas,
Huerto enverjado que fragancia exhala,

Ni el nácar de las nubes matutinas,
Ni intacto, níveo copo
Al candor de tu faz púdico iguala.
¿Qué es á par de tus labios el capullo,
Que en copa de coral brinda su aroma,
Si atesorar en ti tu Amado quiso
La miel del paraíso?
Himno santo tu voz, plácido arrullo
De cándida paloma,
Cuando en rapto de amor Divino Esposo
Tu corazon inflama;
Más fuerte que el torrente de agua viva
Que del Líbano raudo se derrama,
Cuando á tu faz altiva
La sierpe del abismo tentadora
Trémula á su mansion huye traidora.
¡Qué fulgor, qué piedad brilla en tus ojos,
Que irradiando de amor sacros destellos,
El rayo vengador de los enojos
Apagan de Jehovah! ¡Ay del humano,
Si escudo tú de las divinas iras,
Con ojos de piedades no le miras!

¡Gloria, por siempre gloria, oh mensajera
De los siglos del bien, sacra paloma,
Que el olivo de paz trajiste al mundo,
Astro que en los empíreos reverbera,
Del sol eclipse que entre grana asoma!
¡A ti por siempre gloria, oh maravilla
Del humanal linaje,

Que á par de Dios sobre los orbes brilla,
Egregio pabellon más refulgente
Que el velo que en redor tornasolado
Tiende, en pompa, al surgir sol esplendente;
Más que de Salomon las ricas tiendas,
Precioso y regalado,
Sagrario del Altísimo! Sus ojos,
Fulgor de los inmensos
Cielos, ¡oh peregrino
Engendro y gloria del cincel divino!
En ti descansan con amor suspensos.

Vírgen y Madre, á cuyo excelso solio,
De donde brota el dia,
El arpa del querub su acento envía,
Que embebece los cielos, ensalzando
Tu nombre á par del nombre
Del Vencedor del Orco, del Dios-Hombre;
¡Ay! de esa sacra altura,
Do, á par del sumo Rey, reinas, Señora,
Hácia este de dolor mísero suelo
Que tu bondad implora,
Tus ojos vuelva maternal ternura,
Y lumbre celestial luzca en su duelo.
Madre, madre de amor en dulce acento
Te aclama el orbe mísero. Su guía,
Su dique al turbulento
Choque del mundo y las revueltas olas
Del corazon, confía
Piadoso en ti alcanzar. ¡Con qué cariño,

Cual á su madre el niño.
Se acoge el alma á ti, cuando amargura
Tenaz le acosa en pos! ¡Con qué dulzura
Tu nombre exhala el pecho,
Y tu blando recuerdo en honda llama
De vivo amor y admiracion le inflama,
Y para amarte á ti se siente estrecho!
Ay! al alma rendida que te adora,
Madre del bello Amor, astro de vida,
No se esconda tu luz. ¿Cuándo á los coros
De celestes espíritus unida,
En himnos más sonoros,
Por edades sin fin, tu beldad santa
Podrá loar, que el paraíso encanta?

Alongos, Noviembre, 1870.

# La Anunciacion.

---

«¿Ves ya, ves ya rendido
El orbe ante Luzbel, en cuyas aras
Las víctimas inmola empedernido
Al corazon más caras?
¿Dónde tu culto está? De polo á polo
Todo, todo es ya Dios, ménos Tú solo.

¿Oyes, Señor, el llanto,
Lote amargo de Adan, que agobia al mundo,

Que triste gime en perennal quebranto?
¿Y nunca tu iracundo
Desvío cesará? ¿Como ¡ay Dios! tarda
El Monarca de Paz que el orbe aguarda?

El suspirado dia
De paz y redencion que fiel desea
Tu pueblo, en luengos siglos de agonía,
¿Cuándo será que vea
Risueño alborear? Dios de piedades,
No tarde la hora ya de tus bondades.»

Extática, de hinojos,
Cual ángel del pudor mística y bella,
Orando así ferviente, alza los ojos
Purísima doncella
De Nazareth, volando al firmamento,
Como mirra aromática, su acento.

Mas ¿qué vision extraña
Súbito su razon hiere y conturba?
Rutilante fulgor la estancia baña,
Y cándida se turba,
Al ver ante sus plantas reverente
De hinojos paraninfo refulgente.

«—Miriam, de gracia llena—
Plegada el ala de jazmin y de oro,
Cual dulce arpa la voz del ángel suena:—
Miriam, rico tesoro

De Adonai, en su nombre te bendigo;
¡Feliz mil veces tú! Dios es contigo.»—

¡Oh alado mensajero!
Vuele mi voz á par de tu voz pura,
A par loando con amor sincero
Su gracia y su ventura.
Mas ¿qué respondes tú, Vírgen felice?...
Muda y suspensa está... Y el ángel dice:

—«Depon, Miriam, tu espanto;
Cáliz de bendicion do guarda el cielo
Su rocío de amor! Dios ve tu llanto;
A ti para consuelo
Del mundo, opreso por Satan, me envia.
¡Salve, Madre de Dios y Reina pía!

De ti la viva fuente
Brotará do su sed extinga el mundo,
Que en florido verjel torne riente
El páramo infecundo,
Ostentando el zarzal purpúreas rosas,
Y el porvenir tejiendo horas dichosas.

De ti quien nueva vida,
De ti quien firme paz al orbe dando,
Quebrantará con planta no vencida
Al tenebroso bando
Del Tártaro feroz. Tras cruda guerra,
Eterno solio asentará en la tierra.»—

—«Mas ¿cómo?»—reverente
Miriam exclama, y su pudor se asombra.
—«La virtud del Altísimo á tu mente
Bajando, con su sombra
Te ceñirá en redor; su amor tu seno
Vírgen, fecundará, de gracia lleno.»—

¡Bien haya el fausto anuncio!
—«Sierva soy del Señor»—blanda sonrisa
Centellando en Miriam, responde al nuncio,
En dulce voz cual brisa
Que entre cárdenos lirios juguetea:—
Su palabra es mi ley; cumplida sea.»—

Dijo: y el mensajero,
Más veloz que neblí que hasta la nube
Raudo remonta su volar ligero,
Al sumo alcázar sube.
¡Oh mensaje feliz! Himnos sonoros
Gozosos alzan los celestes coros.

Y en el virgíneo seno
De la doncella púdica amoroso
Rayo desciende, al punto, del Dios bueno.
¡Oh celestial Esposo!
Tus ósculos su gremio hacen fecundo,
Y en él encarna el Redentor del mundo.

¡Oh siempre faustos dias!
Gozad en vuestro bien, cantad, naciones;

La cuna prevenid ya del Mesías,
Guardad, guardadle dones;
Nuestro es ya Dios... Temblad, ¡oh del averno
Príncipes! á la luz del Sol eterno.

Alongos, Noviembre, 1870.

# La comunion de los niños.

(A MI QUERIDO MAESTRO P. IGNACIO CARRERA.)

## ÉGLOGA.

PRUCTUOSO. FLORIAN. SILVIA.

FRUCTUOSO.

¡Cuán llena de esplendores la mañana,
En la estacion florida,
Alegrías y luz sembrando ufana,
Vertiendo nueva vida,
De luciente matiz viste las flores,
Y el ambiente embalsama en sus olores!

¡Dia feliz! ¡Oh veces mil preciosa

Fiesta de la inocencia!
¡Dichoso, oh nieto, tú, cuya alma hermosa
Con grata trasparencia
Brilla en su fondo aún, cual fuente pura
Que en su limpio cristal muestra su hondura!

Hoy candorosas con el Dios del cielo
Las almas infantiles
Á desposarse van. ¡Dulce consuelo!
¡Qué gozo mis seniles
Canas reciben hoy! Tal se levanta
Tras de estivales lluvias mústia planta.

¡Qué júbilo do quier! Desde este herboso
Atrio que señorea
La cuenca y los collados y el frondoso
Valle de nuestra aldea,
¿Por las sendas bullir ves, hija mia,
Hácia el templo las gentes á porfia?

SILVIA.

¡Qué colores! ¡Qué trajes! ¡Oh cuán bellos
Con sus más ricas galas
Deslumbran el mirar! Gozo da el vellos.....
¡Florian, ay si resbalas!
¿Ves, hijo de mi amor, ves desde el muro?
Todos concurren ya..... Tente seguro.

FLORIAN.

¡Cuál corren, madre mia! ¡Cuán ruidoso

De niños travesea
El tropel por las cuestas! Con precioso
Rabel Damian recrea
Los oídos, y en pos la dulce avena
De Montano y Silverio á par resuena.

Ya llegan con afan. Tambien guirnaldas
Ostentan placenteros
Otros niños cual yo. Hoy en las faldas
De esos verdes oteros
No queda ni una flor; todas la frente
De los niños adornan inocente.

No rías tan altivo, Fortunato.
¿Qué es á par de la mia
Tu corona? Ayer tarde, mientra el hato
Mi madre me confía,
Lindas flores en torno de la casa,
Lindas flores por mí cogió sin tasa.

FRUCTUOSO.

Bellas tus flores son: imágen ellas
Son de otras más preciadas
Que crecen en el alma. ¡Ay si tan bellas
Flores del seno ajadas
Consientes arrancar! Flor de inocencia,
Dulce niño, embalsame tu conciencia.

¡Ah! tus padres y yo tu candorosa
Alma con afan tierno

Escudamos del mal. Hoy cariñosa
Del cielo al Dios eterno
A abrirse va feliz; grata morada
Ojalá que en ti encuentre aderezada.

El poderoso Rey de cuya mano
Son guiadas las estrellas,
Y ante cuyo semblante soberano
Sus alas de centellas
Abate el serafin, es, niño hermoso,
Quien baja á visitarte bondadoso.

Mas no temas, si cándido no encierra
Tu seno mancha impía.
Dios ama á los humildes; en la tierra
Al humanarse un dia,
A pastores ¡oh plácida memoria!
A pastores mostrar quiso su gloria.

FLORIAN.

Y á los niños tambien ¿es cierto, dime,
Que á par suyo acogía
Con paternal amor Rey tan sublime?

FRUCTUOSO.

¿No ves cómo á la cría
Con balidos de afan llama la oveja,
Y en su lácteo raudal harta la deja?

Dios llama así al candor. Con tal cariño

No á sus hijos regala
Madre tierna, cual Él á dócil niño.
Hoy de su régia sala
Desciende á enaltecerte. ¡Oh dicha pura!
Los ángeles envidian tu ventura.

SILVIA.

Ufánate, hijo mio. Tambien puros
Los ángeles del cielo,
Hoy descendiendo á estos sagrados muros
En silencioso vuelo,
Asistirán con gozo; en tierno canto
La gloria ensalzarán de su Rey santo.

FLORIAN.

¿Verélos yo tambien? ¡Ay! con sus alas
De nácar y de oro
¡Qué bellos estarán! Todas mis galas,
De flores mi tesoro
Por contemplar un ángel yo daria.
¿A un niño es dado verlos, madre mia?

SILVIA.

Sí, que en el cielo los verás, hermoso,
Feliz allí como ellos,
Si en tu seno guardares candoroso
Con sus matices bellos,
Libre del mundo y su vorace llama,
La flor de la virtud que lo embalsama.

FRUCTUOSO.

¡Ay, si pierde tu seno ese tesoro,
Del sumo Dios delicia!
Las flores que ornan hoy tus rizos de oro,
Se ajarán; mas propicia
Primavera otra vez brinda sus flores,
Y ofrece nuevo Abril nuevos olores.

Mas ¡ay! el lirio que en el alma exhala
Perfume de inocencia,
Si mústio lo arrancáre en hora mala
Del mundo la inclemencia,
No torna á renacer; amargo llanto
Tan solo verterás en tu quebranto.

SILVIA.

No, tú no pecarás. ¡Ay! hijo mio,
Despues que venturoso
Poseas á tu Dios, ¿ultraje impio
Harás al Sacro Esposo?
Tu pecho, mansion ya del Rey del cielo,
Dará albergue á reptiles del vil suelo?

FLORIAN.

Nunca pérfido ofenda yo en mi vida
Al Padre de la gloria;
Mas escucha por Dios, madre querida:
A Félix, en memoria
De tal dia, su padre dióle antaño
Cabrito jugueton de su rebaño.

A mí ¿qué me dareis?

SILVIA.

No ha veinte dias
Que una manchada oveja
Un cordero dió á luz, tus alegrías;
Áun tierno no se aleja
De su madre balando. ¡Cuántas veces
En tus brazos lo coges y le meces!

Más lucido cordero en su ribera
No ve triscar el Miño
Que lame nuestro campo. Ésto te espera,
Esto, mi dulce niño,
Reservo para ti. ¡Cómo dichoso
Retozar le verás, crecer mimoso!

FRUCTUOSO.

¿Ves, Florian, el peral, gala del huerto,
Que del arroyo á orillas,
Promete, de albas flores ya cubierto,
Sus peras amarillas,
Que ni en torno se admiran más tempranas,
Ni otras nunca más bellas y galanas?

Mi mano lo ingirió. Aun de mi vida
Abril feliz brillaba,
Y él encumbra pujante rama erguida;
Mas ¡ay! mi luz se acaba,
La línea trasponiendo de Occidente...
¡Cuán veloz es del tiempo la corriente!

Seis veces diez inviernos han dejado
En mí su nieve fría,
Y áun se pinta en mi mente el ya pasado
Como hoy brillante dia...
De mis padres á par subí contento
Por vez primera á comulgar sediento.

Ya reposan ahí..... Bajo esa losa
Del césped encubierta,
De ellos ¡ay! duerme en paz, y de mi esposa
Ceniza solo yerta...
En breve, en breve con sus huesos fríos
Yertos tambien se mezclarán los mios.

SILVIA.

¿A qué, padre, suscitas tan amargos
Recuerdos y temores?
Dia no es de llorar. Soles aun largos
Te auguran mis amores.
¿Ves del niño tambien como ya brilla
Lágrima de ternura en la mejilla?

FRUCTUOSO.

No te angusties, Florian. Hoy de alegría
Se inunde tu alma pura.
La fruta del peral en breve dia
Dirá: ya estoy madura.
Es solo para ti; mas ten cuidado
No te caigas, si subes, derrumbado.

Y no llores; los padres, los abuelos,
Cual niebla al sol estivo,
Con vuelo huyen fugaz; mas en los cielos
Un padre hay siempre vivo,
Que al mísero mortal contra el sañudo
Embate del dolor tiende su escudo.

FLORIAN.

Ya suenan, madre mia... Con acento
Nos llaman de alborozo
Las campanas... Entremos... ¡Ay! ¡cuál siento
Arder mi pecho en gozo!
¿Ves cual hierve el gentío, cual se apresta
Con júbilo á gozar de nuestra fiesta?

SILVIA.

El sacerdote entró. Del sacro templo
Los niños á porfía
Traspasan el umbral. Su grato ejemplo
Sigamos. Con fe pia
Ven devoto á pensar—pues la hora llega—,
Cual sin tasa el Señor á ti se entrega.

Dios será tu manjar. Más que oloroso
Romero á las abejas,
Más que en ásperos cerros el sabroso
Tomillo á las ovejas,
Más grato para ti, más dulce sea
El sacro pan que el corazon recrea.

FLORIAN.

Antes de rosas el Enero frio
Tejerá su guirnalda,
Antes dará por cauce al hondo rio
El monte su alta espalda,
Que consienta en borrarse de mi mente
Este santo favor de un Dios clemente.

Alongos, Enero, 1871.

# La Gracia.

¡Oh del célico Bien sublime encanto,
Aliento del Criador, iman divino!
En este valle mísero do en llanto
Sus huellas peregrino
Bañando va el mortal, ¿quién de mi canto,
Que audaz emprende arrebatado vuelo,
Es digno á par de ti, Gracia del cielo?

Cual bacante frenética que agita
El verde tirso, y sin pudor se lanza,
Presa del torpe dios que la concita,
A innoble, procaz danza,
Ó ahulla con furor, de sangre ahita:

Así la sociedad, en torpe coso
Agitábase en vértigo afrentoso.

Del hondo cenagal en que yacía,
¿Qué dios la sublimó? ¿Quién puro aliento
Vigoroso infundiendo en su agonía
Y torpe abatimiento,
La coyunda rompió que la oprimía,
Y al mísero reptil pegado al suelo
En ángel transformó que aspira al cielo?

¿Pudo sin ti jamas soplo de vida,
En deleznable arcilla aprisionado,
Al sidéreo verjel, enaltecida
Mansion del Increado,
Volando alzarse en victoriosa huída,
Cuando, héroe de virtud, lucha, forceja,
Y á sí propio venciendo, jamas ceja?

Tú la turba de númenes mezquina,
Afrenta de las aras, que humeante
La sangre del cautivo purpurina
Enrojeció abundante,
De la tierra lanzaste en fuga indina;
Libre el hombre se vió; y al verdadero
Dios postró la rodilla el orbe entero.

Entre las chispas de estridente hoguera
Ved á intrépido mártir la alabanza
Entonar del Señor! Avida y fiera,

Crujiendo, se abalanza
La llama en torno de él! Tú placentera
Su corazon circundas, y á su anhelo
Descorres estrellado el alto cielo.

¿Sus himnos no escuchais en la tortura?
¿Veis la sonrisa que en sus labios brota?
Laurencio imperturbable, Eulalia pura,
Y tú con quien agota
La rabia en vano de su entraña dura
El tirano feroz, oh gran Vicente,
Cantad la Gracia de Jesus potente.

Sus victorias cantad, cuando rompiendo
La amadora de Mágdalo sus galas,
Busca las plantas de Jesus gimiendo,
De penitencia en alas.
O cuando al rayo de su luz cayendo
El fiero Saulo, sin fulgor los ojos,
Abre la mente á nueva luz, de hinojos.

Tú fulgurabas en la frente augusta
Del Anciano de Roma, cuando airado
El hunno asolador con faz adusta
Su carro ensangrentado
Sobre Europa rodando que se asusta,
A su aspecto paró; su rayo espira,
Huye trémulo en fin, Roma respira.

¡Con qué plácido ardor la mente inflamas

Del místico eremita que el desierto
Halla dulce con Dios!—Tú sacras llamas
En claustro mudo y yerto
Encendiendo, delicias mil derramas
En la callada soledad, en donde
Pléyade juvenil su luz esconde.

¿Veis volando á buscar más blando cielo
Bullicioso escuadron de golondrinas,
Cuando aquí troncha ya soplo de hielo
Las rosas purpurinas?
Tal de este cenagal alzando el vuelo
Mil y mil almas, sobre tierra impura
Hallan oásis de gentil dulzura.

Cantad, almas, cantad el blando influjo
Del celestial Amor; de miedo ajenas,
Del turbio mar el borrascoso flujo
De léjos veis serenas.
Pompas y dichas y mundano lujo
Intrépidas hollando, entre los brazos
Buscasteis de Jesus más dulces lazos.

Mas ¿quién podrá ensalzar, oh don fecundo
Del corazon de Dios, tus maravillas?
Allá del cano Océano iracundo
No ménos feliz brillas,
Cuando en las pampas de ignorado mundo,
Ardiendo en santo amor, al misionero
Al bosque guías del caribe fiero.

Armado de su fe, dulce el semblante,
Por báculo una cruz, vedle afanoso
Cruzar yermos y montes tras errante
Salvaje receloso;
Ni el rugir del leon, ni amenazante
Flecha le arredra; amor su acento espira,
Y al hijo de la selva amor inspira.

Clavada ved la cruz. En torno en breve
El nómada feliz apiña hogares,
De ramas su techumbre alzando leve
Al pié de los altares.
¡Oh poder misterioso que conmueve
Los fieros corazones, y á divina
Region de eterna luz los avecina!

¿Quién tus triunfos dirá, cuando piadosa,
A par del tibio ya, doliente lecho,
Do fúnebre terror al ímpio acosa,
Sintiendo sobre el pecho
La helada mano de la muerte huesosa,
Ostentas tu poder? Tiembla, suspira,
Al rayo amagador del alta ira.

El ángel del abismo torvo espera...
¿Presa ¡ay! suya será?... Rayo benigno
De Gracia hiende la azulada esfera,
Y el corazon indigno
Del pecador transforma. ¡Oh placentera
Victoria! Huya al fin, huya bramando,

El genio impuro del averno infando.

¡Salve, del hombre luz, hija del cielo,
Omnipotente Gracia, que inspirando
Soplo de amor al agostado suelo,
La tierra renovando,
Das vida al corazon, al alma vuelo!
Postrado ante la Cruz, tu fuerza adoro,
Tu lumbre, armado de la Cruz, imploro.

Paz en mi seno infunde con tu aliento,
Y en el vivo raudal de tu amor santo
Sin fin se abreve el corazon sediento.
Por ti turbios levanto
Mis ojos sin cesar al firmamento.
Despedázase el alma en sorda lucha...
¡Ay! en mi amparo ven, mi llanto escucha.

Tú la tortura sabes y agonía
Que mi apretado corazon rodea;
Tú la pendiente ves áspera, impía,
Por donde forcejea
Mi espíritu á trepar al bien que ansía.
Leve á mis hombros ¡ay! torne tu mano
El peso de la cruz con que me afano.

Alongos, Marzo, 1872.

# Lauros de María en España.

---

Madre augusta de Dios, Reina del cielo,
A quien, pulsando sus laúdes de oro,
En torno á tu escabel plegado el vuelo,
Ledos ensalzan en sublime coro
Los hijos de la luz; llegue hoy del suelo
A tus plantas mi cántico sonoro;
Himno de amor y gratitud tú inspira
Hoy, Reina excelsa, á mi anhelante lira.

Dame el son con que asorda el firmamento
El trueno que retumba en las honduras,

Del arpa de Salem el tierno acento,
La voz del serafin, y las dulzuras
De tu canto inefable que en su asiento
Embelesa al Señor de las alturas;
Dame potente voz, para tu gloria
Tejer, cantando, con la hispana historia.

¿Qué tribu, qué nacion, en cuanto alumbra
El rey del dia en su triunfal carrera,
Desde su cuna de rubí do encumbra
Su raudo vuelo, á la region postrera
Do en golfos de carmin su faz deslumbra,
Más huellas de tu amor ve placentera,
Que la Iberia feliz, que tuya llamas,
Do los tesoros de tu amor derramas?

Cantad, ondas del Ebro susurrantes,
Las que suspensas de alborozo un dia,
Entre angélicos coros fulgurantes,
Bajar mirasteis celestial Maria.
¡Qué cánticos de amor! ¡Qué embelesantes
Torrentes de dulcísona armonía!
Sus ojos vuestras márgenes gozosas
De lirios esmaltaron y de rosas.

Vosotras el Pilar, do augusta impera
En regio solio divinal señora,
Murmurando besais: gloria primera,
Que henchido en gozo el español adora.
Desde allí ¡qué de rayos placentera

De gracia irradia la celeste Aurora!
¡Venturosa region! Luciente dia
Del error expulsó la noche umbría.

Los ídolos rodaron á tu acento,
Madre de amor, y con tu fe la vida
Difunde por do quier tu dulce aliento.
¡Oh de mártires cuna esclarecida,
Iberia, que en tu sangre, tu ardimiento
Sellaste veces mil, enrojecida!
¿Quién de heróico valor, del mundo espanto,
Sus almas circundó y esfuerzo tanto?

¿Quién del sacro saber la luz fecunda
De tus Doctores encendió en la mente,
Que en cien concilios de fulgor inunda
La Iglesia con sus rayos refulgente?
¡Oh cuál su resplandor tu sien circunda,
Del orbe envidia, que tus glorias siente!
María reina en ti; suya es tu historia;
Ella esculpe los timbres de tu gloria.

Mas ¡ay! que gloria tanta, oh patria mia,
Hundirse amaga en afrentosa tumba!
No más espeso en la floresta umbría
Enjambre en torno de las flores zumba,
No con furor igual la mar bravía
Sus olas lanza, y con fragor retumba,
Que los hijos de Agar ¡oh triste España!
Á ti se lanzan con rabiosa saña.

¿Qué dique á sus furores? Cual torrente
El campo arrasa en furia asoladora,
Salvan valles y rios y la frente
Del gigantesco monte, y vencedora
La corva cimitarra prepotente
Se harta en sangre do quier. ¡Ay! ¡Cómo llora
Desde Calpe á Pirene su mancilla
El triste godo so la infiel cuchilla!

¿Eterno es su baldon? No, que María
Escuda al pueblo fiel. Desde el riscoso
Cerro las huestes al combate guía;
Ella el ánimo inflama valeroso
Del gran caudillo que en su Dios confía.
España triunfa ya. ¡Dia glorioso!
María en Covadonga de luz baña
La ilustre cuna do renace España.

Heróica desde allí la atroz pelea
Palmo á palmo sin tregua se adelanta;
No cejarán jamas, en tanto ondea
La enseña fiel de su Patrona santa;
No cejará su acero, en tanto vea
La patria hollar del Bereber la planta.
Y ocho siglos de glorias y de lides
La corona abrillantan de sus Cides.

Tuyos sus lauros son, oh Vírgen pura!
Tú del cristiano ante el fulgente acero,
Cual huye el gamo con veloz pavura

Del dardo que asestar mira certero,
Temblar hiciste la feroz bravura
Y el ciego encono del Muslime fiero,
Y á tus hijos llevando entre batallas,
Á sus golpes prosternas las murallas.

¡Cuál se ensancha con ímpetu incesante
El reino de la Cruz, bajo tu escudo!
Leon, rendida á tu valor pujante,
Sus puertas abre, y desde allí sañudo
El ínclito adalid se abre triunfante
Surcos de sangre infiel tras golpe rudo,
En Clavijo y en Osma de alquiceles
Sembrando las llanuras los infieles.

Y otra vez tornarán: rayo estridente,
Furibundo Almanzor sangre y quebranto
Tras su paso veloz deja inclemente,
En pos siguiendo la orfandad y llanto.
Mas suena, en fin, tu voz, Jehovah potente,
Y el árabe coloso con espanto
En Calatanazor hundirse mira
Su gloria en polvo, y sollozando espira.

Regocíjate en fin, noble Toledo,
Sede otra vez del vencedor cristiano;
Ante el ínclito Alfonso torpe miedo
Yerto el brazo rindió del africano.
Zaragoza tambien ante el denuedo
De otro impávido Alfonso opone en vano

Sus muros y valor; que allí María
Al héroe encumbra que en su fe confía.

¡Ay de los hoscos hijos del desierto
Que en alas vienen de sangrientas iras!
Tu gloria, Líbia ardiente, en polvo yerto
En las Navas trocarse presto miras.
Gime tu mengua allí, gime el ya cierto
Fin del imperio á que soberbia aspiras.
Á ti, del cielo Reina, á tí la gloria,
El lauro á ti de tan gentil victoria!

Tú lanzaste á la par los dos leones,
Que desde opuesta zona destrozando
De Mahoma las bárbaras legiones,
El Turia y Bétis á su voz temblando,
Cautivaron cien árabes pendones.
Campeones de la Cruz, Jaime y Fernando,
¿Quién osa contra vos?... Su vil fortuna
Llore á par del Genil la Media-Luna.

Mas ni aun allí su ignominioso llanto
En paz descenderá. Sus breves dias
El reino de Alhamar ve con espanto
Huir entre oprobiosas agonías.
Huye, torpe Boabdil. El leño santo
Ya reina de Granada en las impías
Mezquitas de tu Dios. Libre es ya España,
Como el sol que su frente en rayos baña.

¿Con mengua de la Cruz, áun arrogante
Su sangriento orifiama alza el escita?
¿Por qué temblais? Sobre el bajel triunfante
Flota del héroe de Austria la bendita
Enseña de Miriam. ¡Ay del pujante
Hijo de Alá, cuya ambicion no ahita
En Lepanto morir verán las olas,
Al fulgor de las glorias españolas!

¿Qué más lauros aún á la corona
Entretejes de España, Madre augusta?
Nuevo mundo, al través, régia patrona,
Del piélago sin fin que al nauta asusta,
Descorres á su afan; allí pregona
Tu nombre el español que sobre adusta
Cumbre planta la Cruz; y el mundo absorto
Temió nuestro poder de Ocaso al Orto.

Tú alentaste á Colon. Tú del ardiente
Cortés rendiste so la heróica mano,
Del noble Azteca la encumbrada frente,
Y la pompa del fausto mejicano.
Y el cetro de los Incas prepotente,
En polvo hundido bajo el cetro hispano,
Prostérnase á la cruz, rico tesoro
De más valia que sus montes de oro.

De mar en mar con su atrevida quilla,
Retador del océano iracundo,
Audaz al orbe Elcano maravilla,

Por vez primer la redondez del mundo
Midiendo en frágil leño. ¡Oh sin mancilla
Celeste Emperatriz! ¡Con qué profundo
Fervor ante tu altar vuelto de hinojos,
Conchas de ignoto mar da por despojos!

Y en tanto que su carro victorioso
Por el mundo á sus plantas prosternado
España ve rodar, ¡cuán aromoso,
De ascetas y de santos coron ado,
Verjel al cielo ostenta! ¡Cuán glorioso
Frutos de santidad da fecundado
Por el vivido aliento de María
Tu suelo en glorias fértil, patria mia!

¡Oh heroico peregrino de Manresa,
Padre de atletas mil! ¡Oh tú, divino
Juan de la Cruz, que el sacro amor do presa
Gime el alma, cantaste en plectro digno!
Bienhechor Calasanz, noble Teresa,
Que á la cumbre del cielo diamantino
En alas de oracion subes las almas!
Trofeos de Miriam son vuestras palmas.

¡Fúlgidos timbres de eternal memoria!
Tuyos son todos, divinal María;
Llena está de tu luz la hispana historia,
Muda, opaca sin ti, sin ti sombría.
Cantan los vates tu esplendente gloria,
Tu nombre dando esmalte á la poesía:

Y el pincel de Murillo toda pura
Al mundo muestra absorto tu hermosura.

¡Oh! canta, invicto pueblo, con acento
De entusiasmo y de amor arrebatado,
Con tus ecos llenando el firmamento
Y el orbe con tus glorias deslumbrado,
Canta á tu Reina que del almo asiento
De soles á sus plantas desplegado,
Vela por ti con sin igual ternura,
Y tus lauros y dichas asegura.

Broquel de salvacion, luz de esperanza
Es ella para ti.— Raza extranjera
Desde el rudo Pirene se abalanza
Cual bandada de tigres, y altanera
Al leon oprime con feroz pujanza.
¿No hay ya los héroes que la patria espera?
¿No hay ya quien lanza ponderosa vibre,
Y del torpe invasor á España libre?

Tiemble el déspota corso que escarnece
Tu fe, y las aras de Jesus profana.
Dios lucha á par de ti. Ved cual fenece
En Bailen su poder, su gloria vana,
El coloso del siglo se estremece,
Su furia en balde acrecentando insana.
Tu le heriste en el pié, y en Santa Elena
Caido llora su afrentosa pena.

¡Oh patria de los héroes, patria mia!
¡Cuán grande por tu fe resplandeciendo,
Cual deslumbrante sol en claro dia,
Brilla tu gloria sin cesar creciendo,
Reflejo de las glorias de María!
¿Aun rudo bereber, aun el tremendo
Sectario del Coran, con planta aleve
Tu invicto pabellon á hollar se atreve?

Tú le irás á buscar en sus guaridas,
Tú rompiendo ancha ruta en la espesura,
Quebrarás sus gumias homicidas,
Y en Vad-Ras y en Rabat la cruel bravura
De las hordas postrando endurecidas,
Nuevos rayos tu sien ceñirán pura.
Rendirse á tu furor¡ débiles vallas!
Tetuan ve con espanto sus murallas.

¿Quién tu indómito brio y libre fuero
Ultrajar osará con torpe planta?
¿Quién tus timbres ajar, miéntras de acero
Su invicta egida tu patrona santa
En torno á ti suspende? ¡Oh noble ibero!
Tantas dichas y lauros, gloria tanta
Rinde humilde á sus piés; do quier resuenen
Himnos de amor que el universo llenen.

Madre augusta de Dios, Reina del cielo!
Horrenda tempestad sobre tu España
Hora brama otra vez. Tiembla su suelo,

Tus aras desplomándose á la saña
Del ímpio que se goza en nuestro duelo.
¡Piedad, Mádre de amor! La furia extraña,
Que el Tártaro abortó, huelle tu planta...
Salva tu antigua grey, Pastora santa.

Alongos, Mayo, 1872

# A Jesucristo en la Cruz.

Miradle! En yerto leño
Espira el Hacedor! La turba impía,
Al soberano dueño
Que los planetas guía,
Hiena hambrienta, escarnece en su agonía.

Dura y punzante ciñe
Guirnalda de dolor la régia frente;
Purpúreo licor tiñe
El árbol do inocente
Muere, mártir de amor, Númen potente!

¿Qué ley, qué ley ¡oh abismo

De insondable piedad! á cruz te entrega,
Pródigo de Ti mismo?
¿Qué duro amor te ciega,
Que en tu fecunda sangre el orbe riega?

Mil mundos, de tu llanto,
Mil mundos á lavar basta una gota.
¡Y Tú, del orco espanto,
De amor la valla rota,
Tu sangre toda das que el hombre agota?

¡Oh triunfo peregrino!
¡Oh sin límite Amor que en firme alianza
Con el Poder divino,
Su vuelo á par de él lanza,
Y vencedor con él, morir alcanza!

Bajad absorto el vuelo,
Querubes del Eden. Pobre gusano
Del cenagoso suelo,
¿Tanto el feliz humano,
Tanto cuesta al empíreo soberano?

¿Quién hay que no se asombre?
¡Oh Dios, del ángel gloria, convertido
En fábula del hombre!
¡Oh Sol oscurecido!
¡Oh por esclavos Rey de amor perdido!

¿Y criminal no aprende

Aun á amarte de Adan prole deicida!
¿Y bárbara te ofende,
Y en loco error perdida,
Lejos busca de Ti salud y vida?

¡Mísero yo! que ingrato
No ménos te ofendí! De tus sayones
¡Ay! émulo insensato,
Con ásperos baldones
Pagué de tu bondad sin fin los dones.

¡Perdon, perdon al reo,
Que, escudado en tu cruz, gime de hinojos!
En ella mi deseo
Clava, y á par mis ojos,
Con el alma rebelde por despojos.

Por mí sangriento pendes
En leño de dolor; por mí llagado,
Los tiernos brazos tiendes,
Y el seno desgarrado
Á penetrar me llama enamorado.

Héme á tus piés, Dios bueno,
Héme en ayes rompiendo enternecido.
¡Ah! reina ya en mi seno,
Oh celestial Ungido,
Que reinas en la cruz escarnecido.

Alongos, Enero, 1873.

# Dies iræ, dies illa....

(Traduccion.)

---

¡Dia, dia de horror, cuando en ceniza
Yerta se torne el mundo,
Segun el regio vate profetiza!

¡Qué espanto caerá sobre el humano,
Al bajar tremebundo
El Príncipe á juzgarnos soberano!

La trompeta son lúgubre lanzando

Irá de tumba en tumba,
Á todos ante el trono convocando.

Pasmaráse la muerte, cuando yertos,
Al eco que retumba,
Vivos saldrán á responder los muertos.

El libro entónces mostraráse escrito,
El viejo libro en donde
Tus crímenes están, mundo precito.

Al sentarse el Jüez que el mal condena,
Patente cuanto esconde
La tierra, quedará: nada sin pena.

¿Dónde ¡ay, mísero! huiré del trance duro?
¿Á quién iré con llantos,
Si apena entonce el justo está seguro?

Rey de eterno poder, que por Ti mismo
Guareces á tus santos,
Sálvame, por piedad, del hondo abismo.

Del Gólgota por mí la amarga vía
Seguiste fatigado.
¡Piedad, clemente Dios, en aquel dia!

Corriendo en pos de mí, te vi rendido;
En cruz por mí clavado.
¿Será que tanto afan vano haya sido?

Baje ya tu perdon, oh Juez supremo,
Al criminal contrito,
Antes del dia de furor que temo.

Reo soy ¡ay de mí! Tiñe el semblante
La grana del delito.
Acoge, oh Dios, el ¡ay! del suplicante.

De Ti perdon la Magdalena alcanza,
De Ti ladron dichoso;
Infunde en mí tambien santa esperanza.

Digno ¡ay triste! no soy de tu amor tierno;
Mas ¡ah! Padre bondoso,
No me dejes arder en fuego eterno.

Á tu diestra lugar con tus ovejas
Dame, por Ti felices,
No con réprobos ¡ay! que de Ti alejas.

¡Ay del precito que al eterno fuego
Rechazas y maldices!
Con tus dichosos llámame, te ruego.

Deshecho el corazon como ceniza,
Heme á tus piés gimiendo...
De mi carrera el término suaviza.

¡Oh dia de pavor en que el humano,
Del polvo resurgiendo,

Trémulo aguarde el fallo soberano!

¡Ay del culpable allí! Dios bondadoso,
No le hiera tu mano;
Danos contigo á par dulce reposo.

Lebosende, Marzo, 1873.

# A la Vírgen María.

Amor, tierna arpa mia,
Amor tus cuerdas trémulas vibrando,
Al trono de María
Alce tu dulce son, tu acento blando.

Entre luceros brilla
La luna sin rival. Tú entre los santos,
Oh Vírgen sin mancilla,
Deslumbras con tus célicos encantos.

¿Quién como tú galana,
Flor que en el seno de Jehovah se mece,

Y en perennal mañana
Con esencias balsámicas florece?

Con astros rutilantes
Engarza el cielo tu inmortal corona,
Y en sistros resonantes
Tu amor y gloria el querubin pregona.

Tú sola eres espejo
Do sin sombra contempla Dios su imágen,
Sin que su fiel reflejo
Jamás las sombras de la culpa ultrajen.

Ya entre tus brazos niño,
En tu cándido cuello pudoroso
Recline con cariño
Su faz tierna el Altísimo amoroso;

Ya en tenebroso dia,
Desde infame patíbulo, en sus ojos
Mirada de agonía
De los tuyos reciba, en llanto rojos;

O del sepulcro yerto
Vencedor, á la par del soberano
Padre, inmortal concierto
De esferas rija con potente mano;

De Madre el dulce nombre
Tú sola escuchas de Él. Solo en tus palmas

El cetro del Dios-Hombre
Brillando, enfrena el mar, rige las almas.

Postra, oh mundo, la frente
Ante tu Reina que el empíreo acata,
La Vírgen que potente
Las huestes del averno desbarata.

No como á Reina solo,
Como á Madre tambien, raza de humanos,
Rendid de polo á polo,
Rendidle el corazon á par ufanos.

¡Oh divinal ternura!
¡Oh amor, profundo amor del sumo Padre,
Que en su invisible altura
Por Madre al hombre da su propia Madre!

¡Mil veces venturosa
La estirpe terrenal! ¿Qué don el cielo,
¡Oh Reina poderosa!
Demandado por ti, negará al suelo?

Tú las pesadas mallas
Rompes do el pecador cautivo inerte
Yace; tú en las batallas
Del justo contra el mal, le escudas fuerte.

Cante tus glorias vivo
Náufrago que á tu voz sueltan los mares,

Y el gemidor cautivo
Que á saludar, por ti, torna sus lares.

Egida del humano,
Del errante viador grato consuelo,
¿Cuándo á tus piés en vano
Gimió jamas el mísero en su duelo?

No el ave que so el ala
Sus polluelos solícita recoge,
A tu ternura iguala
Que bajo regio manto nos acoge.

¡Qué de veces clemente,
Cuando el rayo vibraba amenazante
Sabaoth contra mi frente,
Tus manos por broquel tendiste amante!

Cuando flotando inquieta,
Sin centro, en soledad vagaba el alma
Tras ignorada meta,
Tú de la cruz al pié le diste calma.

¡Oh norte! oh luz! oh vida!
¡Oh lucero inmortal de bienandanza!
A tu region florida
Guia, guia el bajel de mi esperanza.

Si tras falaz reflejo,
Turbios los ojos, deslumbrado un dia,

¡Ay! vieres que me alejo,
Del faro salvador que al Eden guia;

Alumbre vivo rayo
De tu mística luz mi torpe mente,
Y vuelto del desmayo,
Rápido bogue á tu mansion luciente.

Nunca otro nombre aclame
Que el tuyo al son de mi discorde lira,
Ni el corazon inflame
Más que la llama que tu amor inspira.

¡Dichoso si á tus plantas,
Soberana inmortal á quien adoro,
En tus cadenas santas
Aprisionado en fin, mis culpas lloro!

Mi lira con sus cantos,
Mi seno con su amor, con su alegría,
Mis ojos con sus llantos,
Todo rindo á tus piés, dulce María.

Cuando la turbia raya
Del tiempo á trasponer próxima, gima
El alma, y á caer vaya
De eternidad incógnita en la sima;

Y bajo el grave peso
Del cieno de sus crímenes temblando,

El corazon opreso
Tu dulce nombre invoque suspirando;

Ampárame, oh María,
Tu manto maternal flotando vea
En torno el alma mia,
Y libre del abismo por ti sea.

Alongos, Julio, 1873.

---

# A la Resurreccion del Señor.

Rásgate, roca inerte,
Que bajo el peso de tu mole dura
Escondes al Dios fuerte.
La vida se apresura,
Ya de vuelta, á triunfar sobre la muerte.

Tiembla, tiembla, medroso
Guarda del Sanedrin, ante esa tumba.
Querube fulgoroso
La lápida derrumba,
Retumbando en redor son pavoroso.

¿Dó está? ¿Dó está?... Vacía
Honda la peña veis... ¿Qué de la yerta

Víctima que la impía
Plebe, de amor desierta,
Abrevaba de hiel en su agonía?

Triunfó. Perenne vida
Le acompaña feliz; eden de gloria
A gozo le convida.
¿Dónde ya tu victoria,
Madre infausta del mal, sierpe homicida?

Triunfó. Tu dardo rudo
Embota, oh muerte, en esa ungida roca,
De hoy más, del hombre escudo;
Que en ella en vano choca,
Sediento de dolor, tu hierro agudo.

Los ámbitos medrosa
De tus criptas, en fin, verás desiertos,
Do en vano hambrienta fosa
Guarda los huesos yertos
So el peso abrumador de inmoble losa.

¡Loor al Soberano,
Invicto triunfador del orco horrendo!
Por ti, feliz humano,
Por ti rompió, muriendo,
Del déspota infernal el cetro insano.

Alpongos, Febrero, 1875.

# La Descension al Limbo.

A MI RESPETABLE É ILUSTRADO AMIGO

**D. MANUEL SANCHEZ ARTEAGA,**

ARCEDIANO DE ESTA S. I. C.

¿Quién es, quién es el que de luz radiante
Ceñido, rasga las impuras sombras
De los antros de horror, sin que le espante
Llama y luto do quier?
Centellando en sus lóbregas honduras
Mira el Averno con espanto el dia,

Y en sus cavernas tétricas, oscuras,
El gozo asomar ve.

—

¿Quién es el que desciende, al viento dando
La régia veste de zafir y de oro,
De fragancia balsámica inundando
La lúgubre region?
Divino es su mirar, fúlgido y bello
Su rostro más que el sol que nubes dora,
Su rostro do grabar fugace sello
La muerte en vano osó.

—

Enmudece el abismo: los feroces
Ministros de Luzbel yertos dejando
Callar los yunques del tormento atroces,
Atónitos se ven.
¿«Quién es, prorrumpen, el que audaz traspasa
Insalvable el dintel de estas honduras,
Y turba con su luz de nuestra casa
La eterna lobreguez?

—

«Aquí sombras y lágrimas y duelo,
Aquí crujir de dientes y de llamas,
Aquí eternos quebrantos sin consuelo,
Aquí ronco gemir.
¿Qué pide en la mansion de la tortura
Quien aromas y luz difunde en torno,

Quien blando gozo en su semblante augura,
Quien paz lleva tras sí?

—

«¿Cómo á los antros del gemir eterno
No tiembla en descender? ¿Qué oculta egida
De la estridente llama del averno
Escúdale al pasar?»
Así con hueca voz, de terror llenos,
Rugen, en tanto que de luz ceñido,
Rompe el celeste paladin los senos
Del báratro fatal.

—

Girad, puertas inmóviles, sombrías,
En los mohosos goznes rechinando:
Girad: luzcan en fin plácidos dias
Á tétrica region.
Y en tanto que el doliente laberinto
Eternos ayes de amargura nublan,
Inunde en claridad sacro recinto
La faz del Salvador.

—

Crujen los férreos gonces. ¡Qué torrente
De desusada luz la estancia inunda
Do el coro de los justos impaciente
Aguarda al Rey de paz!
¡Qué cántico de júbilo resuena!
¡Qué atónitos, en Él fijos los ojos,

Al Rey contemplan que de gozo llena
Su yerta oscuridad!

—

El dulce fruto del raudal de llanto
Con que regó del suelo los abrojos,
¡Ay! fecundo por él en duelo tanto,
Adan aguarda allí.
Precoz palma de mártires vibrando,
Primicia infausta del rencor del hombre,
¡Qué de siglos Abel allí clamando,
Suspira, oh Dios, por Ti!

—

Tú que los restos de humanal linaje
Salvaste sobre el mar, tumba del mundo,
«¿Cuándo—exclamas tambien—será que baje
Á nosotros la luz?
¿De qué sirve, Señor, que ya no errante
Divague por océano infinito,
Si entre sombras aquí gimo anhelante,
Aquí do no estás Tú?»

—

«Señor—prorrumpe Abram—que grato asiento
Orillas del Jordan diste á mi prole,
¿Dónde ¡ay! la patria de eternal contento,
Tu célico pensil?»
«¡Ay! tiéndenos, buen Dios—Israel exclama—
Tiende la escala que piadoso un dia

Encumbraste ante mi; sea quien te ama,
A tus plantas feliz.

—

Y el vate de Salem tierno lamento
Arrancando al laud, pios loores
Entre suspiros alza al firmamento
Que mira con afan.
¡Qué de cantos, plegarias y suspiros
De profetas y vírgenes amantes,
Al solio de Adonái, tras raudos giros,
En alas de amor van!

—

Cesad, cesad en fin. Plácido canto
Unánime retumbe de alegría.
¿Radioso descender Príncipe santo
Vestido en luz no veis?
Él es, Él es, el Redentor glorioso,
Vencedor del abismo y de la tumba,
Que en el giro de edades nebuloso
Anhelasteis por ver.

—

Subid, felices almas....¡ Cuán hermoso
Desciende vuestro Rey! ¡Oh dulce abrazo,
Que en lazo estrecho al celestial Esposo
Os une ya sin fin!
Subid, en pos subid del que en la altura
En vena os hartará de vivo gozo...

Desierta yazga la region oscura
Do suspirais ahí.

—

Los llantos de expiacion que vuestros ojos
En tierra luengas noches escaldaron,
De contricion los ayes, los abrojos
Que hirieron vuestros piés;
Todo cual niebla huyó. Grata sonrisa
Eterna alegrará vuestro semblante,
Aspirando de amor vívida brisa
En celestial verjel.

—

Subid en pos del adalid triunfante,
Que el reino despoblando de la muerte,
Sus víctimas arranca al arrogante
Monarca del dolor.
Ledos blandiendo victoriosa palma,
En régios tronos de marfil os brinda,
De su solio en redor, eterna calma
El Dios de Sabaoth.

Alongos, Marzo, 1875.

# SONETOS.

## El murmurio del bosque.

Juega el aura, susurra estremecido
El soto en derredor; grato embeleso
El alma aquí aprisiona: á cada beso
Del viento, exhala el bosque hondo gemido.

Ya semeja oracion, ora quejido,
Que sordo escapa á corazon opreso;

Genio que gime entre las auras preso,
Suspirando tal vez por bien perdido.

Lo escucho, me embebece, me extasía,
Penetra al corazon voz misteriosa...
¿De mundo no mortal es la armonía?

Yo lo ignoro; mas lánguida, ardorosa,
Flota, vuela, suspira el alma mia,
En pos del almo Eden que busca ansiosa.

Santiago, Junio, 1858.

---

# Razon y Fe.

¿Veis diáfana flotando cual madeja
De chispas, esa nube que el sol dora?
El astro hundióse ya; deslumbradora
Su claridad allí viva áun refleja.

Orla del regio manto que el sol deja,
Oro, nácar, rubíes atesora...
Mas ¡ay! ¿veis cual fugaz se descolora,
Cuando el rey de la luz, en fin, se aleja?

¡Oh Fe, del alma sol, astro divino!

¿Qué es la humana razon que audaz se encumbra,
Si tu luz de su cénit desparece?

Negra nube que aun dora el vespertino,
Postrer rayo del sol; grata penumbra,
Que en la noche del mal presto fenece.

Pontevedra, Octubre, 1859.

# A María Inmaculada.

¿Quién es ésa que cruza la llanura,
Cual lirio bella, más que el cedro airosa,
Fuerte cual escuadron, más candorosa
Que el nácar y jazmin del alba pura?

¿Quién es la que rompiendo la ley dura,
Que, hijos de maldicion, en tenebrosa
Cárcel nos encadena, éra preciosa
De amor y libertad al mundo augura?

Cantad, ardientes ángeles del cielo,

En sistros de marfil, la más perfecta
Obra que esculpe del Criador la mano.

Subid, himnos, á par, del bajo suelo...
Sin mancha sola tú, Vírgen electa,
Del cielo eres placer, luz del humano.

Alongos, Noviembre, 1870.

# A Jesucristo en la Cruz.

¡Oh de espinas llagada régia frente,
Ante quien nubla el sol sus resplandores!
¡Oh abierto corazon, nido de amores!
¡Oh labios sin carmin, de dulzor fuente!

¡Oh taladradas manos que el potente
Cetro empuñan del cielo! ¡Ah! Por traidores
Clavadas os contemplo, y sin fulgores
De tus ojos la luz, astro muriente.

¡Y espirando de amor por mi te miro,

Dulcísimo Jesus, y no me ablando!
¿Y áun brisas de placer mundano aspiro!

¿Cómo ¡ay Dios! en tu muerte contemplando,
No estalla el corazon? Tardo suspiro
Brota, alma mia, tu maldad llorando.

Alongos, Diciembre, 1870.

# POESÍAS GALLEGAS.

# A Primaveira.

De longas faixas de bermello lume
Arrodeado o ceo,
Alá por riba d' o pelado cume
Reloce d' ouro cheo.

Sái logo leda, celestial lumieira,
Rube d' o monte logo;
Fosca t' agarda a natureza inteira,
Que vive d' o teu fogo.

Írguete eixiña en lostregante roda
De lume, pai d' o dia,

O val y-o souto y-a ladeira toda
Henchendo d' alegría.

De grama agarradeira o verde prado
Xa veste o fondo leito,
Y-amostran as pavieiras coroado
De frores rubio teito.

D' os sulcos á caron que abríu a rella,
Roxean as mapolas,
E d' o valado ó pé con muda crella
Olla asconders' as violas.

Fuguiu por fin d' os nosos hourizontes
O perguiceiro frio,
Nin a neve branquexa alá n-os montes,
Nin néboas hai n-o río.

D' os coallados regueiros as cadeas
O sol desfai, e soltas
Po-lo lameiro as augas van vereas
Rompendo con cen voltas.

Xa con brancas escumas cán rodando
D' o cima d' os outeiros,
Xa caladas antr' herbas esbarando,
Batuxan os salgueiros.

¿Non vedes dando voltas a anduriña,
Que xa volveu, y-a trabe

Y-o teito mesmo onde decote aniña,
Con firme istinto sabe?

Con leda sorte ti chegues, viaxeira,
Que atras deixach' os mares;
Abertos pra ti están, mansa caseira,
Abérto-los meus lares.

D' o pecho castiñeiro en grosa pola
Rouca, rouca se queixa,
Sempre n-un mesmo son, coitada rola
D' o par que lonxe a deixa.

Mais ¡cál cantan alegres a alborada
Os tinques e xilgueiros,
Con pruma pendurándose pintada
N-as puntas d' os lidueiros!

E ti canta tamen, bardo d 'a noite,
Honor d' a primaveira;
Que o campo todo, rousiñol, escoite
Tua aria feiticeira.

¡Qué mainos voan po-lo souto os ventos,
N-as polas enredando,
Cousas falando en doce voz contentos,
Y-as follas abanando!

¡Ai, qué rica mañan de primaveira!
¡Qué campos tan froleados!

¡Qué ceyo tan azul sin neboeira!
¡Qué verde touza e prados!

¡Cál os ollos feitizas, miña aldea!
¿Pra qué loucos buscades,
Con alma d' enquietude sempre chea,
O ouro d' as ciudades?

Ó campo, ó campo vinde, onde de coitas
O curazon valeiro,
Entre traballos e fatigas moitas
Ten gozo duradeiro.

Olla alegre aldean, car' os enxidos,
De páis e avós herdados,
A aguillada n-a man, os bois xunguidos,
Cal leva emparellados.

¡Con qué calma tras d' iles vai rubindo
De paz e de fe cheo!
Mais ¿vedes cal a frente descubrindo,
Os ollos ergue ó ceo?

Alá por riba d' o folloso souto
Erguéndose branquexa,
Cal pomba d' alas níveas, n-o picouto
A nosa vell' airexa.

A campana falou; d' o novo dia
A lus feliz pregoa,

E saudando n-os ceos á María,
N-o fondo val resoa.

¡Feliz, labreixo, ti, que con fe pondo
Os ollos n-o alto ceo,
Si sobra d' herdá non, paz tes abondo
E xúbelo n-o seo!

Bendita ti, campana, que á María,
Despois qu' a aurora chega,
Saúdas, y-o rayar o mediodia,
Y-o vir a noite cega.

¡María! dulce frol d' a primaveira
D' o Eden, decote santa,
Alba d' o novo sol, rosa primeira
Qu' o paraíso incanta.

María, sol d' amor, fai qu' en min creza
Xardin de vivas frores,
Xardin de frores que decote ofreza
A Dios cález d' amores.

Ti, Virxen celestial, que nunca negas
Follaxe novo ás polas,
Nin grama ó campo, nin ás nosas vegas
Adalias e mapolas;

Fai piadosa tamen que n-a alma miña
Renaza a primaveira;

De toxos chea está, de dura espiña,
De frores ¡ai! valeira. (1)

(1) Esta composicion es anterior en muchos años á la castellana sobre el mismo asunto (pág. 165), la cual puede mirarse como traduccion de la gallega, aunque hecha con la libertad propia de quien dispone de lo suyo.

# Stabat mater dolorosa &c.

(Traduccion gallega.)

---

Inmobre ó pé d' a crus, triste e chorosa
Estab' a amante nái, cravado vendo
O fillo, úneco ben.
De loito cheo o curazon, xemendo,
Con dura espada d' amargura a y-alma
Atravesada ten.

¡Ai, qué soila é qué triste e sin consolo,
D' o Unixénito a nai predestinada
Se víu n-a sua africion!
¡Con qué agudo pesar atreboada,

Sospiraba, tremia, os ollos pondo
D' o fillo n-a pasion!

¿Qué curazon de marmo non chorara,
Vendo a nai de Xesus coita tan dura
Sufrir en tanto mal?
¿Ollar alguen poidera sin tristura
A nai amante que de par d' o fillo
Padece dór igual?

Po-las culpas d' os homes aldraxado
Con bárbaros azoutes y-afrixido
Mirou ó seu Xesus.
O seu fillo d' amor mirou ferido,
Deixado po-lo ceo e po-los homes,
Morrendo n-unha crus!

Esconsolada nai, fonte d' amores,
Fai qu' eu sinta teu dór y-a coita tua,
Pra cuntigo xemer.
Fai que o meu curazon tod' a ansia sua
En Dios fixando, n-o seu santo fogo
D' amor se vexa arder.

Pon xa, bendita nai, pon n-o meu seo
Grabáda-las de amor fondas feridas
Que quixo Dios sufrir.
Tantas penas por min ¡ai! padecidas,
Tantos axes n-a crus, dame qu' eu pódea
C' o fillo compartir.

Fai qu' en vágoas nubrádo-los meus ollos,
Compadezan de Cristo a morte dura
Méntras eu vexa a lus.
Decote acompañarte n-a amargura,
Decote, nai, cuntigo soilo quero
Vivir ó pé d' a crus.

Vírxen, d' as virxes todas a mais pura,
Non á ouirme te negues; miña groria
É cuntigo chorar.
Fai qu' escrita pra sempre n-a mamoria
A morte de meu Dios, n-ela por sempre
M' afaga á contemprar.

D' isas feridas d' il, ferido eu sea,
Y-abrazado á sua crus, miña esperanza
E gozo alcontr' elí.
Y-en seu amor ardendo á tal lembranza,
N-o dia d' a final, estreita conta
Escudo hach' eu en ti.

Fai qu' isa crus onde trunfou d' o abismo,
De broquele me sirva; e d' il a morte
Vida sexa pra min.
Cand' o corpo se rinda á comun sorte,
Fai qu' a y-alma n-o Eden de paz outeña
Felicidá sin fin.

Orense, Noviembre, 1867.

# O Sol salutis intimis &c.

(Traduccion gallega)

---

Sol de vida, Xesus, n-as nosas almas
A tua lus acende,
Cal, as tréboas fuxindo, novo dia
Pr' a terra nace alegre.

Dándonos dias d' espiaceon, Dios santo,
Laven ardentes vágoas
D' o curazon a vítima, e n-o fogo
D' o teu brando amor arda.

Se d' o santo delor a vara toca
D' o peito a laxa dura,

Rios de vágoas correrán d' a fonte
Onde naceu a culpa.

Teu dia chega xa; dia que todo
Con nova frol renace,
Renazamos tamen ¡ai! nos volvendo
A Ti, sol de bondade.

A ti, cremente Trinidá, postrado
Adore o mundo todo;
E nos con novo curazon cantemos
Cantares tamen novos.

Orense, Abril, 1868.

# Miserere mei, Deus, &c.

(Traduccion gallega.)

¡Piedá, piedá, meu Dios! A voz escoita
Namais d'a bondá tua;
Ti, mar sin fondo de piedades, lava
As miñas negras culpas.

Lávame mais, e tantas manchas borra,
Cebo pr' os teus furores;
A miña iniquidá ben ¡ai! coñezo,
Que contra min da voces.

¡Ai, contra Ti pequei! Diant' os teus ollos
¡Qué de maldades figuen!

Xustos, xustos serán os teus degredos,
Dios santo, si me fires!

En pecado nacin, olla qu' en culpa
De nai fun concebido;
Ti amache-la verdá, Ti de quen souben
Teus misteiros temidos.

Baixe cal doce orballo á min tua gracia,
Y-a alma verei pura;
Lavarásme, e de par de min a neve
Terá ménos brancura.

Miñ' alma alegrarás, trembarán ledos
Os osos magoados.
Disvía d' os meus erros os teus ollos,
Maldá tanta borrando.

Un corazon ¡ai Dios! dame sin mancha,
Qu' en fogo teu s' acenda;
Drento asopra di min espritu novo,
Qu' en santidá froleza.

Non d' os teus ollos, de cremencia cheos,
Me botes sin piedade;
Y-o espritu teu de santidá non fuxa
De min, porqu' errei antes.

O gran xúbelo meu, o gran consolo
D' o Salvador me vulve,

E co' as augas d'a gracia poderosas
Eu crécea n-as virtudes.

A os malos mostrarei os teus camiños,
Quezayes á Ti tornen.
Non mais sangre, meu Dios, deixes qu' eu verta,
E cantarei teu nome.

Ti me despegarás, Siñor, os beizos,
Qu' o teu poder pregoen;
Mil vítimas traerei, si che son gratas,
Mais non, se-lo non poden.

Unha alma atreboada,... isa é a hóstea
Que Ti, meu Dios, cubizas;
Un corazon de door e humildá cheo
Non-o de Ti disvias.

Verte, Dios meu, de bendicións a copa
Sobre de Sion bendita,
Y-erguer Xerusalen seus altos muros
Olle contenta eixiña.

Enton acetarás vítimas xustas
E santos holocaustos;
Enton n-o teu altar porán piadosos
Xuvencos mil cebados.

Alongos, Diciembre, 1868.

# A Xesus.

A Ti, meu Dios bondoso,
A Ti, meu curazon, drento fervendo,
O voo ergue fogoso,
N-o teu seo amoroso
Cubizando pousar, teu sempre sendo.

Ti soilo, Dios bendito,
Ti sexas noso amor. ¡Ai! qu' inda vexo
Sobre d' o pau maldito,
Con roxo sangre escrito,
D' o noso ben e groria o teu desexo.

E véxote cravado,
E n-a frente diviña atrós coroa,
Y-o corpo ensangrentado,
Y-o labio en fel mollado,
Y-o látego feroz inda resoa.

¿E poiden, Dios cremente,
Contra Ti poiden eu empedernido
Erguer soberbia frente?
¿Poiden con tola mente
A Xesus aldraxar por min ferido?

¿É Ti, tras d' erro tanto,
A quen tuas leis crebou, darlle poideche
O teu perdon, Rei santo?
¡Ai! pranto, amargo pranto
Dame, Siñor, que á de Betania deche.

¡Qué tarde ¡ai triste! agora,
Que ó seu ocaso cai o sol d' a vida,
Meu curazon t' adora!
¡Qué tarde a y-alma chora
O tempo que sin Ti vagou perdida!

¡Ai Dios! ¿Torpe en adiante
Ingrato poderei inda ofenderte?
Non sofras, Rei amante,
Non deixes qu' eu avante
Os valados d' a lei con pé reberte.

Fuxa pra sempre o sono
De morte en que vivin. En nudo estreito
Cuntigo, dulce dono,
Viva, y-eterno trono
Pra Ti sexa, Siñor, meu probe peito.

Orense, Octubre, 1869.

# A Virxen Santísima.

O MEU DON.

---

Nái diviñal, nai querida,
Qu' en trono d' ardente lume,
D' o ceyo reinas n-o cume,
Ond' o fillo d' a tua vida,

¿Quén coma ti? N-a tua frente
Brila d' estrelas coroa,
Que groria sin fin pregoa
E maxestá prepotente.

¿Qué podo eu, Virxen, á ti,
Cando debaixo d' os pés

Homildoso o mundo tes,
Ofrecer rendido eiquí?

¿Pelras quezayes ti queres
Arrincadas su d' a fonda
Auga d' o mar de Golconda
Pr' a vanidá d' as mulleres?

¿Queres diamantes, meu ben,
Ou huchas de prata e ouro,
Onde avarento rei mouro
O curazon posto ten?

Tua a redondez d' a terra,
Teus os mares, teus os montes,
C' os seus longos hourizontes,
E cant' o mundo en sí encerra.

Teu o pabellon d' estrelas
Que ós ollos t' encobre meus,
Y-os pazos d' o ceyo teus,
Onde loces ti mais qu' elas.

¿Qué ch' hei dar eu que n-o chao
M' arrastro cal verme en lodo,
Eu que agardo de ti todo,
Erguendo valeira mao?

Mais ¿qué digo? ¿Aos homes pides
Outro ben c' o curazon?

¿Pides cecáis outro don,
Ou seus tesouros ti mides?

Reina d' a groria, eiquí tes
Canto drento di min hai;
Meu curazon, santa nai,
Rindido poño ós teus pés.

¡Ai! Sin virtudes, sin frores
Eu ch' o dou; fai que froleza,
Nai amorosa, e que creza
A rosa d' os teus amores.

Fai que vivo lume acenda
A neve d' o peito fría,
Pra que contento che dia,
Dulce nai, mais nobre ofrenda.

¡Quén curazós mil tivera,
Virxen d' amor, con qu' amarte!
¡Quén n-o salterio cantarte
D' o rei de Salem poidera!

¡Benia as arpas namoradas
D' os serafis que n-o ceo
Teu nome soan arreo
Su d' as bóvedas douradas!

Alongos, Noviembre, 1871.

# Arrepentimento.

¡Probe y-alma, probe y-alma,
Sempre tola, sempre cega,
Vento que nunc' asosega,
Sin que saiba pr' onde vai;
Volvoreta que cen voltas
Arredor d' o lume dando,
Ven e vai, y-o fin chegando,
Alas queima, e morta cái.

—

¿Qué buscas cando t' espallas
Por rexiós d' ingano cheas?

¿Qué delirias, qué toleas,
D' eiquí voando pr' elí?
Como néboa o teu incanto,
Cal moxena a groria tua
Xa fuguíu. ¿Qué dór, qué crua
Espiña s' encrava en ti?

—

De bés e ilusions valeiro,
¡Probe curazon, cál chora!
¿N' hai consolo pr' el agora?
¿Non ten centro? ¿Non ten lus?
Vulve, vulve, alma que xemes,
Vulve á Dios, alm' afrixida;
Hái unha fonte de vida,
Que borbolla ó pé d' a crus.

—

Augas santas hai que limpan
Torpe bulleira d' o seo,
Ben cal as chuvias d' o ceo
Lavan o monte y-o chau.
Hai un Dios qu' antr' os seus brazos
Sempr' abertos, dá acolleita
A y-alma qu' en door desfeita
S' agarra d' a crus ó pau.

—

¿Cómo, bon Dios, cómo lonxe
De Ti, refulxente lume,

Grorias cobicei qu' en fume
Desfaguerse cedo vin?
¿Cómo puiden as leis tuas,
Que d' as almas son o norte,
Crebar, sedento de morte,
Teu faro lucindo en min?

—

¡Ai, meu Dios! Porto seguro
De saúde e de bonanza,
Faro vivo d' esperanza
Qu' alumea imenso mar;
Fai que volva, que á Ti chegue
Antr' as olas a nao miña,
Cal torna led' anduriña
N-a antiga trabe aniñar.

—

Soilo en Ti, d' as almas centro,
Soilo en Ti, vida d' a vida,
Pode a alma adurmecida,
Pode pousar sin temor.
Pouse en Ti, y-en Ti por sempre,
Cal o barco que s' aferra
Con duros dentes n-a terra,
Crávenm' áncoras d' amor.

Orense, Setiembre, 1875

# O miniño d' o ceo.

¡Ai lindo neno cal pecho cogollo
De rosa temprá!
¡Ai neno lindo cal branc' azucea,
Que maino bambea
O airiño d' o val!

—

N-as maus erguida de Nái feiticeira
Con brando surrir,
¡Cál te poupea, cál doce t' arrula,
Con canto de rula,
C' os ollos en Ti!

—

¡Ai nai bendita, que á bicos ch' enxuga
As vágoas de dór!
¡Dichosa Virxen que aperta n-o seo
Un neno d' o ceo,
Un neno qu' é Dios!

—

Cantan os anxes, reiciño d' o mundo,
Voando arredor;
Con alas d' ouro e xasmin rebulindo,
Hosannas dicindo,
Che tran paz e amor.

—

Miniño, durme... Meu sol, non mais vágoas
Che vexa cair,
Durme, que dias virán qu' ó teu xeito
Daráche a crus leito
Pr' abondo sufrir.

—

Mainas auguiñas d' a limpa fontela,
Ruxindo pasai;
Parleiras aves d' o souto folloso,
Con canto armoñoso
O neno arrolai.

—

Durme, santiño, co' a risa n-os beizos
De fresco alheli;
Iris teu rostro, surrindo, é pr' a terra,
Que paz pon n-a guerra,
Que o sol fai lucir.

—

Namentras dormes, fulxentes coroas
D' o célico eden
Tecendo os ánxes pra ti, neno lindo,
Baixando e rubindo,
Ch' as botan ós pés.

—

¡Ai, si por berzo folgarte quixeras
N-o meu curazon!
Ven ó meu peito... ¡Qué bicos, qué abrazos
Che dera antr' os brazos,
Meu rei, meu amor!

—

Calái, regueiros; piadeiros paxáros,
O bico pechai;
Ventos d' a touza, calai, que durmido
Xa o neno garrido
Quedou sobre a nai.

Orense, Setiembre, 1875.

# Santa Eufemia.

I.

¡Qué de sangre, nobre España,
De cristians o teu chan rega,
Sangre que fai novos santos
Cal herba nacer espesa!

Hastra ti tamen, Galicia,
Último confin d' a terra,
C' os seus bárbaros liutores
A croeldá de Roma chega.

Nove virxes mais garridas
C' a roxa frol d' a roseira,

Mais puras, mais candorosas
Ca ramiño d' azuceas;

En Bayona, antiga vila,
Qu' á beira d' o mar branquexa,
Nove hirmás diant' o pretore
Sin piedade presas levan.

—Quén sodes? ¿Cál é a vosa
Doutrina? —o pretor empeza.
—Fillas somos, Siñor, tuas,
Responden con inteireza.

—¿Qué dis?—con asombro escrama,
Os ollos cravando n-elas.
—Fillas, Siñor, somos tuas,—
Segunda ves lle contestan

—Tuas son—estonces dixo
Erguendo a voz, nobre vella:—
Eu son Sila; eu vin nacer
A lus d' esas nove estrelas.

¿Lémbraste cando en Bayona,
De vágoas e coitas chea,
Deixába-la dona en cinta,
Partindo pra longas terras?

Unha noite a Calsia tua
Deu á lus... ¿quén-o dixera?

Eu presente, nove soles,
Qu' eran, Siñor, nove nenas.

¡Nove nenas!... Receando
D' o vulgo inxusta sospeita,
Mandoume Calsia bota-las
Ás olas d' o mar famentas.

Non é de ferro a miña alma...
Lástima tiven e dein-as
A criar n-a mesma vila...
Olla qué lindas creceran.

Dubida o pretor ausorto,
Mentra o curazon latexa,
Se cal xoez as castigue,
Ou cal pai s' abraze á elas.

Calsia escoita ademirada
Os berros, n-a estancia entra,
Cóbrell' a cara a vergoña,
Mais o crime ela non nega.

—¡Fillas d' o meu curazon!—
Tenra botándose á elas,
Berra, e chorando, unha á unha
Descontr' o seo as aperta.

Manda o pretor botar fora
A xente, e co' as nove nenas

Pai e nai soilos quedando,
Ó seu cariño s' entregan.

—¿E por cristiás ¡ai de min!—
Añide o pai,—vos trán presas?
¡Vos disciplas de Xesus!
¡Vos d' esa infelice seuta!

—Non esí fales, meu pai,
Di sin demora a mais vella.
¿Qué mór ben ca ver lucir
D'a fe celestial lumieira?

¿Qué mór ben pr' as vosas fillas
C' as palmas d' o ceyo eternas?
¡Beni' as amas que co' a vida
D' o corpo a d' a alma nos deran!

—Malia a hora—di Catilio,
Arrincándos' as guedellas,—
Que un pai sin fillos ricobra
Nove fillas pra perde-las!

¿Y-hei de matarvos eu mesmo,
Cando lindas cal estrelas,
Vos ven brilar os meus ollos,
¡Ai de min! por ves pormeira?

Cando amor que non sintira
Nunca un pai, esperementa,

¿Ha sair d' a boca sua
Pr' os seus fillos morte fera?

Pai e xoez, ¿cómo podo
Fulmear morte contr' elas?
¿Cómo contr' as leis librar
A quen d' os dioses renega?

¡Ai! tornai, fillas, en vos,
Saide xa d' esa seuta
De brasfemos cuyo sangre
Tod' o chau d' o imperio rega.

—Nunca, pai quirido, nunca,
Por cumprir as leis d' a terra,
Crebarémos a lei santa
Qu' o celeste Rei inseña.

A Dios pormeiro c' os homes
É mester dar obedencia,
Y-hai outra vida imortal
Tras d' ista vida tarrea.

—¡Ira d' o ceo! ¿Intentades
Trocar voso pai en fera?
Caerédes; voso sangre
Tornará en lago as areas.—

Pero unha vágoa n-os ollos
D' o pretor se ve suspensa;

Calou; a nai sin consolo,
Chora, berra, s' esguedella.

En vao roga, bica, abraza,
Esvagoando, as nove nenas,
Firmes contr' as ameazas,
Firmes ós mimos cal penas.

Y-anqu' o curazon lles racha
Ver d' os pais a coita negra,
—Cristo é—din—o noso Dios,
A crus é nosa bandeira.—

Que n-unha estáncea pechadas
Queden, o pretor degreda.
—Pensain-o ben, disdichadas,
Pensain-o antes que amañeza.

Se as almas vosas de ferro
Outro acordo non domea,
Mañan, tras de mil tormentos,
Rodaránvos as cabezas.

II.

Hai unha áspora montaña,
Enrevesgada e sombriza,

Onde xavalis e lobos
Solasmentes tén manida.

N-un val non lonxe d' o monte,
Antr' os rios Caldo e Limia,
Cal pelra n-a fonda concha,
Relocia antiga vila.

¡Honra á ti, nobre ciudade,
¡Ai! de quen n-as vellas ruinas
Saltan as xenas e corzos,
Y-hastr' o nome se dubida!

¡Honra á ti, qu' o treato foche
Onde brilou a fe viva
D' a forte mártir Eufemia,
Crara estrela de Galicia!

Védea orando eli n-o monte,
Ond' as feras soilo aniñan,
Elí con Dios vive soila,
Elí seu corpo castiga.

Xuntas d' a carce ond' estaban,
As nove hirmás se fuxiran,
Xuntas de Bayona as nove
N-a escura noite sairan.

—Non premita Dios, dixeron,
Que aquil que nos deu a vida,

Maus sacrílegas enzoufe
N-o propio sangre d' as fillas.—

Fuxíron, esparexéronse,
Tras de tenra dispidida,
Mártires d' a fe, sillándoa
C' o seu sangre n-outras vilas.

Car' Ourense a virxe Eufemia
Soila os pasos incamiña,
Cruza cubizosas terras,
Chega ás orelas d' o Limia.

Pasa o rio, de quen Roma
O esquecimento temía,
Chega á ciudá que n-a falda
D' o Xurés frolece antiga.

Entra po-la escura serra
Que s' estende pecha e fria
Entr' as terras ourensás
Y-as d' o Portugal viciñas.

Entre penas e carballos,
Entre toxos escondida,
¿Qué busca tan tenra xóven,
Cal doce lirio entr' as silvas?

Busca á Dios, úneco amore
Que n-o peito seu aniña;

Busca á Dios con quen é dulce
A soedá mais esquencida.

Alí dobrando os xinollos
N-o chau cuberto d' urtigas,
Longas horas pasa orando,
Longas horas embebida.

¡Con qué croeldá ¡miña xoya!
Tecendo mollo de silvas,
Azouta o desnudo corpo,
E inocente sangre arrinca!

¡Qué de gracias Dios ll' infunde
Á solitaria bendita!
Cal froles ó campo, dalle
Mais virtudes cada dia.

## III.

¿Onde vai? ¿Onde incamiña
Os seus pés a filla nobre
De Catilio, qu' entre feras
Vive n-o escondido monte?

¿Qué aguillon o seu ritiro
A deixar por fin a move?

¿Élle pesada xa a crus
De penitencias que sofre?...

Novos ediutos d' o déspota
De Roma, por tod' o orbe,
Contr' os cristians pubricados,
Sementan vágoas e morte.

Ói Eufemia que n-a vila
D' o Xurés, con santo ardore,
Fortes entre mil tormentos,
Os héroes d' a crus socomben.

Deixa a áspora soedade,
Deixa o silencio d' o monte,
Y-en sagrado fogo ardendo,
Á vila con presa acode.

Ve cal morren cen discípulos
D' isa fe que xamais morre;
Ela esforzada os anima
N-o eculeo á manterse fortes.

Ben eixiña ti d' enxempro
Sirves tamen, virxen nobre;
Feros ant' o xuez t' arrastran,
Ameazándote con morte.

—¿Cómo queres, dill' Eufemia,
Qu' ises ídolos adore,

Dioses de pau e de pedra
Que nin nos ven nin nos oyen?

Soilo un Dios hai infinito,
Que os luceiros n-o alto move,
Un Dios namais rixe o mundo,
Y-él namais salvarnos pode.—

Oi rabeoso o presidente
As razós d' a virxen forte;
Fala, y-o corpo d' a santa
Esfolan duros azoutes.

—Gracias, meu Dios—ora Eufemia—
Gran dono d' a vida e morté,
Porqu' á semellanza tua,
Premites que asi m' azouten.—

En balde logo o tirán
Con agasalleiras voces
Crebar tal virtú pertende,
Y-avafa-la en torpe amore.

Nin tormentos nin falagos
O seu curazon sacoden;
Non é mais forte o penedo
En que bravo o mar se rompe.

¡Almas de tigres! N-o eculeo
A nena despoixa poñen.

¡Ai, que os tenros, brancos membros
Estarrican con furore!

¿Non basta? Po-lo cabelo
Manda sin piedá que a colguen
Sobre d' ardente fogueira
Aquil bárbaro pretore.

¡Ouh Dios santo! envia, envia
Serafis que a nena esforcen...
Baixan, y-o bermello lume
Respeta corpo tan nobre.

Oubéa o tirán de rabia...
A virxe iñocente collen,
E por laxeiras e toxos
Lévana arrastrand' ó monte.

Xurés ¡ai! monte Xurés,
Mali' á ti! ¡Que xamais olles,
Onde tal sangre entornaron,
Mais herba crecer nin froles! (1)

Rúbena ón alto penedo,
Qu' apena-los ollos poden
Ver o chau fondo alá embaixo,
Que n-o peito ispira horrore.

(1) La tradicion señala aun la senda que quedó marcada en el sitio por donde arrastraron á la Santa, y en la cual no ha vuelto á crecer la yerba.

Atada con furia a botan;
E cal cái penedo enorme
Hastr' o lameiro rodando,
Ond' atüado non bole;

Tal a filla de Catilio
N-o mais fondo cái d' o monte.
¡Ouh milagre! ¿Non ollades
Cal, erguéndose, se move?

N-as maus d' os anxes baixando,
Chega ilesa a atreta forte;
Esí Dios os seus cobexa,
Y-á inxustos tirans confonde.

¿Quén pode o furor pintar
D' o xoez? A espada colle,
E n-aquil virxinal peito,
Cego de carraxe, a esconde.

¡Groria á Eufemia! Branca pomba,
Rube a y-alma, ó ceo volve,
Onde vágoas non se verten,
Nin sementa loito a morte.

## IV.

Pastoriña, pastoriña,
Que n-o verde val froleado,

Antr' os rios Caldo e Limia,
Cantas leda ó pé d' o gando;

¿Xa te calas? ¿Por qué os ollos,
Cal espantado paxaro
Que ve preto longa cobra,
Encravas n-o herboso chao?

¿Vedes? ¿Vedes?... Sobre o cespe,
Cal espellante alabastro,
Como folepa de neve,
Brila misteirosa mao.

Entr' os dedos de xasmís
Loce un anelo dourado.
¡Qué feiticeira! ¡Cál leva
Tras sí os ollos namorados!

¡Qué milagre! ¿Quén s' asconde
Debaixo d' o verde chao?
Tremba a nena... Pouco e pouco
Vaise car' elí chegando.

Contempra a sortella d' ouro,
Non loce unha estrela tanto.....
¡Qué fas? ¡Ai, nena! ¿Ti estréveste
De pousares n-ela a mao?...

Arrinca a rapaza a xoya,
E de xúbelo brincando,

A ensiñarlla ó pai camiña...
¡Ai, que ó gozo sigue o pranto!

—¿Onde a colleche?—il pergunta.
Quer falar... Ma move en vao
Os beizos... Muda, mudiña,
Preto chora o seu pecado.

Turra po-lo pai estonces,
De par d' il correnď ó campo...
A mau santa, mau diviña
Ollan inda, inda brilando.

Ponll' o anelo: cobra a nena
A fala... Ma ¿qué son brando
Escoitan por antr' as herbas
Saír cal meloso canto?

«Eiquí o corpo está d' Eufemia:
Eiqui con esforzo santo
A mártir morreu de Cristo;
Seu corpo adourai sagrado.»

Dobran ambos os xinollos,
Aquel milagre adourando;
Voan despois ó seu cura
A contarll' o feito raro....

Dez sigros, dez sigros foran
Deŭd' o martirio pasados:

A cova d' as santas cinzas
Herbas e olvido nubraron.

Agora, reunido o pobo,
Erguen aquil iñorado
Tesouro, e co' il pr' a ermida
De Manin marchan cantando.

Alí o gardan; alí moitos,
De lonxe pelegrinando,
Xa lusitans, xa gallegos,
A honrar van o corpo santo.

¡Qué de milagres que fixo!
¡Qué d' enfermos alí sanos!
¡Qué de coxos movimento,
E cegos vista cobraron!

V.

Repinican as campanas,
Repinican en Manin,
Últemo pobo gallego
Xunt' o lusitan confin.

Ledas resoan cen gaitas,
Gaitiñas d' o meu país,

Vellos aires remembrando,
Qu' acompana o tamboril.

Vellos e mozos, rapazas
Con dengues de carmesí,
Probes e fidalgos, todos
Danse presa á concurrir.

Alí loce antr' os seus cregos
O sábeo bispo Seguin,
Que a irexa rixe d' Ourense
C' o cayado pastoril.

Pra honrar o corpo d' Eufemia
Qu' en prob' ermida está elí,
Lévano á Ourense, onde pódea
Diño culto recebir.

A procesion en ringleiras
Escomenza de saír;
¡Qué devocion, qué tenrura
Vese n-as caras lucir!

Aquil tesouro de cinsas
Que valen mais que rubís,
En urna de pedra levan,
Cantando van de par d' il.

Ma ¿qué bulla, qué bruada,
Cal d' os ventos o ruxir,

Se sinte lonxe? ¿Qué xente
Corre, corre en frenesí?

Souberon os portugueses
Que lles arrincan d' alí
O gran tesouro qu' estaba
D' os dous reinos n-o confín.

—Noso é,—chegan cramando:
Non sairá nunca d' eiquí
Esta santiña que garda,
Cal seu, o noso país.—

E con fungueiros ameazan
A quen s' estreva bulir.
¿Ceden os gallegos? Non:
Perpárans' á resistir.

—Gallega foi Sant' Eufemia,
Y-en chau gallego viviu,
Y-en gallego chau morreu...
Ollai s' é nosa,—lles din.

¡Ai, que xa veñen ás maus!
¡Ai que croel frenesí!
Erguen de paus e d' aceiros,
Vanse xa, vanse firir.

N-iste medio o bracarense
Arcebispo se ve vir.

¡Qu' eixiñ' os seus asosega
O sabeo varon aquil!

Paces fan. Os dous perlados
Adiántans' á discutir,
Se foi portoguesa a santa,
Ou gallega s' ha dicir.

¡Qué de probas qu' alegaron!
¡Qué de razós ambos din!
En vao, que d' a discusion
A lus non se ve saír.

—Póñase n-un carro a tumba,
Xungan dous touros cerrís;—
Movido d' ispiracion
Dixo noso bispo ó fin.—

Déixese logo que collan
Por onde queiran siguir;
Onde os touros fagan alto,
Quede o santo corpo elí.—

Así o fan. Trán os dous touros,
E inda ben non de os xunguir
S' acabou, cando escomenzan
Co' a santa carga á fuxir.

¿Pr' onde van?—Ourense, Ourense,
Antiga vila feliz,

C' o teu xigantesco ponte,
C' os teus agros e xardís;

Riba d' o Miño deitada,
Qu' envolveitas entre sí
Areas sin fin trai d' ouro,
D' as aureáns potosí;

Pátrea de sabeos varós,
Que che dan nome sin fin,
Su d' o escudo acobexada
D' o grorioso San Martin;

Fólgate, que os feros brutos,
Xa coutados, cara ti,
Cara ti van camiñando,
Gran tesouro á che rindir.

Camiñan, camiñan fortes,
Y-á por d' iles vense vir
O crero cantando salmos,
Nobres e pobo tras d' il.

Xornada tras de xornada,
Preto d' Ourense por fin
Se paran, imobres quedan,
Y-adiante se negan d' ir.

—Cúmprase o querer d' o ceo:—
Escrama o bispo Seguin;

Y-en hombreiros de calóndrigos
Manda a urna conducir.

Chegan á ciudá. ¡Qué festa
De gaitas e tamboris!
Qué abalar de cen campás!
¡Po-las ruas qué bulir!

Levan o lucillo á irexa,
A irexa de San Martin,
Sede de santos perlados
De relembranza feliz.

Ourens, Ourens, pobo ilustre,
Garda por edades mil
Ise tesouro qu' o ceo
Regalarche quixo á ti.

Teu paladion, teu escudo
Sexa n-as angustias il,
Ponde n-el vosa esperanza,
O curazon ponde alí. (1)

Orense, Enero, 1877.

(1) Escritos estos romances conforme á la version mas generalmente seguida por los que han historiado la vida de nuestra santa, he tenido luego ocasion de confrontar las opuestas opiniones del P. Gándara, del Sr Muñoz de la Cueva, Obispo de Orense, del erudito P. Florez y los sabios PP. Antuerpienses, así como de visitar el sitio donde se conservan vivas las tradiciones del suplicio de la esclarecida Eufemia, y se señala aún el derrumbadero por donde fué despeñada. No siendo fácil depurar la rigurosa verdad de algunos de los hechos, me pareció no censurable atenerme á la creencia mas comun. No está la poesía obligada á ser mas exacta que la historia.

# ÍNDICE.

## Poesías varias.


Página.

Las ruinas. . . . . 9
El campo. . . . . 13
El campo santo. . . . . 21
Á una rosa. . . . . 31
El artista. . . . . 33
Á un canario. . . . . 41

Página.

El amor paterno . . . . . 47
La violeta. . . . . 53
Á un rio. . . . . 61
Á Compostela. . . . . 65
El Otoño. . . . . 71
Á un pájaro. . . . . 77
Á mi querido padre. . . . . 81
El roble de mi aldea. . . . . 85
El beso materno. . . . . 91
Una noche en la aldea. . . . . 93
Recuerdos. . . . . 103
Los dos ecos. . . . . 111
Á una barquilla. . . . . 115
El arroyo. . . . . 119
Desencanto. . . . . 123
La gota de rocío. . . . . 129
Á un niño. . . . . 133
La vida humana. . . . . 139
El globo de jabon . . . . . 143
En la muerte de D. José Rodriguez Seoane. . 147
Más allá del sepulcro. . . . . 151
La Guerra. . . . . 157
El pájaro y la niña. . . . . 163
La Primavera. . . . . 165
El lirio y la palmera. . . . . 171
La mujer. . . . . 173
La ilusion. . . . . 175

Página.

Soledad y dolor. . . . . 177

## Poesías místicas.

Ansiedad. . . . . 181
Peregrinacion. . . . . 185
Asfixia. . . . . 189
Á una montaña. . . . . 191
A orillas del mar. . . . . 195
La lucha. . . . . 199
Dios. . . . . 203
El toque de ánimas. . . . . 209
Las ruinas del convento. . . . . 215
Yugo suave. . . . . 221
Suspiro. . . . . 225
Arrepentimiento. . . . . 227
El cielo. . . . . 231
Afan. . . . . 237
Al nacimiento de Jesus. . . . . 239
Nostalgia. . . . . 243
Al viento. . . . . 245
Aspiracion. . . . . 247
Elevacion. . . . . 251
Efusion. . . . . 255

Página.

Congoja. . . . . 259
Inquietud. . . . . 261
La soledad. . . . . 265
Plegaria. . . . . 269
La voz del pecador. . . . . 271
Vaguedad. . . . . 275
Esperanza. . . . . 281
Á Jesus sacramentado. . . . . 285
Á la Concepcion de María. . . . . 291
La Anunciacion. . . . . 297
La comunion de los niños. . . . . 303
La Gracia. . . . . 313
Lauros de María en España. . . . . 319
Á Jesucristo en la Cruz. . . . . 331
Dies iræ, dies illa (traduccion). . . . . 335
Á la Vírgen María. . . . . 339
Á la Resurreccion del Señor. . . . . 345
La Descension al Limbo. . . . . 347
Sonetos.—El murmurio del bosque. . . . . 353
Razon y Fe. . . . . 355
Á María Inmaculada. . . . . 357
Á Jesucristo en la Cruz. . . . . 359

**Poesías gallegas.**

A Primaveira. . . . . 363
Stabat mater (traduccion). . . . . 369

Página

O Sol salutis intimis (traduccion). . . . . 373
Miserere mei, Deus (traduccion). . . . . 375
A Xesus. . . . . 379
Á Virxen Santísima. . . . . 381
Arrepentimento. . . . . 385
O miniño d' o ceo. . . . . 389
Santa Eufemia. . . . . 393

Véndese este libro á **16 rs.** en las p
pales librerias de Galicia, y en Madrid
de Villaverde, Carretas, 4, y de I
Baillière, Plaza del Principe Alfonso.

En las mismas se vende á **15 rs.** la
**mática Gallega** del propio autor.

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA
1402
Biblioteca